





AÑO VII

NÚM. LXXIII

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

Director: J. LÁZARO

—  
ENERO 1895  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

## LOS TRES ARCOS DE CIRILO

---

### I

**D**on Dámaso Hinojales, modesto empleadillo en Hacienda, atendido á un sueldo escaso y con descuento, y á una renta patrimonial nada pingüe, mermada además por los tributos y las malas cosechas, tuvo en cambio la fortuna de que Dios le diese un solo hijo, y la satisfacción de que el chico saliese tan despejado, guapo y agradable, que la parentela, las vecinas, los amigos y amigas de la casa, y hasta los compañeros de oficina y los porteros del ministerio auguraron al retoño brillante porvenir.

Quedó la esposa de D. Dámaso delicada y resentida del trance de parir, y la ciencia pronosticó que ya no descendería más la bendición del cielo sobre aquel hogar honradísimo. Seguros los esposos de que Cirilo—este nombre habían puesto á su heredero, por ser el mismo del papá de D. Dámaso—sería su única prole, como era ya su única alegría y orgullo, dedicáronse, hasta donde se lo permitían sus medios, á cuidarle y á adornarle con todos los primores de una rara y selecta educación. Llegó á constituir en ellos una especie de monomanía el afán de educar bien á su hijo. Eran los padres de Cirilo en extremo ahorrones y metódicos; realizaba la madre prodigios de economía, y el padre se contaba en el número de esos hombres de bien pacatos y tímidos, que salen de su casa con una peseta en el bolsillo del chaleco, y vuelven con ochenta y tres céntimos que entregan religiosamente á su consorte. La madre, más vivaracha y despierta, azuzaba al padre, y le impulsaba á buscarse la vida, consiguiendo, en su ansia de reunir algún dinerete

que gastar en profesores, libros y colegios para Cirilo, que Don Dámaso obtuviese unas cuantas pequeñas administraciones y llevase los libros de un comerciante, y granjease, por medio de estos trabajos desempeñados á las horas que la oficina dejaba libres, un sobresueldo no despreciable, pues al fin muchas pajitas hacen pajar. Los excelentes padres se privaban de toda distracción y huían como del diablo del gasto superfluo: los gabanes de D. Dámaso sufrían más reviravuelas que las convicciones de un político vividor; los vestidos negros de doña Clara, de puro llevados y traídos, parecían verdosos ó color de ala de mosca, y mientras presentaban á su unigénito el jugoso *beefsteack* ó el succulento y amarillo cuarto de gallina, saciaban los esposos su propio apetito con una platada de garbanzos ó un guisado de habichuelas. Para el chico no había de faltar su reconfortante vino puro, ni menos la nutritiva carne, que, según doña Clara, "carne cria".

Porque es de advertir que los padres de Cirilo, en su propósito de completar y perfeccionar la obra de la naturaleza, que les había regalado un chico tan despabilado, bonito y gracioso, no sólo pretendían adornarle con todos los requilorios de la ciencia y la sabiduría, sino atender con celo á su desarrollo corporal, y que la mente sana del rapaz se encerrase en un organismo sano también. Aunque apocado y sin chispa, D. Dámaso no era lo que se llama un ignorante, ni mucho menos: había leído y leía, siempre que se lo consentían sus quehaceres, libros serios y de meollo, y desde que tuvo sucesión prefirió los pedagógicos, llegando á penetrarse bastante de las teorías más flamantes y nuevas, y, sin prendarse exclusivamente de ninguna, hizo él allá á su modo una conciliación ó sincretismo de todas ellas, tomando algo de los sistemas rancios y pasados de moda, y otro poco de los que más se campanean hoy en el extranjero, y por aquí apenas se conocen. De su composición de lugar sacó en limpio D. Dámaso que, poseyendo el hombre un conjunto de órganos que llena cada uno importante fin en la maravillosa máquina del cuerpo ó en el juego de las funciones intelectuales, hay que dar á [estos órganos lo suyo equitativamente, sin tacañería y sin prodigalidad derrochadora. Bueno será—pensaba D. Dámaso—meterle á un chico en la cabeza el mapamundi de la sabiduría; pero también conviene que ese mapamundi descansa sobre un pie fuerte y sólido, que no le permita venirse á tierra. Guiado por esta verdad, D. Dámaso avezó á su hijo á los ejercicios corporales,—desde la gimnasia higiénica, que robustece los músculos y ensancha las cavidades pulmonares, la gimnasia artística y

natural, que enseña la actitud elegante y noble, y la gimnasia atlética, que proporciona á un hombre el medio de salir airoso en lanzas apurados, hasta el más reciente capricho del moderno *sport*, ó sea el manejo de los variados artefactos cíclicos. — El cariñoso padre, así que notaba que un ejercicio le desarrollaba al muchacho, por ejemplo, el esternón, inmediatamente pensaba en que no se quejasen las piernas, y discurría el modo de compensarlas con la carrera ó el salto; y así que advertía los efectos beneficiosos del sistema en la vida física de Cirilo, al punto se acordaba del cerebro, y ya estaba buscando el mejor maestro y el método más luminoso y seguro para que el chico se familiarizase con el griego, el francés, la lingüística ó la química. Porque es de advertir que en lo tocante á la adquisición de los conocimientos, el padre de Cirilo adoptó la misma táctica de equilibrio y compensación prudente, huyendo de convertir á su hijo en un enfadoso sabio especialista, ó de limitarle á erudito á la violeta, superficial y parlanchín.

Entendía D. Dámaso que importa dominar, no una sola materia, en cuyo caso nos volvemos dogmáticos, exclusivistas é impertinentes, creyendo ó aparentando creer que sólo aquella ciencia significa y vale algo, sino dos ó tres ramas afines, en las cuales adquirimos verdadera superioridad; pero que no por eso deben abandonarse otros estudios, ó cuando menos no deben ignorarse enteramente, pues conviene, como decía cierta eminencia muy respetada por D. Dámaso, asomarse á todos los conocimientos, y tener de ellos un concepto claro y justo, ya que no profundo ni autorizadísimo. Estaba á mal D. Dámaso con los limitados positivistas que reducen á hechos el saber, y quería que su hijo no despreciase la hermosura de esa labor de la mente humana que por filosofía se conoce; pero no transigía con que por eso el chico se perdiese en la abstracción, y abandonando la tierra se echase á pasear por las nubes: le quería conocedor y admirador de lo demostrable, y partidario del método prudente y de la realidad tangible. En arte también procuró D. Dámaso no sacar al muchacho de quicio, haciéndole comprender, desde luego, que si no poseer los rudimentos de las artes y desconocer su valor y su puesto en nuestra existencia, que tanto embellecen, decoran y encantan, es digno de un vándalo, también sería ridícula pretensión y majadería intolerable que alardease de artista el que no ha recibido al venir al mundo las dotes de la inspiración. Trató, pues, el buen padre de que Cirilo aprendiese, de música y dibujo, lo que puede lograr un aficionado; obligóle á que estudiase la lectura y el modo de recitar versos, género de habilidad que casi na-

die tiene, pues de los que leen en alto apenas se encuentra alguno que no titubee ó tropiece, que dé sentido á las palabras, que las pronuncie como es debido, y que tenga inflexiones de voz delicadas y sonoras, sino falsas, enfáticas y duras; así es que Cirilo no aprendió á leer con un dómine, sino con un actor consumado, lecciones pagadas por D. Dámaso á muy alto precio. También quiso el entusiasta padre que su hijo adquiriese una tinturilla arqueológica, y le costeó algunos viajes cortos para que visitase pueblos y monumentos de España, viajes que debían ser para el muchacho como rayo de luz que barriese de sus ojos las telarañas de la indiferencia. Estos viajecillos aprovecharon á Cirilo para conocer algún tanto la vida práctica, para habituarse á sufrir el calor, el frío, las malas noches y las comidas medianejas, para avenirse á usos y costumbres distintos, perdiendo el mimo de su casa y el miedo á la ajena.

Bien desearía D. Dámaso completar su obra ampliando este capítulo de los viajes, y alargando las correrías de su hijo, no sólo á las más adelantadas y cultas naciones europeas, sino á países remotos, como Norte América, verbigracia, á fin de que actuasen sobre su espíritu, juntamente con las finas, insinuantes y artísticas influencias de nuestra gastada civilización, otras más originales y más juveniles, y, sobre todo, más al diapasón de nuestro siglo. Pero aquí se estrellaban los intentos del excelente padre contra el mayor, más frecuente y más insidioso de los obstáculos, ó sea la falta de ese jugo sustantífico y vital que se llama dinero. Aunque la parsimonia de la esposa y la laboriosidad del esposo realizaban prodigios comparables al de la multiplicación de los panes y los peces; aunque los trabajos supletorios y las diversas ocupaciones que había logrado procurarse D. Dámaso fuera de su empleo le proporcionaban ganancias muy lícitas y no despreciables; aunque los jefes de D. Dámaso, habiendo llegado á considerarle indispensable en el negociado por su asiduidad, inteligencia y práctica, le fueron empujando al ascenso, y al consiguiente aumento de sueldo, es la verdad que así y todo no pudo realizar su sueño de enviar á Cirilo por esos mundos de Dios, á correr cortes y realzar su educación singularísima con la variedad de impresiones y la experiencia precoz que proporciona el rodar por el vasto mundo.

Así y todo, diré en puridad que Cirilo, á los veintitrés años que se dió por terminada su educación, era un pasmo de criatura. Versado especialmente, dentro del terreno de la ciencia, en la filosofía india y en la venerable lengua prákrita, tenía la ventaja de que, como estos dos ramos los han cultivado en España contadísimos in-



dividuos, tan contados que por los dedos se saca la cuenta, nadie sería osado á disputarle la supremacía. En arte tenía Cirilo salero especial para pintar unos caprichosos platitos al humo, que arañados después con un palillo, y barnizados, producían efecto sorprendente colgados en la pared; y demostraba aptitud notable para tocar la mandolina, raro instrumento de la Edad Media, cuyo sólo nombre recuerda mil escenas románticas. En los ejercicios corporales era maestro, y por prurito de aprender, había aprendido hasta á banderillar toros y á subir por cucañas untadas de sebo. Nada diré de su destreza para la esgrima y la equitación, nada de su rejo y vigor para la lucha, nada de su buena gracia para danzar y de sus proezas en el trapecio; únicamente advertiré que por reunir en el muchacho los primores de las educaciones antigua, moderna y novísima, el doctor en idioma prákrito había aprendido un oficio, y con el garbo del mundo echaba gentiles medias suelas á unos zapatos ó preparaba las cañas de unas botas.

Si á todo esto añadís la poca edad, la mucha robustez y brío, la gallarda disposición del cuerpo, la interesante y simpática del rostro, en fin, las prendas todas que esmaltaban aquella joya tan cuidadosamente preparada por D. Dámaso para lucir y resaltar donde quiera que se presentase, podréis comprender que el padre creyese llegado el punto de exhibirla y ostentarla, y que, inspirado por esta idea, llamase á su cuarto á Cirilo en presencia de su madre, y le dijese lo que verá el que siga leyendo.

## II

—Hijo mío, bien habrás notado que tu madre y yo no hemos perdonado sacrificio para darte una educación que de fijo, en España, no la recibe ni mejor ni tan completa el mismo rey. En la seguridad de que no habíamos de tener otro vástago más que tú, agotamos contigo todo el cariño y la abnegación que Dios nos había dado sin duda para repartir entre veinte retoños. Nuestras vidas oscuras y sin goce no tienen más significación que la de haberte producido á ti, que sin duda estás destinado á otro vivir diferente,

y tan superior al nuestro, como lo es un diamante á un guijarro. Pero todo tiene sus límites, hijo del alma, y has de saber que tu mamá se siente quebrantadísima de salud, y yo, por mi parte, no ando mejor: el depósito de mis fuerzas se encuentra exhausto. Quiere decir que necesitamos reposar, cuidarnos unas miajas y echarle al cuerpo viejo y en ruinas un reparillo, pues de otro modo se vendría á tierra. Es preciso que tu madre tome una criada más, y tenga ropa abundante y de abrigo, y consulte á un médico entendido, y vaya á aguas donde se le alivie el maldito reuma, y coma bien, y duerma mejor, y se distraiga un poco la pobrecilla con el goce de asistir á algún teatro... en fin, mil cosas que sé que la hacen falta para no dar consigo al traste; y asimismo convendría que yo, rendido del trabajo árido á que me consagré y de forzar la máquina para que este trabajo rindiese lo necesario tenga, buena alimentación, vinito de Jerez, que es la leche de los viejos, libros que me distraigan, esparcimiento que me haga conllevar mis secatonas tareas. Todo esto, Cirilo, en dinero se cifra. Lo que gastábamos antes en tus maestros—¡y cuidado que son caritos los señores maestros en Madrid! y en libros, y en viajes, y en el picadero, y en el gimnasio, y en tantísima cosa como dentro de esa cabeza te hemos metido, ahora vamos á dedicarlo á nuestra comodidad y al cuidado de nuestros molidos huesos. A ti, de hoy más, te miramos como al paladín armado de todas armas, avezado á los ejercicios militares, dispuesto para entrar en la liza, y que sólo tiene que embrazar el escudo, asestar la lanza, y conseguir la victoria.

Cirilo oyó atentamente á su padre, sin interrumpirle ni dar la más mínima señal de impaciencia, en lo cual sin duda ya se revelaban los efectos de la excelente educación y cultura de su espíritu. Y así que vió á D. Dámaso en actitud de quien aguarda respuesta, sonrió con agrado y dijo con convicción y sencillez:

—Está muy puesto en razón, papá, todo lo que V. piensa, y le aseguro que para mí será una satisfacción inponderable el que Vds. se cuiden y se regalen cuanto les sea posible, y alarguen así la vida, si cabe, mil años. Bien sé que no me juzga V. tan bárbaro ni tan egoísta que no haya sentido siempre gran repugnancia á verme mejor tratado de lo que se trataban Vds. Vuelvan las cosas á su quicio, y yo señalaré la fecha con piedra blanca: pues como dice el Mahabarata, el padre es el sustento y el vigor del hijo, la cuerda de su arco y la pupila de sus ojos. En esto quedamos, y de esto no hay más que hablar, por ser cosa tan natural, justa y obvia. Pero ya que la magna tarea de mi educación debe conside-

rarse terminada, ya que soy el paladín armado para la lucha, permítame V., papá, que le pregunte: ¿cuál lucha es esa; qué enemigos tengo que combatir y qué victoria es la que debo ganar? O más claro, y dejándonos de decir figuradamente lo que puede expresarse con lisura: ¿qué objeto se han propuesto Vds. al darme una educación tan superior á sus medios de Vds., y á mi categoría social? ¿Qué tengo yo que hacer; á qué debo aspirar; cuáles han de ser mis propósitos y mis actos, para corresponder á los fines de Vds. y para que no se desaproveche y malogre todo lo que por mí han hecho? Esta pregunta ya supondrán Vds. que no se me ocurre hoy, queridos papás; esta pregunta desde hace mucho tiempo me bulle en la boca y en el deseo, pero no me he resuelto á formularla, prestándome á atesorar habilidades y conocimientos sin darme cuenta del para qué, y aguardando á que se revelase mi porvenir. Ea pues: ya que ha llegado la hora, entérenme Vds. de mi providencial misión. ¿Hacia qué punto del horizonte dirijo la cabeza del caballo? ¿Qué empresas solicitan mi actividad y mi valor? Estoy dispuesto... digo mal, deseoso de entrar en la liza á probar mi denuedo y mis fuerzas.

—Ahora—repuso el padre—es cuando empieza la liza para ti. Porque yo, que he sabido dirigir tu educación y consagrar á ella toda la medula de mi pobre vida, no sé, llegado el momento de aprovecharla, de gozar los frutos de mi sudor, decirte dónde y como los vas á recoger. Paréceme que es la educación algo análogo á la vida: un don precioso, inestimable, sin equivalente, pero que no se da á nadie con fin predeterminado ni con la obligación y estricto deber de emplearlo en esto ó aquello; sino que las circunstancias y las aptitudes nos dirigen insensiblemente, y esta dirección sólo es capaz de modificarla el interesado, sin intervención ajena, pues nadie puede vivir en lugar de otro, ni sustituirse á otro en lo esencial. Así pues, hijo mío, al declararnos tu madre y yo exentos del cuidado y gasto de educarte, por creer que hemos hecho lo muy suficiente, te emancipamos en lo referente á buscarte tu rumbo, declarándote intelectualmente mayor de edad, y dejándote dueño de tu albedrío. Posees diploma oficial de dos carreras, la de Derecho y la de Filosofía y Letras, y por lo tanto, te hallas en aptitud de seguir varios caminos, á tu elección; pero en tales diplomas no es, á mi ver, donde has de encontrar la senda que te lleve á la fortuna y á la gloria. Porque si bien tu madre y yo no queremos influir en lo más mínimo sobre la elección del fin á que consagres tu actividad; si bien queremos dejarte una libertad omnímoda

y no echar en la balanza ni el peso de un consejo,—estamos convencidos de que para algo grande y estupendo has nacido tú y te hemos preparado y adobado nosotros, á costa de vigalias y privaciones. A ti te toca, pues, dirigirte, y á nosotros regocijarnos de tu seguro y esplendoroso triunfo.

De aquí no pudo sacar Cirilo á su padre, por mucho que insistió en pedirle opinión que le iluminase sobre tan difícil problema; con lo cual quedó Cirilo sumergido en un mar de confusiones, engolfado en mil dudas y recelos, y al par mecido por las ilusiones más fantásticas y ardorosas, pues el vaticinio de su padre de que á algo inaudito y piramidal llegaría, le excitaba el cerebro, y á cada vuelta del pensar le parecía más verosímil y más probable. Intentaba Cirilo adivinar lo futuro, y creía divisar, entre los limbos de lo que aún no tiene forma ni color, algo como ancha vía enarenada sobre la cual,—á considerable distancia la una de la otra,—se elevaban tres arcadas majestuosas, constituyendo una especie de carrera triunfal por donde pasaba, sereno é impavido, un hombre que tenía su mismo rostro, su mismo talle; que era, en suma, Cirilo en persona. Y Cirilo se estremecía y casi reventaba de placer al considerar la magnificencia, y sobre todo la expresiva significación de aquellas tres arcaditas. La primera, toda entretejida de verde y fresquísimo follaje de mirto, estaba recamada de rosas lindas y muy fragantes, de los varios y vivos colores que tienen las variedades de esta preciosa flor: las había blancas como el sueño de una virgen, de un tono de nácar como las ilusiones de la juventud, amarillentas y pálidas como la nostalgia, encendidas como el deseo, de un púrpura sangriento como la pasión insaciable, sombrías como los celos. De este arco de rosas se exhalaba una fragancia tan exquisita, que enagenaba los sentidos y hacía perder la razón, pero con un enloquecimiento ó trastorno muy grato, más delicioso aun para Cirilo, porque es fuerza confesar que con sus grandes estudios y la complicada mecánica pedagógica de su padre, Cirilo no había respirado rosas de cerca, y no estaba familiarizado con su deleitoso é insinuante perfume. La segunda arcada era de estilo enteramente distinto y de muy diferente materia: componíase solo de bronce y mármol, todo labrado con admirable artificio, sin duda por el cincel del más diestro escultor del mundo, pues no se diría si no que Benvenuto Cellini, con su portentosa maestría, había ahondado aquellos relieves tan perfectos. Representaban asuntos alegóricos, todos referentes á escenas de victorias y de regocijos, de multitudes que se congregan para aclamar

á un triunfador ó á un héroe, de entradas bajo palio en populosas ciudades, entre olas de gentío, que lleva en la mano airoas palmas y á quien parece que se oye gritar *Hosanna*; de desfiles de ejércitos cargados de coronas de laurel y despojos enemigos, y á cuya cabeza marcha un joven gallardo, arrogante, hermoso, con los cabellos flotando al aire, y la mirada destellando júbilo y altivez. Los carros parecían rodar; relinchar los indómitos corceles, hiriendo la tierra con el duro casco; la trompetería, rasgar el aire con sus estridentes sonos; el polvo, arremolinarse en densas nubes, que no conseguían, sin embargo, eclipsar el radiante sol de la victoria, cuyos destellos hacen refulgir las armas y encienden una aureola en las pálidas frentes. No se crea que todos los relieves del arco aludían á la gloria militar: en otros se veía á un mancebo rendido de sueño ó de fatiga, descansando la cabeza sobre la mesa donde están esparcidos libros y papeles, y un alado genio, de flotante ropaje, depositaba un beso en su sien, le rodeaba con sus brazos el cuello, y le presentaba una lira, como anunciándole las preces y lauros de la poesía y del arte. En otros lienzos de la arcada aparecían escenas alusivas á luchas incruentas: un sabio entre alambiques y retortas, en el momento de realizar algún descubrimiento portentoso y para la humanidad utilísimo; un gobernante promulgando una ley de admirables efectos, y que los pueblos acogen con clamores de entusiasmo y gratitud. Y así sucesivamente representábanse en la arcada todos los casos en que un hombre, por alguna acción señalada y memorable, se eleva sobre los demás y se convierte en ídolo de la muchedumbre.

El tercer arco, si bien menos poético en su significación que los anteriores, no dejaba de atraer tenazmente los ojos de Cirilo. Era nada menos que de oro purísimo y macizo enteramente: lo que se dice de oro, desde la base hasta el coronamiento y el ático. Y aun esto del oro sería lo que menos resaltase en tan espléndido monumento: lo que completaba su magnificencia y rareza increíble eran las pedrerías de que estaba cuajado, y que por su tamaño y limpieza debían de valer un imperio. Desde el diamante claro y fulgente como una estrella, hasta el oscuro granate y el negro ónice; desde la perla de Golconda al zafiro oriental; desde el bezoar de mágicas virtudes á la casta amatista, allí estaban cuantos tesoros la tierra guarda en su seno, cuantas riquezas deslumbran en los sátrapas, todos los ricos minerales en que la naturaleza agotó luces y colores. Y con ser tan sorprendente en el arco portentoso aquella suntuosidad increíble, que sólo se ve en los cuentos fantás-

ticos, era lo que menos asombraba, pues una cualidad rarísima se advertía en él, y es que hacia su base confluían muchas sendas, que formaban como una estrella de innumerables radios; y estas sendas, que partían del arco, se bifurcaban después y se repartían en otras infinitas que á su vez iban subdividiéndose, y abarcando todos, absolutamente todos los caminos del mundo, sobre el cual se tendían á manera de sutil red, sin que en el espacio del planeta pudiese decirse que existía ningún lugar al cual no se pudiese llegar pronto partiendo del arco de oro. Y no es eso sólo, sino que, cuanto más se aproximaban al arco, más fáciles, anchas y practicables se hacían las sendas, de modo que podía asegurarse que tomando el arco por punto de partida, ni el viajero erraría la ruta, ni le detendría ningún obstáculo.

Al pronto Cirilo quedóse un tanto perplejo, discurrendo cuál de las tres arcadas escogería para pasar por ella. Las tres le parecían encantadoras, dígame la verdad: dulcemente atractiva la de mirto y rosas; noblemente incitante la de bronce y mármol; tentadora y mágica hasta lo sumo la de oro y piedras. Y después de recapacitar y de sumar y recontar sus propios méritos, determinó Cirilo que pasaría sucesivamente bajo las tres.

### III

Adoptada esta resolución, ni más ni menos que si las arcadas vistas durante una especie de sueño con los ojos abiertos fuesen tan reales y verdaderas que las estuviese tocando con las manos, Cirilo empezó á pensar en cómo se obtienen á la vez los triunfos del amor, de la ambición y de la omnipotente riqueza. Y aquí, naturalmente, empezaron sus perplejidades.

Bien se le alcanzaba á Cirilo—aunque poco versado en la ciencia del vivir—que por mucho que supiese y valiese, por mucho que le adornasen los estudios y las gracias de la persona, estos méritos son como el diamante en la mina, y sólo al contacto de la sociedad refulgen y descubren sus luces y sus quilates. Para que el mérito de la piedra preciosa pueda estimarse, menester es que por algún

medio lleguen á enterarse las gentes de que existe, y necesario sobre todo que las ocasiones y las circunstancias faciliten los medios de que brille y sea contemplada. En resumen, Cirilo comprendía que era indispensable cimentar el edificio de su futura grandeza, felicidad y renombre, pero no veía ese pícaro cimiento, ese cabito en pos del cual, tirando bien y con maña, había de venir toda la madeja de un destino incomparable y deslumbrador.

Cirilo y su familia apenas trataban á nadie, pues no pueden asimilarse á lo que entendemos por *trato* las relaciones esencialmente interesadas y secas con maestros y catedráticos, y hasta con compañeros de aula, hoy que se ha suprimido la fraternidad escolar. Los padres de Cirilo por modestia y por evitar gastos; Cirilo por haberse abstraído completamente en sus estudios y en los ejercicios que los completaron, carecían de relaciones, y mucho más de relaciones lucidas, de esas que ponen en conveniente evidencia, siendo como pedestal donde se destaca la figura. Con todas sus sabidurías, sus habilidades y sus gracias, nuestro Cirilo era en la corte uno de los infinitos sujetos anónimos que pasan y repasan sin que nadie vuelva la cabeza para concederlas la limosna de una mirada, de un elogio, ó de una murmuración. Ciertamente que si las aspiraciones de Cirilo hubiesen sido modestas y al alcance de la mano, podía empezar á lograrlas bien pronto, pues los jefes de don Dámaso y hasta el propio ministro del ramo de D. Dámaso, estimando con justicia la asiduidad y la inteligencia de empleado tan probo, no se negarían á buscar para su hijo una plaza subalterna, desde la cual, por sus pasos contados y con gran cachaza y formalidad y algún favor, iría ascendiendo hasta lograr, al fin de su vida, la categoría de su padre ó cosa análoga. Tampoco le sería difícil á Cirilo, después de tanto quemarse las cejas, hacer oposiciones á una cátedra, lo cual le aseguraría un mezquino sueldo y la probabilidad de vender á cinco duros el libro de texto que valiese tres pesetas; ni menos le faltaría el indigesto recurso de dedicarse á dar lecciones particulares, ó de meter la cabeza en la redacción de un periódico, ó de buscar un establecimiento comercial donde le dedicasen á llevar la correspondencia extranjera, ó de ingresar en la carrera jurídica, ó... Lo malo es que por ninguno de estos senderos veía Cirilo que se pudiese llegar ni siquiera á acercarse á las tres hermosas y sugestivas arcadas. Para recorrer cualquiera de esos caminos largos, oscuros, deslucidos, y fatigosos reconocía Cirilo que le sobraban más de las tres cuartas partes de su brillante y escogidísima educación. Para la cátedra, podrían ser-

virle, sinó el prákrito y la filosofía india, la química ó el griego, pero tendría que prescindir de la pintura, la música, la equitación y la arqueología. Para la redacción del periódico no le vendrían mal sus conocimientos generales; pero las especialidades le estorbaban y la filosofía érale completamente inútil: quizá no le faltaría ocasión de ejercitar la esgrima del palo. En resumen, para cualquiera de las varias direcciones que podía elegir, Cirilo comprendía que bastaba con muy poco de lo aprendido, practicado y trabajosamente adquirido, y que si se trataba de ser catedrático, juez, empleado, periodista, ó cosa por el estilo, no debió haber madrugado tanto la guarnición como suele decirse. Cirilo no pensaba emprender carrera artística, dedicándose, por ejemplo, á la música, á la pintura ó á las letras, pues si bien de todo esto poseía nociones y no cabía considerarle un profano, se le alcanzaba que para el arte es preciso haber nacido con especialísima gracia y disposición y llevar dentro del alma un no sé qué, y á la vez una afición invencible á ejercitar esos naturales dones, perfeccionando y desarrollando así la obra de la naturaleza, y llegando á dar á las facultades todo su empleo. Y Cirilo no notaba en sí afán de cultivar las artes cuyos rudimentos había adquirido, ni particulares disposiciones para ninguna de ellas. Asistía á un concierto, y se quedaba frío; tenía delante un cuadro de Velázquez ó de Rembrandt, y sólo se le ocurría que estaba muy bien pintado; leía á Goëthe y á Homero, y aunque no dejaba de saborear sus obras maestras, no advertía prurito de lanzarse á escribir ni una mala redondilla. Confuso por esta especie de indiferencia, discurrió Cirilo si sería la ciencia su vocación preferente; pero tampoco por este lado vió luz, pues si no aborrecía al estudio y no le parecían tediosos los libros, ya era mayor su deseo de ver mundo y de iniciarse en los misterios de la sociedad, que el de continuar tratando asiduamente á la señora Urania. En suma, Cirilo, mirándose y remirándose hacia el espíritu, no consiguió averiguar donde ardía la chispa misteriosa. Pero aunque no columbraba siquiera cómo escalaría las cimas, Cirilo estaba completamente seguro de escalarlas, y no con pacientes esfuerzos, con trabajo diario y asiduo, sino por un golpe de varilla mágica, ó, mejor dicho, por imposibilidad absoluta de que la cantidad de fuerza sumada en él no cautivase á la suerte, trayéndola á sus pies enamorada y rendida. Esto sí que no podría fallar: tan seguro como el maná para los israelitas en el desierto. Una cosa era que no se sospechase cuándo ni cómo acudiría, y otra que acudiría la suerte, sin falta, y generosa y rendida. Si no ¿á qué tanto trabajo y tanto esfuerzo invertido en la labor de su



educación? Recordaba Cirilo que los libros sagrados y los poemas de la India hablan de ciertos bramanes que han sufrido maceraciones tan horrendas, que purificado y concentrado su espíritu, conviértese en eje del universo, y un deseo de los tales bramanes es un orden para la naturaleza obediente. Algo semejante suponía Cirilo que iba á acontecerle, por la cantidad de esfuerzo que su educación representaba.

La misma relativa y aparente inutilidad de muchas cosas que le habían hecho aprender; el carácter puramente ornamental y poético de un lado de su cultura, indicaban que el era un escogido, un ser señalado de antemano para algo inaudito, besado en la frente por la fortuna, como lo fué un día Napoleón. Su destino tenía que ser diferente de tantos y tantos destinos vulgares y prosaicos como veía á su alrededor: en esto sí que no cabía duda; ya la suerte, apoyado el blanco pie sobre la rueda de oro, esperaba sonriendo á dar la rápida vuelta que encumbrase á Cirilo hasta las nubes y le hiciese refulgir entre sus contemporáneos. Si Cirilo poseyese, como el emperador Vespasiano, alguna encina consagrada á los dioses, no le sorprendería verla retoñar prodigiosamente, ni que le dijese el oráculo que por alta empresa que meditase, podía estar seguro del éxito feliz.

En tal disposición de espíritu Cirilo, y mientras pasaban los días sin que acabase de elegir ocupación ni carrera, un día que paseaba por matar el tiempo, encontróse de manos á boca con su antiguo profesor de esgrima, italiano inofensivo y bonachón, que respondía al terrible nombre de Aquiles Tagliatesta. Siempre se había mostrado el tal Aquiles cariñoso y bien intencionado con Cirilo, y donde se tropezaban discípulo y maestro se saludaban afectuosamente, preguntándose por su vida con gran interés, y acostumbrando Aquiles decir á Cirilo que si hallaba ocasión de servirle y serle útil, no la desperdiciaría. Esta vez conoció Cirilo, en el aire misterioso del italiano, que algo muy importante tenía que comunicarle; y acertó, porque el maestro de esgrima, después de arrastrarle á un cafeticho, donde se sentaron en actitud de despachar dos colmados tanques de cerveza, le enteró de que tenía para él una excelente noticia, ó, para hablar con propiedad, una excelente colocación, verdadera ganga, que ni buscada con un candil. Mientras el italiano, con la hiperbólica facundia de su raza, ponía la colocación en las nubes sin decir aún en qué consistía, Cirilo pensaba que, fuese lo que fuese, no sería sino una miseria, bien inferior y diferente de lo que él aguardaba y se prometía. Así fué que oyó al italiano con una

calma y una frialdad que dejaron parado al buen hombre, pues creía ofrecer á Cirilo cosa equivalente al premio gordo.

Tratábase nada menos que del puesto de secretario íntimo y particular del duque de Ambas Castillas, personaje empingorotado por todos conceptos, excelso en linaje, pingue en hacienda, cargado de honores, y que precisamente en aquel momento desempeñaba altísimo puesto en la gobernación del Estado. Lo que Tagliatesta brindaba á Cirilo, no era un empleo, sino un cargo privado, que ejercería desahogadamente en la misma casa del duque, espléndidamente retribuido, comiendo á su mesa, tratado con suma distinción, y puede decirse que formando parte de la familia é investido con toda la confianza del magnate. Adelantándose á las preguntas que pudiese dirigirle Cirilo, Aquiles explicó que el duque, asediado por compromisos políticos, y acosado por recomendaciones todas de gran fuerza y peso, no había encontrado más medio de salir del apuro que dejarles iguales á todos, y buscar un secretario desconocido, que no le hubiese recomendado nadie, y á quien solo abonasen sus propios merecimientos y condiciones. A este fin el duque investigó, escudriñando con maña aquí y allí, sobre todo en esferas sociales donde los intereses políticos no están en juego, y puede dejarse oír la voz de la verdad. Acostumbraba el duque hacer armas dos veces por semana á domicilio, bajo la dirección de Aquiles, y por el maestro de esgrima había averiguado la existencia de un mancebo de modesta posición, edad conveniente, instrucción maravillosa, y que en carácter, modales y figura, era cortado á la medida para el cargo que deseaba conferirle el duque. No bastándole los informes de Tagliatesta, había tomado lenguas, enterándose de multitud de detalles á cual más propio para confirmar los encomios del maestro de esgrima.

Supo la honradez, la competencia y el intachable comportamiento de D. Dámaso; se enteró, no sin sorpresa, de lo escogido y variado y extraño de la cultura de Cirilo; encarecieronle su simpática apostura y no común discreción; se cercioró de que no estaba afiliado á ningún partido, ni conocía á nadie, ni era, en suma, sino una tablilla cubierta de cera y lisa y rasa, preparada á recibir lo que grabasen en ella. Resolvió el duque grabar, por medio de la liberalidad y los beneficios, la lealtad y la gratitud; determinó pagar bien y tratar óptimamente al joven secretario, y descargar en él el peso de ciertas tareas que ya le iban siendo enojosas, como extractar libros, recoger citas y argumentos para contestar á contradictores, redactar discursos, manifiestos y correspondencia delicada y peliaguda,

y, en suma, tener en el mozo Hinojales un otro yo, pero un yo joven, sabio, activo, diestro y que podía ahorrar al verdadero yo ducal y político infinitas molestias. Hasta fué lisonjero para el duque saber que su futuro secretario era profesor en la esgrima, el tiro al blanco y la equitación, pues nada hubiese desagradado tanto al elegante señor como tener que habérselas con un pedante tímido y apocado, y le deleitaba encontrar un erudito forrado en *sportman* y fácil de transformar en *dandy*. Propúsose, pues, que el secretario quedase tan satisfecho de su situación, que no pensase en dejarla por otro puesto ninguno.—Y ocho días después de la conferencia con Aquiles en el café, Cirilo, instalado ya en el palacio de Ambas Castillas, se ponía por primera vez de su vida el frac, para bajar á comer servido por criados de calzón corto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Concluirá).

# GOYA

---

## PRIMERA PARTE

---

**L**A personalidad de Goya es tan importante en la historia del arte, que son muchos los escritores que se han ocupado en escribir su biografía y en hacer juicios de sus cuadros y grabados; pero por lo mismo que ha llamado tanto la atención, se ha querido hacer de él lo que no fué; se ha inventado su leyenda, se han interpretado sus obras caprichosamente, y copiándose unos escritores á otros, ha resultado cierta unidad de opiniones que da á la fábula aspecto de verdad.

Lo más importante que se ha publicado en España acerca de Goya es: el libro sobre *Los Tapices*, de Cruzada Villaamil, lleno de datos curiosos sacados del archivo del Palacio Real; unas *Noticias biográficas*, pequeño opúsculo en que D. Francisco Zapater y Gómez dió á conocer fragmentos interesantísimos de algunas cartas del famoso artista; y después un libro sobre Goya del señor conde de la Viñaza, libro cuya mayor importancia está en el catálogo descriptivo que contiene, si bien la obra toda es muy recomendable. Lo demás se reduce á artículos de revistas y periódicos, como los publicados por Carderera en el *Artista* en 1835, y otros dos en francés en los tomos VII y XV de la *Gazette des Beaux-Arts*; los de Enrique

Mélida en *El Arte en España*; de D. Pedro de Madrazo en el Catálogo del Museo del Prado, en el *Almanaque de la Ilustración española y americana* para 1880, y en su libro *Viaje artístico*; de D. Manuel Ossorio y Bernard en su *Diccionario biográfico* de artistas del siglo XIX. Incidentalmente han tratado de Goya Ferrer del Río, Cañete, Ribera, Gallardo y otros.

Los franceses han trabajado quizá más para dar á conocer á nuestro artista, habiendo tratado de él en la *Revue encyclopedique*, 1832; en *Le Magasin pittoresque*, 1834; *Les Musée de l'Espagne*, par Viardot, 1839; *Tras los Montes*, par Th. Gautier; *Gabinet de l'amateur*, por Piot; *Archives de l'art français*, por Paul Mantz; *Histoire des peintres* y *La Peinture Espagnole*, por Paul Lefort. Otros varios escritores y publicaciones dedicaron artículos y grabados á Goya.

M. Charles de Iriarte, Paul Lefort y Laurent Matheron escribieron libros dedicados especialmente al asunto. La obra más voluminosa es la de Iriarte, desgraciadamente no todo lo buena que debiera ser, pues ni tuvo siempre fehacientes datos, ni las ilustraciones que la acompañan son buenas más que para desacreditar al maestro. Lo mejor de este libro es un ensayo de catálogo que me ha facilitado dar el que doy, algo más completo. M. Iriarte escribió posteriormente en el tomo IX de la revista *L'Art* unos muy buenos artículos sobre los grabados de Goya, en que modifica algunas de las ideas que tenía cuando publicó el libro. El estudio que M. Lefort hizo de los grabados es tan concienzudo, que ha dejado muy poco que hacer en este asunto despues que él, como no sea refutarle algunas malas interpretaciones que acoge. M. Matheron, aparte de algún curioso dato relativo á la estancia del pintor en Burdeos, se deja llevar completamente de su fantasía, presentando á Goya como un espadachín y galán de ópera cómica.

He consultado todos los autores que cito y he procurado ver todos los cuadros que catalogo, muchos de los cuales conozco de antiguo, de modo que no escribo de oídas. He procurado también no inventar nada para dar carácter al personaje,

sino deducirlo todo de su correspondencia y de sus obras, desechando cuentos y tradiciones sin fundamento.

De toda persona notable se ha hecho siempre la leyenda; lo original y fantástico del genio de Goya se prestaba más á ello; porque nuestra imaginación nos lleva siempre á querer encontrar relación perfecta entre las obras de un autor y su carácter y costumbres. Todos los días estamos presenciando la admiración que causa el que hombres que profesan las ideas religiosas ó políticas que creemos más inmorales y disolventes, sean en la sociedad corteses y honrados caballeros, amantes de su familia y de sus semejantes, al mismo tiempo que de carácter afable y tranquilo; al paso que muchos otros cuya predicación es la humildad, la mensadumbre y la paz, dan muestras de irascibles y hasta de criminales. No quiero decir con esto que todo demagogo sea un santo, y todo buen creyente un perdido; el número de buenos y de malos se encuentra en igual proporción en todas las clases, siendo la gran minoría la maldad; lo que digo es que esta armonía, que siempre suponemos, pocas veces existe, y aunque la experiencia nos lo haga ver, no queremos convencernos. Así es que siempre tendrá más éxito y más creyentes la historia escrita bajo las impresiones de la imaginación que bajo las del frío razonamiento. Nunca me parará semejante obstáculo; porque, aunque sean las menos, también hay gentes para quienes la verdad tiene atractivos, y, á la larga, *razón acaba siempre por tener razón.*

No es sólo la vida de Goya la que creo que se ha desfigurado, sino también la intención de sus obras. Consideradas estas como arte, se cree que ejercieron, ó que ejercen, una influencia que ni él se propuso ejercer ni ha ejercido.

El objeto de este estudio es examinar sin pasión la obra de autor tan interesante, y exponer mis discrepancias de los que han escrito antes sobre el mismo. Según mi primera idea, este trabajo debía ir ilustrado con reproducciones de obras de Goya, y al fin va sin ellas; pero no debe esto lamentarse, porque de

dichas obras nada puede dar idea exacta más que los originales; en toda reproducción pierden mucho más que las de cualquier otro pintor.

## I

Estado de la pintura en España en el siglo XVIII.—Nacimiento de Goya.—Vanos esfuerzos de Mengs para variar el rumbo del Arte.—Va Goya á Italia.—Toma parte en un concurso en Parma.—Regreso á España.—Viene á Madrid llamado por Mengs á pintar modelos para la Fábrica de tapices.—Graba al agua fuerte algunos de los cuadros de Velázquez que se hallaban en Palacio.—Carácter de Goya.—La Riña en la venta nueva.—El Paseo en Andalucía.—No es la duquesa de Alba la señora representada en este cuadro, ni Romero, Costillares, ó Pepe-Ilo los otros personajes.—Otros cuadros pintados para la Fábrica de tapices.—Mi opinión sobre los productos de esta fábrica, y la de porcelana del Retiro.—Algunas porcelanas que están en la *Casita del Príncipe*, en El Escorial, y pasan por del Retiro, ¿lo son?

La llegada á España en 1692 del napolitano Lucas Jordán, educado en la escuela de Pedro de Cortona, hizo que nuestra pintura entrase, francamente, en la senda grandiosa y decorativa, adecuada á la que ya de antes seguían la arquitectura y la escultura. Cuando poco después vinieron Amiconi, Corrado y los Tiépolos, la nueva escuela dominaba por completo y tenía dignos secuaces en los González Velázquez y otros maestros españoles.

Goya nació el día 30 de Marzo de 1746 en Fuendetodos (Zaragoza), y á la edad de trece años se trasladó á Zaragoza para estudiar la pintura con D. José Luxán y Martínez, profesor de nombradía, que había aprendido en Nápoles las prácticas dominantes entonces. Se hallaban éstas tan arraigadas, que fueron vanas para combatirlas, tanto las predicaciones de la

crítica clásica, que comenzaba á nacer, como los esfuerzos de Carlos III, que, atendiendo á las reclamaciones de los que pasaban por ilustrados y entendidos en bellas artes, hizo venir al famoso D. Rafael Mengs, pintor y crítico sajón, educado desde su infancia con clásicas teorías que no acertó á desarrollar por completo en sus obras. Pretendiendo armonizar las excelencias del dibujo de Rafael, la gracia de Antonio Correggio y el colorido de Ticiano, no logró tener de estos autores más que el pomposo nombre de Antonio Rafael con que la loca pretensión paterna le dotó desde el nacer; como si fuera posible infundir á los hombres un genio determinado por voluntad preconcebida, ni la facultad especialísima de sustraerse á las influencias de su época. Mengs no logró adquirir las condiciones que su padre exigía, no siendo, aunque á su pesar, más que un barroco sin la práctica y atrevimiento de los barrocos. Sus retratos pueden confundirse, en muchos casos, con los de los pintores franceses de la corte de Luis XIV; su colorido en nada se parece al de Ticiano; su ejecución es tímida y trabajosa; y aunque tal vez es más correcto en el dibujo que sus contemporáneos, no responde á sus pretensiones de carácter *rafaelesco*.

Dió más muestras de saber y talento en los frescos y los retratos, que en los cuadros al óleo. Alcanzó una reputación europea, que merecía, pues si no fué un genio, tuvo mérito indisputable. Contribuyó mucho á aumentar su fama la circunstancia de que sus teorías estaban conformes con las de las personas eruditas é influyentes y de las academias que pretendían dar nueva dirección á la marcha del arte.

A pesar de todo, en España, donde más trabajó para formar escuela, se notó muy poco su influencia. Bayeu, Maella, Castillo, Ferro, y cuantos españoles se distinguieron en la pintura por aquel tiempo, no se apartan apenas de la senda trazada por Jordán y Corrado, que era por cierto la mejor para el género de obras decorativas á que se dedicaron. En altares de iglesias oscuras de nada sirven cuadros acabados, llenos de



detalles que se han de perder, ni entonaciones sombrías que los hagan invisibles. Delicadezas de detalle en los contornos y finezas de expresión, son tiempo perdido cuando las obras se han de colocar á la enorme altura de una bóveda. A una arquitectura de efecto, decorativa y grandiosa, correspondía una pintura adecuada, y ninguna otra llenaba mejor estas condiciones; porque para que haya unidad y conjunto, es menester en todo monumento que las tres manifestaciones de las artes del dibujo estén acordes. Conforme á la severidad de líneas del monasterio de El Escorial, no corresponden los excelentes frescos de Jordán que adornan sus bóvedas, con nada podrían sustituirse las pinturas que en la capilla, en la escalera y en los salones del Palacio Real de Madrid dejaron Corrado, Mengs, los Tiépolos, los Bayeu, Maella y D. Vicente López.

Goya se encontró con la escuela barroca triunfante, á pesar de que renegaban de ella los mismos que la seguían. Al cabo de seis años de estudiar en Zaragoza, se trasladó á Madrid á poco de haber sido nombrado académico su compatriota Francisco Bayeu, al que es muy posible viniese recomendado por Luxán, que había sido maestro de ambos. Pasó después á Roma, por su cuenta, según él mismo asegura en diversos documentos; pero sus biógrafos no han averiguado la fecha exacta en que emprendió el viaje. Consta que en 1773 alcanzó un segundo premio en el concurso abierto por la Academia de Parma para pintar un cuadro representando á *Aníbal vencedor contemplando desde lo alto de los Alpes los campos de Italia*.

No conozco esta obra ni ninguna de las que hasta allí hubiera ejecutado, pero es de presumir que obedezcan ya al carácter original que tuvieron las posteriores, ó participen de él algo, por lo menos. Por carta que escribió desde Madrid á su íntimo amigo D. Martín Zapater, se sabe que el 6 de Setiembre de 1775 se hallaba de regreso en la corte; y al año siguiente se casó con doña Josefa Bayeu, hermana de los pintores, don Francisco y D. Ramón. Aquel año se hallaba en Zaragoza cuando fué llamado por Mengs, para pintar modelos para la

Real Fábrica de tapices, tarea con la que comenzó á darse á conocer.

Hallándose ocupado en estos trabajos, grabó al agua fuerte algunos de los cuadros de Velázquez que se hallaban en Palacio; grabados que son, más que verdaderas copias, libres interpretaciones de los originales, en las que se ve la vigorosa individualidad del *traductor*. El dibujo correcto y la elegante distinción que acompaña siempre á las figuras más vulgares del pintor de Felipe IV, desaparecen en los aguafuertes de Goya, que más parecen hechos de impresión y recuerdo que á la vista de los originales. El dibujo es incorrecto, los tipos encanallados. En la ejecución no se nota la timidez natural del copista, sino el desembarazo del creador y del maestro. Goya ha copiado los cuadros como si copiara el natural, los ha acomodado á su modo de sentir especial. Nadie podrá formarse idea de los originales por los grabados, más que como se forma de una persona por su caricatura; mas no debe creerse por esto que tales grabados son cosa indigna, pues tienen gran valor como obra original. Sus mismos defectos revelan palpablemente el genio y carácter especial, espontáneo é indomable del pintor aragonés, y una manera de sentir propia que ninguna influencia extraña ha de hacer variar.

La idea de reproducir las obras de Velázquez muestra su admiración y afición hacia este autor, revelándose lo mismo en sus cuadros, no como una imitación tímida y servil de discípulo, sino como la simpatía de un hombre creador y de imaginación. Hay algo en los procedimientos de Goya que demuestra la influencia del antiguo pintor sevillano; pero no por esto se parecen en nada éste y aquel.

Velázquez es un caballero que vive entre la etiqueta de una corte ceremoniosa, en la que el misticismo influye en la galantería. Rodeado de magnates y palaciegos vestidos siempre de negro, ó de colores sombríos, de un pueblo de andrajosos y descuidados, envueltos en capas pardas; habitando grandes salones adornados con severidad, y ocupado exclusi-

vamente en reproducir lo que tenía delante, no se le presentaron ocasiones de emplear las esplendentes galas del color que tanto sedujeron á Ticiano y á Rubens. La entonación y el ambiente le impresionaron más que los colores. Los personajes de Velázquez viven en la indolencia ó el aburrimiento; el único cuadro en que la vida se presenta un poco más risueña y animada es el de *Los Borrachos*. Allí con intención, y en *La Adoración de los reyes*, sin ella, es donde algunas figuras tienen carácter vulgar; en sus demás cuadros aun el bufón más miserable, ó el enano contrahecho, tienen algo de elegante y distinguido.

No se presume que critico á Velázquez, hablo de lo que pintó, de cómo lo hizo; inútil es que diga que, comprendido el arte como él le comprendió, ni aquí ni en ninguna parte hay, ni ha habido, ni habrá otro que le supere. Es uno de los pocos grandes artistas que registra la historia de la pintura.

Goya vive en otra época y otros centros. Es otra cosa. Es un hijo del pueblo que pasa los primeros años de su vida en un pueblo y una capital de provincia, que recibe escasa educación literaria, según se desprende de la redacción y ortografía de sus cartas: que tiene un carácter violento, cosa que aun cuando proceda de un alma fogosa, viva y apasionada, denota poca cultura social, pues cuando la hay, sin que se apague el fuego interior se temple exteriormente. Así es que comprende al pueblo, vive y siente como él, sin que el roce con la corte le modifique. No cree, como el vulgo, en brujas, sueños, ni apariciones; pero conserva la influencia de lo que oyó en su niñez, y aunque sea para burlarse de ello, por fantasía ó por capricho, se complace en representarlo.

Le es tan difícil figurarse un tipo elegante y distinguido, como á Velázquez un tipo grosero, aunque en no pocas ocasiones suelen algunas de las figuras *goyescas* tener delicadeza y elegancia. Estas influencias de casta y de raza se hallan mezcladas con otras de su época.

Dotado de espíritu satírico, escéptico y observador, in-

fluido, como muchas personas de su tiempo, por las ideas de Voltaire y los enciclopedistas franceses, tenía ocasión de dar rienda á sus inclinaciones entre una sociedad atrasada, llena de vicios, de hipocresía, fanatismo y miseria. Así es que combate todo esto con el pincel, y por si no es bastante con el grabado, que sobre tener mayor circulación, le permite poner debajo alguna concisa leyenda que aclare y dé más fuerza á la idea.

Todas las condiciones de su genio y carácter aparecen desde sus primeras obras, aun cuando luego, con el tiempo, la práctica en la ejecución vaya aumentando, como era natural. No tuvo que abandonar, como algún crítico supone(1), *la fría rutina de los Maellas*, que nunca usó, sino adquirir firmeza en su peculiar estilo, no tan magistral y atrevido al principio como lo fué después; cosa que á todos los autores sucede. Los primeros modelos que hizo para la Fábrica de tapices se diferencian ya completamente en el dibujo, el color y la intención, de todo lo que se pintaba en aquel tiempo.

Llegó á disgustar mucho al artista trabajar para la Fábrica, tanto por la censura que ejercieron sobre las obras, primero Mengs y después Bayeu, cuanto por lo detestablemente que se tejían las reproducciones y lo desatinadamente que se interpretaban el dibujo y el color; pero la verdad es que nada estaba tan conforme con la índole de sus facultades y aficiones como el representar escenas populares.

Desde las primeras que pintó se descubre un modo de interpretar el natural y de elegir los asuntos muy superior, y completamente diferente del amaneramiento, la falta de carácter y de idea de sus compañeros en estos trabajos.

Nada imaginaron éstos que se aproxime, ni remotamente, á la intención y la vida que encierran *La Riña en la Venta nueva*, y *El Paseo en Andalucía*.

---

(1) D. Pedro de Madrazo: *Almanaque de la Ilustración*, año 1880, pág. 55.

El primero de estos dos cuadros representa una pelea armada entre arrieros y traginantes á la puerta de una venta. La baraja, motivo de la disputa, anda desparramada por el suelo, aprovechándose el ventero del tumulto para apoderarse del dinero abandonado; la ventera, pálida y azarosa, sale á la puerta de la venta dando voces. La mejor parte en la lucha la llevan dos murcianos, de los que el uno tiene sujetos á dos contrincantes por el cuello y por la oreja: habiéndolos derribado al suelo, á pesar de algunos que quieren contenerle. El otro murciano ha caído agarrado á su contrario, al que sujeta debajo, dándole un mordisco en un brazo. Más lejos, un calesero se dispone á arrojar un cantazo al grupo principal para poner paz.

Aunque la ejecución de este cuadro no tenga aquella maestría que Goya logró alcanzar, el movimiento, la animación y la vida de la escena no tienen nada que pedir. Parece que se ve mover á los contendientes, que se oyen las imprecaciones, amenazas y juramentos que arrojan, y el ladrido de los perros que presencian la refriega. Pero, ¡cosa extraña!, la navaja no sale á relucir en lance tan á propósito para ello; sólo se hace uso de los puños y de los dientes. Uno de los que tratan de poner paz tiene una tranca; el ya citado calesero, una piedra. En el suelo hay tirado un gran sable del que nadie se acuerda de valerse. Esto, y el que siendo Goya tan aficionado á pintar reyertas y tan profundo observador, casi nunca pone la navaja en manos de sus héroes de taberna, me hace pensar que nuestros *chulos* han progresado en el empleo de este arma salvaje con respecto á los *majos* del siglo pasado. Hoy, con seguridad no se armaría una gresca como la de *La Venta nueva* sin que salieran á relucir tantas facas como individuos.

*El Paseo en Andalucía* representa una escena mucho más interesante que lo que el título promete. Veamos lo que dice el «*Inventario de las pinturas que va entregando D. Francisco Goya, que han de servir de ejemplares para por ellas sacar los tapices que han de adornar las Reales habitaciones: su medida*

*de alto y ancho por pies y dedos castellanos.» «En 12 de Agosto de 1777 entregó cuatro cuadros que han de servir para el adorno de la pieza donde comen los serenísimos señores Principes en el Real Palacio del Pardo.» (El primero fué el ya citado de La Venta nueva.)...*

*«El segundo representa un paseo en Andalucía, que le forma una arboleda de pinos, por el que va un andaluz embozado, con montera á la granadina, con su espada ancha debajo del brazo, á quien una gitana, al parecer, tira del brazo, persuadiéndole á que ande; frente de ellos está uno sentado, con un sombrero blanco redondo, acechando los movimientos de los dos, y á más distancia dos majos en conversación, y á lo lejos tres porciones de figuras; ancho seis pies y trece dedos, alto nueve y trece.»*

Lo que el inventario dice es lo que hay en el cuadro, pero es menester ver éste para comprender bien la escena. Se presienten cuchilladas; se le viene á uno á las mientes aquella frase: *¡la que se va armar!*, que es la que indudablemente tienen en los labios los dos guapos que se observan desde el segundo término. Los celos y el coraje animan al embozado que acompaña á la elegante maja, que no tiene trazas de gitana, pero sí de querer apartar de allí á su acompañante para evitar una quimera. El embozado de sombrero blanco de anchas alas, que fué, sin duda, el amante favorecido antes por la hermosa, espera con calma á que su sucesor le interpele para ponerse en defensa; está, como quien dice, *cargándose de razón*. Las tres *porciones de figuras* que se ven á lo lejos, son: un embozado que pasa, y dos mujeres sentadas que no toman parte en la acción.

Hasta hace pocos años no eran conocidos del público estos cuadros (que se hallaban depositados en los sótanos de Palacio), más que por las reproducciones hechas en tapiz, clavadas en las paredes de los palacios de El Escorial y de El Pardo. No sé cómo, ni cuándo, comenzó la tradición popular á suponer que la protagonista del *Paseo en Andalucía* era la duquesa de

Alba, y los amantes rivales los toreros Romero y Costillares, aunque con respecto á estos últimos, algunos quieren que sean Romero y Pepe-Ilo. Ignoro también si andando el tiempo la duquesa daría lugar á que entremetidos y chismosos, que nunca faltan, pudieran criticarla su afición á los diestros del toreo, y si estas murmuraciones, muerta aquella señora y muerto Goya, darían lugar á la invención de la leyenda del tapiz; pero lo cierto y positivo es que ni la maja del cuadro es la rival en lujo de María Luisa, ni los galanes embozados hay por donde suponer sean dos toreros determinados, ni siquiera dos toreros. De serlo, de ningún modo Pepe-Ilo.

Goya, según el inventario citado, entregó el original á la Fábrica en 12 de Agosto de 1777, y le había pintado algunos meses antes. Doña María Teresa Cayetana de Silva, duquesa de Alba, falleció á los cuarenta años de edad el día 27 de Julio de 1802, según la lápida de su panteón, núm. 704, patio de San Andrés, en el cementerio de San Isidro de esta corte; y por consiguiente, debió nacer en el año de 1762: es decir, que al pintarse el cuadro tenía aquella señora de trece á catorce años. La maja representa de veinte á veintidos.

Pedro Romero nació en 19 de Noviembre de 1754; tenía, por lo tanto, en 1777 de veintidós á veintitrés años; cualquiera de los majos de la pintura, por su estatura y corpulencia, representa treinta ó más años. Costillares podía tener esta edad entonces; pero no Pepe-Ilo, que, nacido en 19 de Setiembre de 1768, no contaba al tejerse el tapiz más que nueve años no cumplidos. He buscado estos datos, porque sé lo difícil que es desarraigar una opinión admitida, sobre todo cuando halaga el afán que tiene siempre el vulgo por encontrar alusiones, y más si son en desdoro de la buena fama de algún poderoso.

Estoy tan acostumbrado á dudar de consejas y absurdos relacionados con las obras de arte, que jamás me hago eco de ellas sin procurar averiguar la verdad; cosa no siempre fácil, porque cuesta mucho menos enturbiarla que limpiarla y descubrirla.

Mucho antes de buscar las pruebas que ahora presento, sospechaba que no había semejante historia, induciéndome á creerlo el que Goya, ni entonces, ni después, hizo sátiras personales, ni de frente ni encubiertas, y mucho menos de sus amigos y amigas. Hice esta observación en El Escorial á mi querido amigo Cruzada Villaamil, cuando escribía su precioso libro de *Los Tapices de Goya*, y anotó mi advertencia fundándola en que ni el autor conoció á la duquesa hasta más tarde, ni las costumbres eran tan desenvueltas en la corte de Carlos III, como lo fueron después en la de Carlos IV. Pero ni bastaba negar sin pruebas, ni de esta negativa se deducía lo que yo quiero que se deduzca, que es que Goya, ni aquí, ni en los *Caprichos*, ni nunca, hizo sátiras personales.

*Los Naipes, El Agosto, La Vendimia, La Boda*, son todos cuadros cuyos asuntos tienen una idea intencionada. En los varios grupos de niños que pintó, y en las demás obras que no tienen una intención tan marcada, está tan bien interpretado el natural, son las escenas tan animadas y están tan llenas de vida, que contrastan singularmente con la frialdad é insignificancia de los modelos que hicieron Ramón Bayeu, Castillo, Ginés de Aguirre y Barbaza, que no supieron hacer otra cosa que paseos, bailes, un puesto de horchata, un cazador tirando á un pájaro, un pescador, y cosas por el estilo, faltas siempre de animación, de vida y de carácter.

Por fin, Goya se disgustó de verse equiparado, y aun puesto á su cuñado Ramón Bayeu, y de ver destrozadas sus obras, negándose resueltamente á pintar más para la Fábrica de tapices, fundándose en que, habiendo sido nombrado pintor de cámara, aquella tarea era incompatible con este cargo. Fueron precisas repetidas órdenes é instancias para hacerle desistir de su negativa por algún tiempo.

Cuadra muy bien aquí el combatir la idea que se tiene por la generalidad de que la Fábrica de tapices de Madrid produjo obras que pueden competir «con las mejores del mundo», mezclando con esta creencia un poco de orgullo nacional; pues la



verdad es que los tapices de nuestra fábrica no pueden compararse en nada, no con los buenos, ni aun con los medianos de los telares flamencos ó franceses. Los ejemplares expuestos en los palacios de El Escorial y de El Pardo hacen ver que el dibujo, el color, el tejido y los tintes eran de lo peor. Comparando una *Historia de Telémaco* de fábrica francesa que hay en El Escorial, con todos los demás tapices procedentes de la fábrica de Madrid, se ve claramente la diferencia. No hay motivo para que el amor propio nacional se resienta por esto, pues la fábrica siempre estuvo á cargo y bajo la dirección de extranjeros, y gran parte de los operarios lo fueron también.

Es de notar la estupidez con que los tapices están clavados en las paredes, y cómo se han cortado ó doblado para acomodarlos al tamaño necesario; cómo se han zurcido dos, ó más si hacía falta; ó cómo se les ha abierto un agujero si era menester para descubrir una ventana que da luces á un pasillo.

Fué laudable la intención de Carlos III al querer dotar á España de industrias como ésta, la de porcelana y la de cristales; pero no es posible en este punto conseguir nada artificialmente, de real orden, si no hay en el país aficiones, elementos y medios; cuando esto existe, cuando hay una necesidad, las industrias nacen y se desarrollan á impulso de los particulares; cuando no, cuestan muy caras, arrastran una existencia precaria y perecen lastimosamente, sin dejar bases ni recuerdos ningunos.

Lo mismo que la de tapices fueron las fábricas de porcelana del Retiro y la Moncloa. Es una vulgaridad creer que los ingleses volaran la primera de estas dos, celosos de la bondad de sus productos y de la competencia que pudiera hacer á sus manufacturas. Las porcelanas del Retiro apenas eran objeto de comercio, y no podían competir de ningún modo con las inglesas ni las sajonas. La voladura de la fábrica fué uno de tantos atropellos de la guerra, injustificable, salvaje si se quiere, pero que no pudo obedecer á envidia ó celos. Si la fábrica hubiera tenido

elementos propios de vida, se hubiera vuelto á edificar; pero como no era así, aunque no la hubieran destrozado, la hubiéramos abandonado, como hicimos con la de tapices y la de cristales. Regentada, como estaba, por extranjeros; teniendo que traer de muy lejos, y aun de fuera de España, las primeras materias, no teníamos mucho motivo para enorgullecernos de ella.

No fué la calamidad de los tiempos la que hizo que aquellas industrias artificiales viviesen raquíticas y murieran malamente: venían dotadas de impotencia desde el nacer.

Aun á riesgo de hacer pesada esta digresión en que me he metido, no quiero dejar pasar la ocasión de exponer algunas dudas sobre unas porcelanas que pasan por ser obra de la Fábrica del Retiro, y que tengo vehementes sospechas de que no lo son.

En la *Casita del Príncipe*, en El Escorial, hay una habitación adornada con relieves de porcelana blanca sobre fondo azul, colocados en marcos dorados con cristales. Estos cuadros están hechos á propósito para las paredes en que se hallan colgados, y los adornos de estuco del techo y del zócalo de la pieza forman una decoración adecuada. Tanto estos cuadros como un velador del mismo género, que estuvo mucho tiempo en el zaguán de la *Casita*, se han tenido siempre por del Retiro, y las *Guías* del viajero, los *ciceroni* y los aficionados lo dicen, siendo bastante para que las gentes lo crean; pero sucede que en el pie del susodicho velador, que es de caoba y bronce dorados, se lee una firma que dice: «*Manufacture de Sèvres, 1788. Thomire sculpteur, ciseleur, doreur du Roy.*» Aunque esta inscripción no se refiere en rigor más que á los bronce del pie, sería bastante raro que una pieza del Retiro se hubiera montado en Sevres, habiendo en España buenos ebanistas, bronceistas y cinceladores. Además, en los cuadros antes citados, los marcos son de talla dorada que no tiene carácter de española, como tampoco el detestable lenguaje y ortografía con que está indicado el asunto al reverso de algunos relieves.

Estos datos, y el conocimiento que da la costumbre de ver y comparar, son los que me sugieren las dudas que expongo.

## II

Los cuadros de la Alameda de Osuna.—Los frescos del Pilar de Zaragoza.—Disgustos con el cabildo con motivo de estos frescos.—Francisco Bayeu no era un mal pintor.—Lo que es estilo y lo que es manera.—Originalidad de Goya contrastando con la manera dominante.—Cuadro para San Francisco el Grande.—Crucifijo para la misma iglesia.—Goya es nombrado teniente director de la Academia.—Pintor del Rey.—Trozo de una carta en que se ve que Bayeu le ayudaba en su carrera.—Cuadro para Salamanca.—Otros para Valladolid.—Dudas de que pintara estos últimos.—El Prendimiento para la catedral de Toledo.—Ascenso á pintor de cámara.—Decoración de San Antonio de la Florida.

Volvamos á Goya, que ya es tiempo. En el palacio de la Alameda que fundó la duquesa de Benavente con el título de « *Mi Capricho* » (y en verdad que lo fué de reina), se conservaban hace algunos años, é ignoro si aun se conservan allí, ó en dónde, los bocetos originales de muchos de los cuadros que sirvieron para tejer los tapices y algunos otros más. También había una habitación decorada completamente por Goya; viéndose siempre en los asuntos que éste eligió su afición á representar escenas de emoción, ya cómica ó ya dramática.

Allí se veía una procesión en una aldea; una torada en la dehesa de la Muñoza; el columpio; un trabajador que se ha caído de un andamio, trasportado por sus compañeros en una camilla; un coche con viajeros, detenidos por una cuadrilla de salteadores; y la vuelta de una gira campestre, en que damas y caballeros vienen montados en borricos. En éste último cua-

dro se ve que el borrico de una señorita ha tropezado y caído, ella se halla desmayada, en el suelo, de resultas del golpe; un abate galante acude en su auxilio con un frasquito de esencias; las demás señoras, sentadas en sus cabalgaduras, chillan y dan muestras de espanto.

Es menester ver este cuadro para darse cuenta de la animación de la escena, lo pintoresco de los trajes, la fineza del color, y la elegancia de las figuras, tan excepcional en las obras del autor.

Insisto en describir los asuntos de algunos cuadros para hacer ver cómo Goya no se contenta casi nunca con la reproducción de una figura ó una escena, sino que necesita que éstas expresen algo; siente tan fuerte esta idea, que muchas veces sacrifica á ella el dibujo y la corrección. Busca y representa el movimiento y la vida á todo trance, y lo logra, porque no obra así por escuela ni por convención, sino por sentimiento.

En 1781 pintó al fresco en las bóvedas del templo del Pilar de Zaragoza la Virgen y los mártires en la Gloria; obra que le proporcionó desazones con su cuñado Francisco Bayeu y con la junta del cabildo, que desechó los primeros bocetos presentados, y exigió para admitir otros la aprobación previa de Bayeu, circunstancia que sublevó el amor propio del artista, al que logró calmar la intervención de su amigo Fr. Félix Salcedo, prior de la cartuja de *Aula Dei*.

Sucedió con estas exigencias lo que no podía menos de suceder: que por no haber gozado el pintor de libertad, la obra se resiente de ello, y aunque tal vez satisficiera más que otra á los encargantes, no posee por completo la espontaneidad y buenas condiciones ordinarias del autor, que debió sufrir tanto de tal imposición; que decía algún tiempo después, desde Madrid, en carta á su amigo D. Martín Zapater: «*Porque en acordarme de Zaragoza y pintura me quemo bibo.*»

El genio de Goya y el carácter original de sus pinturas eran tan opuestos á la manera de comprenderse el arte en su

tiempo y á las condiciones que se han exigido siempre á la pintura religiosa, que lo extraño no es que la junta de obras rechazase sus primeros bocetos, sino que ni entonces, ni más adelante, se pensara, como se pensó, en encargarle de obras semejantes ; pues las que hizo en este género fueron siempre deplorables como carácter religioso, y no se comprende cómo fueron aceptadas.

No es de admirar la disensión que reinó siempre entre Goya y su cuñado Francisco Bayeu, pues profesaban principios tan opuestos que no era posible se entendieran. Además, por mucho que Bayeu atendiera á su cuñado y procurara su medro, como lo demostró en más de una ocasión, ayudaba más á su hermano Ramón, como más allegado y discípulo fiel, aunque mediano.

Goya no podía ver con agrado que se le antepusieran sus cuñados, el uno por ser de más edad y de mayor posición, y el otro por la protección de éste. Es probable que en su justo orgullo los considerase á los dos, así como á Maella y demás pintores de nota, como á unos mamarrachistas comparados con él ; pero si pensaba ésto no andaba acertado, y menos tratándose de Francisco, que, si no fué un artista de primer orden, lo cual no podía ser, puesto que no era creador, sino sectario de una escuela, dentro de ella ocupó un lugar distinguido. No hay motivo para afirmar, como lo hizo mi difunto amigo Cruzada Villaamil en su ya citado libro de *Los Tapices*, que Francisco Bayeu era un «*pintor malo entre los malos*»; afirmación hecha, sin duda, como se hacen muchas, más que con verdadera conciencia, con el fin de esforzar un razonamiento.

Hay una singular propensión á rebajar el mérito de los artistas de la escuela barroca, con notable injusticia, siendo uno de los principales cargos que se les hacen el *amaneramiento*, como si tal defecto fuera exclusivo de esta escuela y no alcanzara á todas, incluso las más naturalistas. En todos los maestros, aun los más grandes, se advierte cierta semejanza en los caracteres principales de sus obras, que proviene

del modo cómo cada uno siente y comprende la naturaleza, y á esto se llama *estilo*. Cuando este carácter no procede del natural, sino de una convención admitida por muchos, ó de la imitación de un maestro, entonces se llama *manera*. Claro es que no puede compararse el estilo con la manera; pero el primero sólo le tienen los grandes maestros; la segunda es condición inevitable de todas las escuelas. Aún cabe algún estilo dentro de la imitación de los principios de los maestros, aunque no de mucho valor, y por eso los adeptos más aventajados de las principales escuelas se diferencian unos de otros.

Es la pintura suficientemente difícil para que no deba tacharse á un autor de *malo entre los malos*, solamente por no tener una originalidad muy marcada, mérito que ha sido patrimonio de poquísimos. Por eso Goya, como le tiene, es tan apreciado, y debe serlo, á pesar de sus defectos. Era natural que sintiendo en sí un genio original, tan antipático á cuanto le rodeaba, sufriera al verse puesto á hombres que, aun cuando fueran artistas estimables, procedían por convención y no tenían iniciativa propia. No era puramente la cuestión de procedimiento la que separaba á Goya de sus contemporáneos en España y fuera de ella; era, además, la diferencia de ideas y de sentimientos.

La senda decorativa en que se hallaba la pintura traía como exigencia ineludible un idealismo especial, tanto para las formas como para los asuntos; así es que en éstos predominaban la fábula y la alegoría, que se mezclaban siempre, aun en los asuntos históricos ó religiosos. Todo era convencional: dibujo, colorido, composición, expresión y asunto. Todo se hallaba revestido de un majestuoso aparato que excluía la representación de escenas vulgares y de actualidad. Sólo descendían los artistas á la vida real cuando pintaban retratos; en los demás casos se mecían en los espacios imaginarios. Goya, por el contrario, dotado de una imaginación vehemente y un alma impresionable, no se apasiona más que de lo que le rodea; y en vez de cultivar una erudición que le haga ver

por todas partes héroes y ninfas que sienten y se mueven en mundos ideales, no ve más que hombres y mujeres que respiran y viven como mortales. Las extrañas visiones que su fantasía le inspira, muchas veces no son hijas de rebuscadas convenciones, sino la expresión informe de los engendros de una imaginación acalorada; recuerdo acaso de la impresión que hicieron en el niño las consejas de la abuela.

Esta manera especial de ser tenía necesariamente que proporcionar contrariedades al artista cuando las circunstancias le obligaban á salirse de su esfera, hasta que, adquirida gran reputación y fama, lograra imponerse. Así sucedió en efecto, pues encargado á poco de haber terminado los frescos de Zaragoza de pintar un cuadro para la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, obtuvo un triunfo completo.

Fué la decoración de este templo una especie de competencia entre los artistas de mayor renombre á la sazón, tomando parte en ella Francisco Bayeu con el cuadro para el altar mayor representando *El Jubileo de la Porciúncula*; Maella, con una *Concepción* para una de las capillas; pintando para las demás: Calleja, *San Antonio de Padua*; Castillo, *San Francisco abrazando á Santo Domingo*; Ferro, *San José*; D. Antonio González Velázquez, *San Buenaventura*; encargándose Goya del que representa á *San Bernardino de Sena predicando á D. Alfonso de Aragón*.

No estuvo Goya muy feliz, por cierto, en esta obra, pues aunque tiene originalidad, ni el dibujo, ni la composición, ni la expresión la hacen recomendable, y aun el color es frío y no tiene toda la fineza y encanto que rara vez faltan á este autor. No hablo de lo caprichoso y ridículo de los trajes, porque en aquella época no había que pedir otra cosa á los artistas, cuyos conocimientos en indumentaria se reducían á trajes á la romana, de moro y *española antigua*. Pintó Goya también para esta iglesia un Crucifijo, que hoy se conserva en el Museo del Prado, y aunque tiene hermoso color, tal vez demasiado rosado, carece de expresión adecuada, y es demasiado redondo de formas.

El efecto que estos cuadros causaron en su tiempo debió consistir en la novedad del estilo y en la justa fama que el autor había ya adquirido entre personas de valimiento, tanto con los cuadros para modelos de los tapices, como con los de la Alameda, y sobre todo con los retratos, que no admitían comparación de ninguna especie con los que ejecutaban los demás pintores de su tiempo. Para encontrarlos semejantes hay que ver los de las mejores épocas y los mejores autores de este género.

Por entonces había ya retratado al conde de Floridablanca y á la familia del infante D. Luis, habiéndole hecho el pintor de moda éstos y otros personajes; así es que aun no siendo este cuadro de San Francisco mejor que el de la Porciúncula, de Bayeu, ó el de la Concepción, de Maella, agradó más y fué más celebrado.

Sirvióle este triunfo, alcanzado en 1785 (pues pasaron más de cuatro años desde que el cuadro fué encargado al artista hasta que pudo verse por el público) para ser nombrado teniente director de la Academia, en la vacante causada por la reciente muerte de Calleja. Al año siguiente obtuvo el destino de pintor del rey, á propuesta de Maella y por recomendación de su cuñado Bayeu, que no le desatendía, á pesar de no mediar entre ellos las mejores relaciones.

Por este tiempo escribía Goya á su amigo Zapater: «Me *abía* yo establecido un modo de vida *enbidable*, ya no *acía* antesala ninguna, el que quería algo mío me buscaba, yo me *acía* desear más y si no era personaje muy *elebado*, ó con *enpeño* de algún amigo no trabajaba nada para nadie»; y más adelante, en la misma carta: «*Hun* día me *henvió* á llamar Bayeu (que no coríamos mucho), lo que me causó mucha *estrañeza*, me *enpezó* á decir que el servicio del Rey siempre era apetecible, y que él *abía enpezado* con doce mil reales, y que éstos los cobraba por mano de Mengs, y sólo por ayudante suyo, y que *aora* tenía yo mejor proporción para entrar á servir al Rey con Ramón, y que ya estábamos consultados, por-



que á él y á Maella les *abía* bajado una orden del Rey que se buscasen los mejores pintores que hubiera en *españa*, y que propusiesen uno cada uno, y que él *abía* propuesto á su hermano, y que *abía echo* de modo que Maella me propusiera á mí para pintar los exemplares para la fábrica de tapices y cualquier otra clase de obra para el real servicio, con quince mil reales anuales. Yo le dí las gracias, y me quedé sin saber lo que me sucedía : de allí á dos días ya *tubimos* el *abiso* de que el Rey lo *abía* decretado en los mismos términos que se á dicho, de modo que cuando lo supe ya estaba decretado y *abisado* á tesorería general, fuimos á besar la mano al Rey, infantes, etc., y cárame aquí sin saber cómo *echo* el fregado...»

He copiado estos párrafos, tanto para hacer ver la ortografía y explicaderas del autor, como que las desavenencias con su cuñado más provenían de despecho de Goya que de malevolencia de aquél.

En el entretanto que se ocupaba en pintar el cuadro para San Francisco, pintó otros cuatro por encargo de Jovellanos, presidente del Consejo de las Ordenes, para el colegio de Calatrava de la Universidad de Salamanca, representando á San Raimundo, San Bernardo, San Benito y la Purísima Concepción. No los conozco, y no puedo juzgarlos ; pero los asuntos, señaladamente el último, son muy poco adecuados á las condiciones del autor.

Aunque de mala gana y á intervalos diferentes, siguió haciendo algunas obras para la Fábrica de tapices, hasta el año de 1791, en que definitivamente abandonó esta tarea.

El día 6 de Junio de 1787 escribía á su citado amigo Zapater : «Para el día de Santa Ana *an* de estar tres cuadros de figuras del natural, colocados en su sitio y de composición, el uno el tránsito de San Josef, otro de San Bernardo y otro de Santa Ludgarda, y aún no tengo empezado nada para tal obra, y se *a* de *acer*, porque lo ha mandado el Rey, con que mira si estaré contento...» El destino de estas obras era la iglesia de las monjas de Santa Ana, de Valladolid, donde se hallan.

Siendo la fiesta de Santa Ana el día 26 de Julio, quedaba menos de mes y medio para ejecutarlos ; pues habían de viajar tres ó cuatro días y ser colocados en su sitio. ¿Se pintaron por fin estos cuadros en plazo tan perentorio? ¿Fué Goya quien los pintó? No he podido averiguarlo, á pesar de haber hecho gestiones para ello. Me llama mucho la atención que estén tan concluidos como lo están, si se hicieron en tan corto tiempo; y también el que no se parezcan á otras obras de este autor, si bien no sé á cuál otro de sus contemporáneos atribuirlos, pudiendo sólo asegurar que, sean de quien quiera, son excelentes.

Al año siguiente de 1788 pintó *El Prendimiento de Cristo*, para la catedral de Toledo; cuadro en el que se señalan todas las cualidades y todos los defectos de Goya ; es decir, que el asunto está comprendido de una manera vulgar, pero lleno de intención y de vida. El efecto de luz y el colorido son admirables en esta obra, que se sostiene bien al lado de muy buenos cuadros del Greco y de Orrente, que se ven en la misma sacristía en que se encuentra este lienzo.

Al terminar este año de 1788 murió el rey Carlos III, y le sucedió su hijo Carlos IV, que desde que era Príncipe de Asturias había estimado á Goya, y á poco tiempo de su elevación al trono le nombró Pintor de cámara, aunque con el mismo sueldo que tenía, no entrando á gozar del de cincuenta mil reales y gratificación para coche hasta diez años después, cuando ascendió á primer Pintor de cámara.

La obra más importante que ha dejado Goya del género religioso, ó, por mejor decir, representando asunto religioso, pues este género nunca le comprendió, á pesar de pertenecer á él sus obras de mayor empeño, es la decoración de la iglesia de San Antonio de la Florida, en las afueras de Madrid.

Con dificultad se encontrará en otra parte una pintura al temple con mayor frescura, fineza, brillantez y armonía de color. En estas cualidades es un encanto.

Representó en la media naranja á San Antonio resucitando á un muerto. Cuando el artista hizo este trabajo, el paseo de

moda era el de la Florida; así es que con aquella impresionabilidad que demostró en todas sus obras, no hizo otra cosa al concebir y realizar su idea que reproducir los grupos de señoras, majas, chiquillos y hombres del pueblo que encontraba al paso, destacándose sobre el fondo de los montes del Guadarrama. Supongamos que un día se puso en el paseo un pobre medio desnudo á pedir limosna, y que el hambre le ocasionó una congoja; pasa un fraile y se acerca á socorrerle; alguna señora y mujeres caritativas se aproximan compadecidas del lance, al paso que otras personas, ó indiferentes ó no advertidas del suceso, se asoman á una barandilla para ver lo que pasa por otra parte, ó á los muchachos que juegan y se encaraman en ella. Así está desenvuelto el asunto. Los ojos de una picaresca morena con la cara media cubierta con una mantilla blanca, que os mira desde el balcón; la saya roja de su vecina que deja entrever el delicado tobillo; el pilluelo que gatea, enseñando el faldón de la camisa; toda la animación, todo el bullicio de una romería, es lo que os llamará la atención. Pero no de una romería de nuestro tiempo, en la que entre muchas manchas negras y oscuras se destaca tal pañuelo de chula amarillo, blanco, azul ó rojo, que distrae y anima la tristeza y monotonía del conjunto, produciendo un total agradable, pero templado, sino una explosión de todo lo más rico y lo más brillante de los colores de la paleta, en que el oscuro más oscuro no es un pardo ni un negro, sino un morado ó un azul. ¡ Con qué gracia, con qué encanto está armonizada esta reunión de colores vivísimos! Sólo en la naturaleza, en las praderas y jardines esmaltados de flores, se encuentra y puede estudiarse el secreto de esta armonía.

Creo que el autor se valdría del procedimiento al temple en esta obra, en vez del fresco, para no hallarse sujeto con las limitaciones de una paleta reducida, y poder disponer de finezas que lo pequeño de la capilla permite gozar bien.

En la bóveda de la entrada, en los arcos de las capillas, en los lunetos de las ventanas y en las pechinas, es donde se

halla la parte que podíamos llamar de fantasía ; porque se quieren representar allí ángeles y niños que vuelan y sostienen grandes cortinajes. Pero aquellos no son los niños ni los ángeles que han pintado todos los pintores que han querido representar celestes mensajeros ; los de Goya son *ángeles* con moños y faldas de gasa, con fajas de vistosos colores ceñidas bajo el bien formado seno, que aun castamente velado delata su morbidez. ¡Qué cutis tan delicados! ¡Qué mejillas tan sonrosadas! ¡Son un encanto! Todo lo que había de fino y delicado en la imaginación del artista lo puso en estas figuras, que parecen concebidas por un pintor inglés, y con decir esto quiero denotar también, á pesar de la descripción que he hecho, que no son figuras lascivas. Son mujeres que hablan más al alma que á los sentidos. Hay una, en actitud suplicante, que es una delicia.

No falta quien suponga que entre estas figuras se encuentran retratos de algunas damas de la corte, conocidas por su hermosura en aquella época. Con seguridad no es así, y de todos modos sería muy difícil reconocerlas, porque están vistas en un escorzo que no da idea de la fisonomía ordinaria de las personas. Son figuras puramente ideales ; nada religiosas, pero nada profanas tampoco.

Yo estoy enamorado de todas ellas como si fueran de carne y hueso, y las visito muy á menudo ; pero en estos amores no hay otro deseo que una contemplación espiritual. Si estuviera en mi mano dar vida á aquellas figuras, no se la daría, ¿para qué? Cuando las miro me sonríen ; un día que había un entierro en la capilla, lloraban ; ¡si respirasen desaparecería el encanto!

En la bóveda, detrás del altar mayor, hay también un coro de ángeles ; pero aquéllos no son más que un conjunto de charrinazos improvisados para cubrir el blanco de la pared, que llenan el objeto que el autor se propuso.

Cuatro meses bastaron para ejecutar tan importante obra. Es difícil comprender cómo en una época en que ya la crí-

tica tenía ciertos fueros se consintieron á Goya tales libertades; porque aun cuando siendo ya pintor de Cámara, no se le sujetase á la inspección de otros pintores, como se había hecho en Zaragoza, parecía que los encargantes debían haberle puesto ciertas restricciones, ó, más bien, no haberle escogido para semejante obra.

Los pintores italianos del siglo XVI, señaladamente los venecianos, habían tratado los asuntos religiosos como escenas de costumbres de su tiempo. Rembrandt, en el siglo XVII, había hecho lo mismo, y por cierto que ninguna se parece como la suya á la manera de tratar Goya los asuntos; pero los tiempos eran muy distintos.

Es tan extraño que en la época en que se pintó San Antonio no se hicieran reparos al artista, como lo hubiera sido consentir á cualquiera de los pintores que ha poco decoraron la iglesia de San Francisco, el introducir chulas bebiendo manzanilla, ó toreros fumando, entre los patriarcas y doctores de sus composiciones, por mucho que abonasen estas impropiedades la excelencia del dibujo y del colorido.

ZEFERINO ARAUJO SANCHEZ

## RECUERDOS

---

**H**emos convenido en que estos recuerdos de mis aficiones al teatro y de la historia íntima de cada uno de mis dramas, no son otra cosa, que lo que ahora ha dado en llamarse documentos humanos. Documentos muy pequeños, muy modestos, tan mínimos como se quiera, pero documentos al fin.

Nada más pequeño en verdad que *un punto*; y, no obstante, determinando el astrónomo varios puntos, determina también la curva que describe un astro y las que describen muchos, y los movimientos de todo un sistema solar y las leyes sublimes del mundo de los espacios. Y de esta suerte se ha pasado de lo más pequeño, que es el punto, á lo más sublime, que es la ley de la gravitación.

Pues en los métodos modernos de la Sociología, con muchos documentos humanos relativos á muchos hombres, se pueden ir trazando las íntimas y misteriosas trayectorias que en una generación han seguido las costumbres, las ideas, los sentimientos, los ocultos impulsos de toda una raza ó de toda una época.

Más dice á veces una insignificancia espontánea é íntima, que una manifestación aparatosa y artificial; un latido del corazón, si pudiera observarse, valdría más que todo un discurso adornado con las brillantes y falsas galas de la retórica.

Y además, esto de los documentos humanos ofrece indiscutibles ventajas al que se ha metido á escribir, ó, mejor dicho, á dictar artículos como el que yo voy dictando.

A cierta edad se vuelve la vista con cariño á los años que pasaron, y cuanto más lejanos están con más cariño se les mira, y más poéticos aparecen allá á lo lejos, entre las brumas de un horizonte, que fué el horizonte rosado de la mañana, y sobre el cual han de caer—borrándolo para siempre—los crespones de una noche eterna.

Además, se trata de sucesos infantiles ó de sucesos insignificantes; y, ¿quién tiene valor para entretener á sus lectores con tan insustanciales minucias? Ni el arte lo consiente, ni lo consiente la modestia; pero en diciendo que tales hechos son nada menos que documentos humanos, y que tal es su trascendencia que van á contribuir al descubrimiento de grandes leyes sociológicas; ya está uno plenamente autorizado para contar en público cuantas tonterías le hayan ocurrido en su vida pública ó privada.

Voy, pues, parapetado con la novísima ciencia, á seguir entreteniendo, ó aburriendo más bien, á mis lectores con estos mis lejanos recuerdos.

\*  
\* \*

A los catorce años salí de Murcia, después de haber tomado el grado de bachiller en el Instituto de aquella población.

Mis aficiones eran bien sencillas y se manifestaban de este modo: un interés extraordinario por el teatro, y en el teatro por los dramas. En aquella época infantil de la risa, lo que más me gustaba era el llanto; y es que debe haber para las almas, como para la luz, colores complementarios; cuando estamos alegres, el llanto de mentirijillas nos agrada más que la risa; cuando estamos tristes, la risa es el complemento

óptico, si vale la palabra, en el arco iris de la emoción estética.

Además del teatro se desbordaban mis aficiones por el campo inagotable de la novela; sin que el buen gusto me hiciera distinguir todavía las novelas desatinadas de las buenas novelas. Y, si he de decir la verdad, algo me aburrían éstas y un mucho me entretenían aquéllas. Sin duda hay aquí otra nueva acción complementaria: la realidad es verdadera; los mundos de la imaginación son mentirosos, y la verdad y la mentira se completan en el ser humano porque en su fondo lleno de misterios, siempre luchan la realidad presente y el ideal remoto, ó á veces el ideal imposible.

Pero á la par que se desarrollaban mis afanes y apetitos por el género novelesco y el género dramático, se desarrollaban poderosísimos, con intensidad creciente, y tan invencibles que todavía no han sido vencidos, por el estudio de las ciencias matemáticas; mejor dicho, por las matemáticas puras. Tanto ó más gozaba yo estudiando un teorema de la geometría de Vincent ó resolviendo un problema de geometría descriptiva de Le Roy, que por mí mismo y sin profesor estudiaba, que leyendo las primeras entregas de *El Conde de Monte Cristo*, ó que viendo representar *El Trovador*.

¿Qué más daba? Todo era interés, todo era emoción; todo, al cabo, era placer singularísimo. Las dificultades del problema valían tanto á mis ojos como las peripecias del drama; ambas eran obstáculos contra los cuales se lucha. Solución del problema: la vanidad satisfecha por una parte, y por otra la hermosura de una ley y de una armonía del espacio ó de la cantidad. Desenlace del drama; una catástrofe, un abismo, pero que era como el reflejo de una sublime cúspide en las aguas de un lago de tristeza; es decir, curiosidades saciadas y armonías directas ó invertidas.

Claro es que yo entonces no pensaba estas cosas; pero analizando aquellos sentimientos, encuentro en ellos algo de lo que ahora voy explicando.



Sali, digo, de Murcia y vine á Madrid á prepararme para ingresar en la escuela de Caminos.

Los tiempos habían progresado desde mi primer viaje, once años antes, cuando me llevaban en galera desde la coronada villa á la tierra murciana.

En aquel primer viaje de ida habíamos tardado quince días. En este viaje de vuelta ocho días tardamos no más. Ya es adelanto.

Fuí en galera, sobre una enorme plataforma de colchones, y con una enorme rastra de machos ó de mulas, que lentamente tiraban de nosotros, á lo largo de un camino surcado por profundas rodadas y abollado por aterradores baches; las *carreteras repujadas* han sido nuestra especialidad.

Volvi en tartana tirada por un solo macho ¡pobre macho!, aunque con tantos baches y rodadas como á la ida. ¡De cuántas cosas trascendentales, gravísimas; de cuántos personajes encumbradísimos y nobles me habré olvidado ya! ¡De aquel pobre macho de la tartana no me olvido nunca; todavía lo veo con su altura gigantesca que le asemejaba á un monstruo anti-diluviano; con su piel raída por las penas y los correajes; con sus orejas lánguidas que parecían doblarse bajo el peso de inmensas tristezas; con sus enormes ojos turbios, y con aquellas ancas horriblemente descarnadas, llenas de mataduras y asomando huesos de Titán por entre grietas de la piel!

¡Pobres ancas, que con mi mano de niño, acariciaba yo durante todo el viaje!

Si hay quien niegue que cuanto acabo de referir, á pesar de tratarse de una bestia, no es un verdadero documento humano, es que, por vergüenza suya, no conoce el primer capítulo de la Sociología.

Y cuenta que todo esto que digo, no es que lo invento; no es que procuro adornarlo; es que lo veo y lo siento con la misma claridad y la misma fuerza con que en aquel viaje lo vi y lo sentí.

La locomoción, aunque había ascendido de la galera demo-

crática al carro burgués, tenía aún ciertos rasgos comunes con los primitivos sistemas, con el sistema de caravanas inclusive; y digo esto, porque una verdadera caravana constituíamos los que á la zaga del macho íbamos encajonados en aquel modesto é incómodo vehículo, mil veces más incómodo que la tradicional galera.

Oiga el lector y asómbrese y compare tiempos con tiempos; y compare aquel democrático revoltijo con los modernos trenes de ferrocarril en que tan escrupulosamente van clasificados los viajeros en sus coches de 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>; en sus berlinas y en sus Sleeping-Car.

Para hacer el viaje de Murcia á Madrid, nos habíamos reunido las siguientes personas, alquilando entre todos la tartana y pagándola á escote.

A saber: la señora del entonces ministro de Marina señor P., y su hijo, joven de unos doce años; un ebanista muy notable que venía á montar un taller á la corte; mi padre, que á la corte me traía; y mi propia persona que gustosísima se dejaba traer.

Y nos sucedió un percance que tampoco he podido olvidar. Era el mes de Agosto; un día de horrible calor; y el pobre macho, en aquella abrasada llanura de la Mancha y á legua y media del Corral de Almaguer, rindióse al peso de sus fatigas y desdichas, y desplomó su colosal osamenta y su desgarrada piel sobre la tierra abrasada por el sol, muriendo á los pocos momentos y dejándonos á pie bajo un sol africano y á larga distancia del pueblo, distancia que á pie recorrimos sin privilegios de edad, de sexo, ni de clase, desde el modesto ebanista hasta la esposa del ministro. La desdicha es niveladora.

\*  
\* \*  
\*

Cuando quedé en Madrid solo y por lo tanto dueño absoluto de mi persona, sin desatender nunca mis estudios, que

eran para mí un encanto, encontré ocasión y libertad para satisfacer mis aficiones dramáticas, asistiendo al teatro con tanta frecuencia como me lo permitía mi modestísimo presupuesto.

Bien puedo asegurar que desde aquella época, hasta el momento presente, y algunos años han corrido, jamás he dejado de asistir á ningún estreno de importancia.

Yo presencié los primeros triunfos de Tamayo, como asistí más tarde á sus grandes batallas, y por mucha amistad que hoy me profese, acaso no me pague del todo, ni lo que le he aplaudido en sus estrenos; ni las ardorosas defensas que de continuo hice, en mi círculo estudiantil, de sus obras; ni los fieros enojos que sentía por la falange de críticos que contra el gran dramaturgo se encarnizaban.

Yo asistí también á la primera obra de Ayala, manchando mi conciencia para ello con un delito de lesa disciplina, perpetrado contra la escuela de Caminos, en la cual había ya ingresado, cuando el estreno se verificó.

Pero vamos por partes, que el asunto no deja de tener importancia, tanta por lo menos, como cualquiera de las cosas que voy relatando.

\*  
\* \*

La escuela de Caminos en aquella época, estaba sometida á un régimen severísimo, pudiera decir, que casi á un régimen militar.

Entrábamos á las nueve de la mañana, y los minutos de retraso se contaban, y si pasaban de quince constituían falta, y si no llegaban á quince se iban sumando; de modo que al subir la suma á cierto límite, constituía causa suficiente para perder el curso.

Duraba éste todo el año solar, desde el 1.º de Octubre al

31 de Agosto: en nada se diferenciaban para el alumno los meses abrasadores del verano de los helados meses del invierno; y el mes de Setiembre se destinaba á los exámenes.

De esta manera se empalmaban cinco años seguidos, y no había más reposo que los ochos últimos días de Diciembre, Semana Santa, Carnaval, domingos y fiestas enteras.

Entrábamos, repito, á las nueve de la mañana y permanecíamos en la escuela hasta las cuatro de la tarde, sin más descanso que media hora que se nos concedía para el almuerzo.

Las seis horas y media restantes estaban destinadas á las lecciones orales y al dibujo, siempre con un profesor ó un ayudante á la vista: agréguese á esto que el estudio se hacía en casa; de suerte que ríome yo de las ocho horas que piden los socialistas: con catorce horas no teníamos bastante para cumplir como Dios manda.

Abandonar la escuela sin permiso, y éste se concedía pocas veces, era gravísimo delito, que se castigaba con trabajos de recargo ó con horas de asistencia durante la noche.

Porque el régimen de la escuela de Caminos en aquella época, era más duro y más severo, que si hubiera sido una verdadera escuela militar, según he dicho.

Había por entonces un profesor de mucho mérito, de energía extraordinaria, pero de pocas palabras, y éstas grandemente premiosas y no siempre bien disciplinadas. Si el régimen que aplicaba á los alumnos, lo hubiera aplicado con igual severidad, á su concisa oratoria, me figuro que habrían ganado no poco la gramática y la retórica.

Nunca le oí explicar mal una lección; pero nunca le oí cerrar un período. El diablo de la indisciplina nos vengaba ampliamente insubordinándole todos los vocablos del discurso.

En cierta ocasión, reprendió con dureza suma á un alumno: éste con muy buenas palabras y con gran humildad, quiso oponer á la reprensión algunas excusas; pero el profesor á que aludo jamás admitía disculpa de ninguna clase, y cortando la palabra al discípulo replicón, le dijo con voz ronca, y po-

niéndose encendido de enojo, porque era hombre muy sanguíneo: «silencio, no se replica: aquí se manda despóticamente...» Y vaciló, se detuvo un instante, buscó la manera de cerrar el período y no encontró más que esta atrocidad: «Sí, señor; se manda despóticamente, y *se obedece lo mismo.*» Y dando media vuelta, se alejó asegurándose sobre la nariz los majestuosos anteojos con armadura de oro, que se habían desequilibrado un tanto, á virtud de aquel enorme esfuerzo oratorio.

El alumno, se quedó inmóvil y aterrado y en plena posesión de la obediencia despótica.

Digo todo esto para avalorar más y más el acto heroico y criminal, que realicé, en honor del ilustre Ayala, que todavía no era ilustre; pero que ya era el Ayala de siempre.

\*  
\* \*

Debo advertir que no era yo el único aficionado al teatro en la escuela de Caminos, aunque quizá yo era el más fanático. Formábamos un grupo de entusiastas por dramas y comedias, y por el teatro Real también, varios alumnos, entre los cuales recuerdo á Broockman, Caunedo, Regueral, Pagasartuondua y Mendivil; y como he dicho varias veces á casi todos los estrenos asistíamos.

Pues bien; corrió entonces por el mundo literario y por esas mil ramificaciones que existen en las grandes ciudades, y por las cuales circulan noticias, ideas y sentimientos, nazcan donde nacieren; corrió, digo, y llegó á nosotros, una gran noticia.

Habíase presentado en Madrid, un joven extremeño que se llamaba D. Adelardo López de Ayala, el cual había entregado en el teatro Español ó del Príncipe, que no sé cual era entonces su nombre, un drama en verso con este título: *El Hombre de Estado.*

El drama, según todos aseguraban, era un verdadero prodigio: lo mejor que se había escrito en España en todo el siglo: el autor era superior á García Gutiérrez, á Hartzenbusch y á todos los autores dramáticos existentes. Contábase que el insigne Ventura de la Vega, de tal modo se había entusiasmado al oír leer tan peregrina obra, que había dicho: «Todo cuanto yo he escrito; y ya había escrito *El Hombre de mundo*, lo cambio por este drama.»

Verdades ó mentiras, estas y otras mil cosas se referían, y hasta nuestra escuela iban llegando abultadas tal vez por la distancia y por la rica imaginación de los intermediarios.

Ya se puede suponer en qué estado de excitación se encontraría el grupo de los entusiastas por el arte dramático, y en qué grado máximo de excitación me encontraría yo también al llegar el día del estreno.

Pero aquí se presentaba un problema formidable: había que ir á comprar los billetes, mejor dicho, la entrada general, que era la única localidad á nuestro alcance; en el momento preciso de abrirse la taquilla. Y ¿cómo se iba, y quién iba, y de qué manera se burlaba la vigilancia de la puerta, y quién cargaba con la inmensa responsabilidad de cometer tamaña transgresión y acto tan feo de indisciplina?

Todos los compañeros me designaron á mí, porque á mí era á quien menos vigilaban y de quien menos desconfiaban los profesores.

Yo no me había escapado nunca; después no volví á escaparme jamás; una sola escapatoria mancha mi conciencia, y esa fué en honor de Ayala.

\*  
\* \*

Porque yo, aunque me esté mal el decirlo, y aunque muchos no lo crean, soy el hombre más respetuoso con toda autoridad y el más atento á toda disciplina.

Yo el demócrata, yo el individualista intransigente, yo, no diré coautor, pero en mi modesta esfera cómplice al menos de la revolución de Setiembre; yo, para quien el derecho individual más amplio es condición ineludible de vida y de progreso; yo soy, sin embargo, uno de los seres más subordinados de la creación.

Sin embargo, aquella vez, más que mis instintos de orden y disciplina, más que mi temor á los profesores, y aun más que el imperativo categórico de mi conciencia, pudieron en mí la curiosidad artística y mi afición desmesurada por los estrenos teatrales.

Acepté la peligrosa comisión, cogí capa y sombrero, me deslicé por la escalera y salí valerosamente á la calle del Turco en dirección á la calle del Príncipe.

Era mi primera escapatoria; ¡y qué emoción tan profunda sentí! Imaginábame que todos los transeuntes clavaban en mí la vista con asombro, leyendo en mi rostro mi delito; figurábame que á cada paso se me iba á poner delante un profesor, preguntándome con voz terrible: «¿A dónde va V.?», y me zumbaba en los oídos aquel apotegma de la escuela: «aquí se manda despóticamente y se obedece lo mismo.»

Bueno; pues despóticamente iba yo á satisfacer mi gusto.

Y llegué al teatro, y me acequé á la reja, que aún existe, y pedí los billetes que me habían encargado.

Con gran ansiedad los pedí, porque temía que me dijeren «ya no los hay»; pero los hubo.

Recuerdo que despachaban los billetes dos señoras, es decir, dos modestísimas señoras, una algo jorabadita, la otra de bastante edad y muy pálida: me parece que todavía las veo á través de la reja y sacando billetes de la taquilla.

He dicho antes, que no hay hombre que respete *el principio de autoridad* más de lo que yo lo respeto. Como buen demócrata me gusta limitarlo, pero el que queda, me inspira un respeto casi religioso.

Y es la verdad, que aquellas dos pobres mujeres, que de-

trás de la reja tomaban billetes de cartón de una taquilla, y nos los iban repartiendo, antojábaseme que eran dos poderosísimas señoras, dotadas de infinito poder, y de infinito malgenio, que desde su enrejado trono repartían, ora gracias y mercedes, ora respuestas agrias á los míseros mortales que, como yo, se acercaban temerosos á la reja del despacho.

Lo cierto es que aquellas buenas señoras me infundían mucho miedo, y que esperaba temblando su respuesta á mi petición humilde.

Por eso cuando ví que me alargaban los billetes, se me transformaron en ángeles de bondad, y hasta me pareció que la jorobadita, se erguía esbelta en la oscura covacha de aquel clásico despacho de billetes.

Los recogí presuroso, después de haberlos pagado, y me volví á mi calle del Turco y á mi escuela, satisfecho y triunfante y como si hubiera realizado la más portentosa hazaña.

Cuando entré sin que nadie reparase en mí, cuando me vi sentado en mi mesa de dibujo, y cuando pude decir á mis compañeros, con todo el vanidoso desdén que infunde el peligro vencido, «ya están aquí, ya los traigo»; sentí tufos de orgullo, como no los he sentido jamás.

Vamos, que yo también sé hacer una picardía sin que nadie me la conozca. Está visto que sirvo para el caso.

\*  
\* \*  
\*

Nunca conocerá nadie todas las profundidades del corazón humano. Yo que era un alumno modelo, aunque me esté mal el decirlo, yo que al ir por los billetes para el estreno del drama de Ayala, llevaba en mí miedo y vergüenza, y hasta remordimiento por la falta que cometía, al dar cima feliz á mi empresa criminal, ya no sentía remordimiento alguno, que para el miedo ya no había ocasión, lo que sentía era una burlesca alegría y llamaradas de vanidad satánica, por haber burlado la ley escolar.



Creo, y Dios me perdone si me equivoco, que burlar la ley, es el placer supremo de todo el que lleva sangre española. Será acaso, que el hecho de burlar *una fuerza superior á la nuestra*, encierra en sí elementos estéticos, como los hay en el torero cuando gallardamente esquiva la embestida del toro, y será que los españoles tenemos tan arraigado en nuestra naturaleza el sentimiento artístico, que cuando no podemos mostrarlo de otro modo, lo mostramos dando quiebros á la feroz embestida de la ley.

Tampoco es imposible, que este sentimiento que voy analizando, sea en el fondo una protesta del individualismo contra toda disciplina social. Quién sabe si es el virus anarquista que nos circula por las venas, y que aprovecha cuantas ocasiones encuentra para morder en las ligaduras sociales y roerlas poco á poco.

De todas maneras, yo tengo esta idea, que si se toma *al hombre más virtuoso*, y á la par se toma *al hombre más criminal*, de todas las malas pasiones, de todos los vicios, de todas las negruras de este último, hay una representación tan mínima, tan imperceptible, tan microscópica como se quiera, pero representación al fin, en el primero.

Un hombre comete un crimen, roba ó asesina, pues como eluda la acción de la justicia, siente orgullo, por la fuerza ó por la destreza de que dió prueba tan provechosa para el interés egoísta de su conservación é integridad. Pues este sentimiento era el mío, cuando me escapé de la escuela de Caminos para comprar los billetes del estreno de Ayala, y cuando, con ellos en el bolsillo, me encontré sano y salvo en la sala de dibujo, viendo pasear tranquilamente ante mí al profesor de los anteojos de oro y de los despóticos mandatos. Lo que es en aquella ocasión, yo era el que despóticamente había cumplido mi voluntad, y despóticamente había faltado á la disciplina de mi querida escuela de Caminos.

\*  
\* \*

Asistimos, pues, al estreno de *El Hombre de Estado*, y fué gran noche; es decir, noche de emociones, para nosotros los aficionados de pura sangre.

Yo presencié el estreno en la galería de la derecha del espectador.

Cien y cien veces, miles de veces, mejor dicho, he asistido yo al que fué teatro del Príncipe y hoy es teatro Español. Todas las localidades las he recorrido: galerías, anfiteatros, una galería baja que hubo en otro tiempo, ocupando el sitio que ocupan los palcos de platea; butacas, balconcillo, que ya no existe; palcos bajos y principales, en fin, el teatro en toda su extensión, pliegues y repliegues; y, sin embargo, me acuerdo con recuerdo vivísimo, como si ahora mismo lo estuviese viendo, que la noche del estreno de *El Hombre de Estado*, ocupaba yo un asiento *en la galería de la derecha*.

El éxito no correspondió á las esperanzas que á todos nos animaban. Se oyeron los primeros actos con profundo silencio, porque el interés era grande, y era grande la expectación. Reconocían todos, ó por lo menos reconocíamos nosotros, que los versos del drama eran hermosísimos, pero los actos parecían largos, y el interés no era grande, al menos para el grupo de los míos.

Grandes aplausos premiaron aquella hermosísima escena en que el privado le pinta al rey las empresas heroicas de Carlos V, y en que le pregunta una vez y otra: «¿Es como éste, señor, vuestro proyecto?»

Y el proyecto del rey, no se parecía á ninguno de aquellos que el duque le citaba, porque lo que el rey tenía proyectado era la conquista de una apetitosa dama de la corte.

Con esta escena parecía que al fin triunfaba el joven autor; pero la frase final de uno de los actos—no sé si del segundo ó del tercero, porque no he vuelto á ver el drama, y aunque por entonces me lo aprendí de memoria, no lo he leído despues—descompuso por completo al público, no por la frase en sí, sino por la manera poco acertada y un tanto ridícula en ento-

nación y ademanes con que el actor la dijo. Y era, sin embargo un gran actor.

Desde aquel punto el drama empezó á declinar. No gustó el penúltimo acto, y pareció extremadamente lánguido el acto final, que no sé si era acto ó epílogo.

En suma, exceptuando los envidiosos, que no faltaron ni en la prensa ni fuera de ella, todos reconocieron en este primer ensayo que Ayala era un poeta de grandes vuelos, y de anchuras calderonianas; pero negáronle la mayor parte, que pudiera ser autor dramático: juicio como se ve acertadísimo, tratándose del autor de *El Tanto por ciento*, de *El Tejado de vidrio* y de *Consuelo*.

Yo, sin embargo, en mi pequeño círculo estudiantil de la calle del Turco, sostenía, que quien había hecho la admirable escena antes citada, tenía masa de autor dramático.

Es que yo, y véase cómo me voy familiarizando con el vocablo, y perdónemese de paso la falta de modestia; es que yo repito, y lo repito á gusto, he tenido muy buena sangre para los demás; en cambio, cuánta sangre, inficionada de bacterias, circula por las gentes y por los mundos.

Dejarla, que ella se pudrirá á sí misma.

José ECHEGARAY.

## CARTAS INÉDITAS DE CADALSO

---

**H**ACE poco más de un año que, examinando en nuestra Biblioteca Nacional papeles referentes á otro escritor español del siglo XVIII, tuve la suerte de tropezar con las siguientes cartas del célebre coronel D. José Cadalso. Todas son de su puño y dirigidas al insigne fabulista D. Tomás de Iriarte; y aunque la mayor parte de ellas carecen de fecha y en el legajo estaban trastrocadas y revueltas, no ha sido tarea imposible ordenarlas según la época en que fueron escritas.

Respecto de su interés é importancia, nada habrá que decir, pues uno y otra se desprenden de la simple lectura de tan curiosos documentos. Aquel hombre excelente se retrata en estas epístolas tal y como era; franco, jovial, con sus ribetes de *esprit fort* y despreocupado (como quien había recibido su educación en la patria de Voltaire y le había conocido personalmente), pero bondadoso, amigo sincerísimo é infatigable propagador de toda cultura.

La vida de este simpático escritor, aunque no tan conocida como desean sus devotos, lo es bastante para comprender sus grandes cualidades; su amor á la patria, por la que dió su vida, y la parte principal que tomó en el renacimiento

de nuestras letras al empezar el último tercio de la pasada centuria.

Aunque de origen vascongado, como él mismo declara en unos tercetos *á la Fortuna*, al decir que entusiasmaron su edad juvenil

El militar estruendo, el duro acento  
del jefe que las tropas disponia,  
el ronco son del bélico instrumento,  
la clin del animal que Betis cria,  
el brillo que el dorado Tajo presta  
al fierro de Cantabria, patria mia,

es lo cierto que nació en el extremo opuesto de la Península, en la ciudad de Cádiz, como demuestra la partida de bautismo publicada por Navarrete, verdadero autor de la biografía de Cadalso que figura en la colección de sus obras de 1818. Allí, pues, vió la luz en 8 de Octubre de 1741, siendo sus padres D. José y Doña Josefa Vázquez de Andrade.

Muy joven aún fué enviado á París, pues asegura que en 1757 vió allí representar *El Cid* de Corneille (*Sup. á los Eruditos á la violeta*), y en la gran capital cursó humanidades, señalándose por su disposición para el estudio de las lenguas. Después de una rápida excursión por Inglaterra, Alemania é Italia, volvió á la patria á los veinte años de edad, en ocasión en que nos hallábamos en guerra con Portugal, á consecuencia del *Pacto de familia*. Inmediatamente se alistó como cadete en el regimiento de caballería de Borbón, que ya estaba en campaña, hallándose en los principales sucesos de esta lucha, acompañando, como edecán,

Al atrevido Aranda,  
que cuando á Almeida toma  
con sus triunfantes armas  
puso espanto en Lisboa,

que decía su amigo Moratín el mayor.

El recuerdo de estos hechos le inspiró después enérgicos acentos poéticos, que no son sus peores versos.

Con gusto vi la bélica fortuna  
del soberbio bretón, al lusitano  
dar contra España, audacia no oportuna;  
y las melenas del león hispano  
coronarse con lises; y á su saña  
rendir Almeida el alto muro ufano.

Y al ver de Marte por la dura España  
rodar el carro con horrible estruendo  
y alzar la Muerte su infeliz guadaña,  
iba yo en mi memoria recorriendo  
historias dignas de dolor y espanto  
y mi alma con sus nombres complaciendo.

Estos nombres eran Sagunto, Numancia, Méjico, Pavía, Lepanto, San Quintín, Camposanto, etc., deseando volver á Atocha á colgar las banderas del enemigo después de sojuzgado. Pero el Rey lo ordenó de otra suerte y se hizo la paz.

Viendo fenecida su esperanza, que se cifraba en la guerra, se vino á la corte, donde también hay lides que reñir, no menos terribles, aunque menos cruentas. Aquí conoció á Moratín, el padre, á Huerta (*Ortelio*), á quien dedicó la primera parte de sus poesías, á Ayala y á otros literatos. Entonces compuso su *Óptica del cortejo*, sátira ingeniosa, pero escrita en perverso castellano, contra aquella ridícula moda, recién introducida, y á la que fustigaron también con su pluma escritores muy doctos como D. Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, que por aquellos dias imprimió sobre el *cortejo* otra *brochure* más aguda que la de Cadalso.

Ascendido á capitán, siguió durante algunos años el destino de su regimiento, componiendo á retazos sus *Cartas marruecas*, y suspirando siempre por volver á Madrid. Con siguiólo hacia 1770, y empezó entonces el período más interesante y dramático de su vida; es decir, empezaron sus ruidosos amores con la actriz madrileña María Ignacia Ibáñez, primera dama de los teatros de la Corte, joven, sensible, modes-

ta, hermosa, al decir de Moratín el hijo, á quien Cadalso amó con la mayor ternura y de quien «para honor de las que pisan el teatro era igualmente correspondido», añade el insigne Inarco.

Para ella escribió su desmayada tragedia *Sancho García*; y el talento de la artista pudo conseguir que los oídos españoles tolerasen el martilleo de aquella versificación medio francesa. Poco después, una muerte inesperada arrebató á la cómica, y Cadalso, presa de intenso dolor, se entregó á una sombría y silenciosa desesperación. Sin comer, sin descanso, imaginando mil tormentos para abreviar sus días, cayó en el más miserable estado, á punto que casi todos sus amigos le abandonaron. Pasaba la mayor parte de los días arrodillado sobre la piedra que cubría el sepulcro de su amada, hasta que los guardianes de la iglesia de San Sebastián, donde yacía, le advertían que era hora de cerrar el templo; y, al fin, paró su locura en la extraña idea de desenterrar el cadáver de la joven y robarlo, lo cual realizó en parte, y lo hubiera concluido á no estar sobre aviso su protector y amigo el conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla, quien, utilizando la delincuencia que suponía la intentada profanación, le desterró á Salamanca para curarle. Las *Noches lúgubres* son un relato casi histórico de este suceso.

Con motivo de este destierro empieza la interesante correspondencia que va á leerse; pero antes debemos completar este bosquejo de prólogo con la relación de los últimos hechos de la vida del gallardo militar-poeta.

Tranquilizado su espíritu, publicó al año siguiente (1772) *Los Eruditos á la violeta*, sátira literaria escrita con notable gracejo y soltura, y la mejor de sus obras, si el epistolario que sigue no le hace sombra. Tuvo tanto éxito, que antes de anunciarse en la *Gaceta*, ya había el editor vendido toda la tirada menos veintisiete ejemplares, y el autor tuvo que componer en el mismo año un *Suplemento*, que fué recibido con igual aprecio. En el siguiente imprimió sus poesías con el tí-

tulo de *Ocios de mi juventud*, como despidiéndose del culto de las Musas, por él tan obsequiadas antes en honra de su *Filias*, exclamando:

Mientras vivió la dulce prenda mia,  
Amor, sonoros versos me inspiraste;

pero después de aquella pérdida, dice:

En lúgubres cipreses  
he visto convertidos  
los pámpanos de Baco  
y de Venus los mirtos.

Aunque no con la rapidez que correspondía á su mérito, fué ascendiendo en su carrera, siendo nombrado comandante de escuadrón en Abril de 1777 y coronel en 1781, cuando ya había prestado eminentes servicios en la campaña que tuvo por principal aspiración la reconquista de Gibraltar, á cuyo bloqueo asistió constantemente como ayudante de campo del general en jefe, y en el que al fin perdió la vida.

En la noche del 27 al 28 de Febrero de 1782, habiendo entrado de servicio en reemplazo de un compañero, y hallándose en la vanguardia inspeccionando los trabajos de trinchera del campo inglés, una granada salida de la batería denominada *Ulises*, le hirió de rechazo en la frente, parte de la cual se llevó y le produjo instantánea y gloriosa muerte.

El duelo de nuestro campo fué secundado por el del campo enemigo, cuyo general había conocido á Cadalso antes de la guerra, y mostrándole su aprecio por sus altas prendas. Pero la explosión de sentimiento fué mayor entre los hombres de letras, casi todos amigos suyos y ninguno enemigo. Meléndez, á quien tanto amara Cadalso, escribía: «Sin él yo no sería hoy nada. Mi gusto, mi afición á los buenos libros, mi talento poético, mi tal cual literatura, todo es suyo. El me cogió en el segundo año de mis estudios, me abrió los ojos, me enseñó, me inspiró este noble entusiasmo de la amistad y de lo bueno;



me formó el juicio; hizo conmigo todos los oficios que un buen padre con su hijo más querido.» Y en su memoria compuso aquella canción fúnebre que empieza:

¡Silencio augusto, bosques pavorosos,  
profundos valles, soledad sombría...!

El magistrado-poeta D. José María Vaca de Guzmán le dedicó también una oda en sáficos, y el conde de Noroña, que presenció la catástrofe, le consagró una sentida elegía, que se supuso manuscrita y perdida, pero que con el seudónimo de *Feniso* (que era su nombre poético) publicó el mismo conde en 1789 en el *Correo de Madrid*, y en la que son curiosos los últimos tercetos:

Y para eterno y firme monumento  
del honor que tus méritos lograron,  
poner este letrero en él intento:

«Aquí yace Cadalso, á quien amaron  
Marte, Palas y Apolo, y cuya muerte  
amigos y enemigos lamentaron».

.....

Imprecaré tu nombre de contino,  
y de taray morado coronado  
lloraré tu desgracia y tu destino.

En este sacrificio, acompañado  
seré del dulce *Tirso* (1), del ameno  
*Ortelio* (2) y de *Batilo* (3) delicado.

Dejó Cadalso inéditos muchos escritos: póstumas se publicaron las *Noches lúgubres*, las *Cartas marruecas* y algunas obrillas menores, como unos *Anales de cinco días*, invectiva contra el lujo, modas y costumbres del tiempo, que compuso en 1779, como recuerdo de una breve licencia que disfrutó en Madrid; dos años de un *Calendario manual y guía de forasteros*,

(1) D. Tomás de Iriarte.

(2) D. Vicente García de la Huerta.

(3) D. Juan Meléndez Valdés.

piececillas satíricas que divulgó en 1767 y 1768, una *Carta de una señora gaditana*, todo lo que ha sido impreso en diversas publicaciones.

A guisa de complemento de las anteriores noticias, podemos también ofrecer á los aficionados un curioso documento inédito y desconocido, existente en la Biblioteca Nacional (Pv., Caja 31, 6). Es un fragmento de carta escrita en los primeros años del presente siglo, nada menos que á D. Leandro Fernández de Moratín, y que encierra importantes noticias sobre el bizarro coronel. Dice:

«El prólogo puesto en la última edición de 1818 por Repullés da noticia bastante circunstanciada de su vida, y su sobrino, que vive en Bilbao actualmente, dice que nada puede añadir, porque era muy joven cuando aquél murió. Lo único que dice puede añadir es que efectivamente descendía de la casa solar infanzona de Cadalso, pues descendían ambos de un mismo abuelo, y dicho solar existe en el día en el vínculo de la familia. Que la familia de su madre era muy distinguida y originaria de Extremadura. También dice que oyó decir á su padre que cuando murió Cadalso se presentó al general en jefe su compañero de casa, que era otro ayudante, llamado Salinas, sobrino de Floridablanca, que en el día, si vive, es teniente general, y le dijo que Cadalso le tenía pedido que si moría pronto le hiciese el favor de quemar todos sus papeles; que el general en jefe se lo permitió y que él lo ejecutó, pero que esto no parece probable. Su vida, que fué singular tanto en asuntos serios como en fruslerías, la tenía escrita hasta el día en que murió, pues él mismo la escribía todos los días; y esta no llegó á manos de su sobrino, á pesar de que el mismo le dijo, siendo éste muchacho, que la tenía siempre con una carpeta rotulada á su nombre para cuando él muriese. Una de las obras que también tenía escrita era el *Diario crítico del sitio de Gibraltar*, y no se sabe su paradero entre la familia, aunque el padre del actual Cadalso la leyó poco antes de que el poeta muriese, y se la devolvió. Estas son, señor *Inarco*

*Celenio*, las únicas noticias que añade Cadalso en su carta al Marqués: V. en la suya dice que permanecerá en esa, y no lo extraño, pues sé que estará amancebado, cuando menos, del Sr. D. Juan ex-Rector de los Verdes. A éste se le debía suplicar cuidase de agujonear á V. hasta conseguir que nos diese una colección completa de sus obras y las de su padre...»

Tiempo es ya de dejar la palabra al caballeresco autor de *Sancho García*.

### CARTA PRIMERA

(Sin fecha ni dirección, pero escrita en Salamanca á mediados de 1773.)

«El autor de *Los Eruditos á la violeta* saluda al autor de *Los Literatos en Cuaresma* (1), le envía esta carta, y le pide no la lea delante de algun majadero.—*Nota*: Y pide respuesta.

Estimabilísimo y estimadísimo amigo: ¿Qué puede importar á Vmd. que yo haya llegado á Salamanca ó me haya muerto en el camino; esté bueno ó malo, alegre ó triste, libre ó enamorado, fastidiado ó divertido, en una buena posada ó en el hospital? Pero á mí sí me importa y mucho que Vmd. sepa que le estimo mucho, y, por tanto, le dé noticia de haber llegado bueno, estar de buen humor filosófico, bien establecido con mis libros y bastantemente favorecido de estas gentes en Salamanca, doctísima universidad, donde no se enseña matemática, física, anatomía, historia natural, derecho de gentes, lenguas orientales, ni otras frioleras semejantes; pero produce gentes que con voz campanuda pondrán sus 77.777 silogis-

(1) Sátira literaria en prosa que D. Tomás de Iriarte publicó en Marzo de 1773, con el seudónimo de D. Amador de Vera y Santa Clara.

mos en *Baralipton, frisesomorum* ó *sapesmo* sobre cómo hablan los ángeles en sus tertulias; sobre si los cielos son de metal de campanas ú líquidos como el vino más ligero y otras cosas de semejante utilidad, que Vmd. y yo nunca sabremos, aprenderemos ni estudiaremos.

Dos hermanos tiene Vmd. en este mundo y un tío en el otro (1), de quienes deseo noticias. Démelas Vmd. y muy frescas. A los dos que están todavía por acá dará Vmd. muchos abrazos de mi parte, y casi iba á encargarle lo mismo para el que ya pasó la barca de Aqueronte, pero no me atrevo á exponerlo á Vmd. á que por complacerme se fuese bonitamente á casa de la Sibila, á preguntarla el camino y pedirle el pasaporte; y que estando Vmd. viendo los cuadros de su capilla, saliese ella con una cara de esqueleto, un vestido de telaraña y una voz de vieja gangosa y carraspeña, le mandase comprar unos cuantos terneros y carneros, matarlos, y luego ella hiciese mil gestos, cuales suelen hacerlos los endemoniados de hogaño; y después le diese á Vmd. por no hacerle esperar tanto tiempo, un ramo de oliva muy guapo, con sus cintas, ó tal vez como no tuviese mucho que hacer aquel día, tomase su mantilla y se fuese con Vmd. en buen amor y compañía caminito del otro mundo, donde se encontrarían de manos á boca con varios monstruos que no se ven en las *menageries* de por acá; después varias ánimas deseosas de entrar, como la los (*sic*) Sres. Bonte y Palinuro; después la barca de Aqueronte, el cual, con aspereza de verdadero marino, se haría de pencas para recibirlos, hasta que viese el ramo; después, al desembarcar, se hallarían con el Cerbero, que ladraría endemoniadamente hasta que le echase Vmd. ó la compañera de viaje un pastelillo para que se entretuviese; después llegarían adonde están los chiquillos que murieron

---

(1) Los dos hermanos eran D. Bernardo y D. Domingo de Iriarte, empleados entonces ambos en la primera Secretaria de Estado, y el tío el insigne humanista D. Juan de Iriarte, fallecido en 1771.

cuando apenas podían decir caca; los que se mataron á la inglesa, los que murieron inocentes, y los amantes, entre los cuales estará mi *Filís*, que se murió y me dejó y se fué sin llevarme, por más que yo le decía como Hernando de Herrera á su Lucinda:

Estréchame, Lucinda, entre tus brazos,  
Y pasaremos juntos el Letheo;

después, verían Vmds. el puesto destinado para los verdugos alquilados para matar á sus hermanos; digo, los guerreros insignes como los que celebra la historia y yo no quiero nombrar; después, tirando sobre la izquierda, encontrarían con todos los bribones condenados por sus iniquidades á ser los unos fritos en aceite, otros á ser asados, otros á estar en las parrillas, otros á *la crapaudicia*, otros en escabeche, etc., etc.; y después de todos estos despueses, volviendo *sobre la derecha*, se hallaría Vmd. en un campo como así me lo quiero, donde encontraría la compañía más honrada del mundo, de gente sabia, quieta y filósofa. Allí estaría con Séneca, con Marcial, con Cervantes, con Garcilaso, con León y otros sabios españoles el venerable Iriarte, que saldría, al preguntar Vmd. á aquellos insignes hombres y á su conductora:

*Dicite, felices animae, tu que optima vates,  
quae regio Anchisem quis habet locus, etc.»*

(Virg.: *Eneida*, lib. VI, vers. 669 et seq.) (1)

---

(1) Falta el resto de esta preciosa epistola.

## CARTA II

(Sin fecha ni dirección, pero escrita en Salamanca en Junio ó Julio de 1773.)

«Condición preliminar del tratado de comercio literario que hacemos Vmd. y yo. *In nomini individuae Trinitatis, etc.*

Vmd. responderá á mis cartas y me escribirá otras de impulso propio siempre que quiera y no tenga nada que hacer, sin que yo forme la menor queja, y *viceversa*.

*Extraordinariamente extraordinaria* (como dice la extraordinarísima conclusión de la octava que Vmd. me dice haberse impreso de letra de molde en el año de 1773 de nuestra Redención) (1), *extraordinariamente extraordinaria*, vuelvo á decir, es, ha sido y será siempre la carcajada de risa que me causa la calidad del panegírico del *gallego mejor que hubo en Galicia*, y el español mejor que hubo en España, y del Salomón gallego que fué llorado con *sosiego* porque fué *gallego*; como también si hubiese sido *manchego*; y que si en lugar de ser gallego ó manchego hubiera sido *extremeño*, hubiera sido llo-

(1) Es la octava tercera que, aludiendo á la muerte del P. Fr. Martín Sarmiento, concluye:

«¡Oh golpe para el orbe literario,  
Extraordinariamente extraordinario!»,

del elogio contenido en la *Oración fúnebre que el R. P. M. Anselmo Avelle, Predicador mayor del Real Monasterio de San Martín de Madrid, dixo el día 7 de Febrero de este año en las honras que dicho Monasterio celebró á la buena memoria de su famoso hijo el Rmo. P. M. Fr. Martín Sarmiento. Lo da á luz con varios elogios Griegos, Latinos y Castellanos el mismo Monasterio, á expensas de un amigo íntimo del difunto. Madrid, 1773, 4.º*

rado con *ceño*, *nec non* si hubiera sido *malagueño*; y á ser el Rvmo. *granadino* hubiera sido llorado con *desatino*, y en caso de ser *aragonés* le hubieran llorado con el ojo del *revés* y siendo *mallorquín* con lágrimas de *bacín*, *et sic de coeteris* (1).

Si lo que se ha de publicar con motivo de Fr. Flórez (2) es igual á lo visto, serán dos monumentos eternos levantados á la ignorancia, pedantería y á la ignominia de nuestro país y siglo. ¿No hay un alma caritativa que delate al tribunal de la razón una obra semejante? Haga Vmd. una visita muy formal de mi parte á D. Amador de Vera, autor de *Los Literatos en Cuaresma* para que escriba algo sobre este asunto, que á no estar tan lejos de Madrid D. José Vázquez, autor de *Los Eruditos á la violeta*, ya lo trabajaría con gusto.

El luto que insinúa el panegirista que debían llevar los benitos había de ser, no por la muerte del elogiado, sino por el infortunio de tener en sus claustros semejantes elogiadores. Yo no soy amigo de hablar del gobierno, pero no puedo menos de hacer esta pregunta: ¿por qué se permite publicar esta especie de producciones que no pueden causar otro efecto que el de empeorarnos cada día la fama en el mundo literario y confirmar á los extranjeros la preocupación en que están contra nuestras obras del siglo pasado y presente? Las Academias debieran volver por la honra de la nación, y acudir al trono pidiendo alguna resolución capaz de remediar este daño. Si yo llegase alguna vez á entrar en alguna de estas asambleas (lo que estoy muy lejos de merecer ni de solicitar), no dejaría pasar sesión alguna en que no suscitase esta especie.

Va esto muy serio para el tiempo que hace y demasiado para quien acaba de leer los extractos del papelón: remítamelo Vmd. todo entero, si fuese su tamaño cómodo para el correo; pero si después de bien leído le parece á Vmd. digno

---

(1) En papel aparte sigue aún Cadalso ridiculizando los ripios cometidos en la obra que fustiga.

(2) Es el P. Fr. Enrique Flórez, que falleció en el mismo convento el 5 de Mayo de 1773.

(por lo ridículo) de remitirse, aunque de volumen tan grande como los desatinos que contiene, envíemelo aunque sea menester alquilar una carretería entera como las que llevan el metal de Vizcaya; aquel metal tan poderoso hasta que se descubrió con abundancia el de Méjico y Perú. Y vea Vmd. su poco de moral de paso. Ni crea Vmd. que sea importuna esta moralidad, porque no deja de haber cierta conexión entre oro y plata y monjes benitos.

De la literatura de este país no puedo decir á Vmd. más de lo que Vmd. mismo me dice, y aténgase Vmd. á su dictamen, que es el más verdadero juicio que se puede formar del estado de las cosas literarias de Salamanca. Pero prescindiendo de lo sabio, en lo demás es muy buena gente.

Dará Vmd. mil abrazos á sus hermanos, á quienes quiero yo también casi casi tanto como á Vmd., de quien soy *ex corde*.—J. C.—Abreviaturas de mi nombre y apellido muy semejantes al dulcísimo nombre de Jesu Christo que también se suele poner con J. C., cosa que me llena de consuelo espiritual.»

---

### CARTA III

(Sin fecha ni dirección, pero no mucho después de la anterior y en el mismo año.)

«Ni al santo el voto ni al niño el coco. Conque así ha hecho Vmd. muy mal en no darme las noticias que me prometió del papelote panegírico del P. Flórez, siendo así que mi curiosidad está sumamente exaltada con la idea que formé en vista del que se hizo para el P. Sarmiento, y Vmd. se sirvió extractar para mi consuelo. No le perdono á Vmd. la omisión, ni se la perdonaré *in articulo mortis*, cuando tenga un padre



capuchino á mi derecha, un agonizante á mi izquierda, el bacin á la cabecera, el orinal á los pies, y todo lo restante de estas comparsas. Si desde la cama voy al cielo, como lo espero de los méritos de Jesucristo, intercesión de la Virgen de Atocha y oraciones de una tía monja que tengo en opinión de santa, perderá Vmd. mucha parte de mis buenos oficios con Dios por esta sola culpa, y si me condeno, lo que no permita la Virgen Santísima que suceda á mí ni á ningún devoto de su rosario, le atormentaré á Vmd. en sueños, haciendo todas las noches el viaje, arrastrando cadenas, echando fuego por los ojos y boca, llenando el cuarto de humo, apestando á azufre y dando unos aullidos, rugidos, relinchos, rebuznos, chillidos y otros gritos, que se ha de ver Vmd. muy negro si no tiene la precaución de poner en sus puertas y ventanas un letrero que diga: *Ave María, Padre Rojas*, ó otro conjuro semejante de los que hay muchos, y Vmd. supiera algunos de memoria si mirase más por su pobrecita alma que estará sabe Dios cómo. Sobre cuyo último asunto no quiero dilatarme por no faltar á la caridad fraterna; pero este escrúpulo no me ha de bajar de un grado el celo para la salvación de las almas de mi prójimo; y así me reservo la facultad de acudir á la piedad y autoridad de sus dos hermanos mayores para que corrijan al menor, y le vuelvan á poner en el camino de la salvación, del cual se ha apartado sobradamente: con cuyos saludables consejos y edificantes ejemplos, ayudados de mis fervorosas oraciones, aún espero verle á Vmd. digno de gozar la vida eterna, *ad quam nos perducat*, etc. *amen*. Se encarga un Padre nuestro y un Ave María, por el peligro en que está el alma del predicador por la vecindad de una mozuela que vive frente por frente y tiene dos ojos como dos tizones sacados del infierno para abrasar al siervo de Dios. *Chanzas* aparte, soy de Vmd. y de sus hermanos muy de *veras*,

CADALSO.

Lo de *chanzas* y *veras*, ¿qué tal? »

## CARTA IV

(Sin fecha ni dirección, escrita en Salamanca á fines de 1773 ó principios de 1774.)

«Rvmo. P. Provincial:

Mi dueño: En vista de la carta de V. P. Rma., llamé á mi celda al hermano Fr. José, y le mandé leer tres hojas del *Flos sanctorum* del P. Rivadeneyra, dos capítulos de los ejercicios de San Ignacio y una hoja de la venerable María Agueda de Jesús; y después de haberle hecho tener media hora de oración mental y recitar los siete salmos penitenciales, le hablé sobre el asunto consabido con todo el fervor que me inspira, 1.º, la obediencia á V. P. R.; 2.º, el deseo de la salvación de su alma, y 3.º, el honor del convento. Tuve el consuelo espiritual de ver con estos mis ojos que un llanto copiosísimo de amargura y arrepentimiento le inundaba las mejillas obesas y coloradas hasta bañarle el vientre inmoderado y protuberante, de tanta magnitud y volumen que parece digno de cualquiera jubilado y no de un lego de la orden. La gracia, no sólo *suficiente*, sino la *eficiente*, le iluminó y en la energía de las voces con que abjuró de la poesía profana, éthnica, ovidiana, virgiliana, horaciana, catuliana, tibuliana, properciana y otras *ejusdem generis*, le conocí digno de participar á las oraciones de V. P. R., á las que le encomiendo.

Me prometió dedicar su poesía en adelante á varios asuntos místicos, eremíticos, ascéticos, claustrales, dogmáticos, evangélicos, monacales, edificantes, apostólicos, *verbi gratia*:

1. A las cinco llagas de San Francisco.—Odas anacreónticas.

2. A San Antonio teniendo el Niño Jesús en cueros sentado en su mano derecha.—Idilio anacreóntico.

3. A San Bernardo echándole leche la Virgen en la boca como se ve en los cuadros.—Sáficos y adónicos.

4. A San Antón criando su puerco.—Canción pindárica.

5. A los dos ángeles que fueron á Sodoma en busca de Loth y escaparon de un fiero chasco.—Seguidillas.

6. A las bodas de San José.—Epitalamio sin aquello de *Ven, Himeneo; ven, Himeneo*.

7. Al juicio final.—Jácara.

8. A la obra del P. Sánchez, *De Matrimonio*.—Madrigal.

9. La vida de San Pablo.—Romance en el mismo metro que los de Francisco Esteban. *Omnia sub correctione S. R. E.*

Pero como de todos los sermones y consejos el ejemplo es el que más fuerza hace, yo mismo hago ánimo de ayudarle en sus obritas ortodoxas; por más que el mal demonio, tan enemigo de nuestras almas como de la buena poesía, me sugiera cada día nuevas especies. Por ejemplo: un lector joven y vivo de nuestra orden (que se llama D. Juan Meléndez, y concurre mucho á mi celda con libertad cristiana y religiosa, mozo algo inclinado á los placeres mundanales, á las hembras, al vino y al campo, y, sobre todo, afecto con demasia á estas cosas modernas, acompañado de muy buena presencia, veinte años no cumplidos (1) y poco respeto á los prelados), entró el otro día al tiempo de estar yo en profunda meditación sobre el infierno de Virgilio con aquello de

*Diis quibus imperium est animarum umbra que silentes  
Et chaos et Phlegethon, etc., etc., etc.;*

entró el susodicho mancebo, y me dijo poco más ó menos:

—Padre maestro: *benedicite*. Me muero cuando leo algo del venerable Anacreonte, ó bien en su hermosísimo original, ó ya en las primeras traducciones é imitaciones del maestro

(1) Melendez nació en 11 de Marzo de 1754.

Villegas. Cierta delicia ocupa mi espíritu y mi cuerpo: tengo envidia del primero y celos del segundo, y así he compuesto las siguientes odas por el estilo de estas dos.

Leyómelas (P. Rvmo.), leyómelas; y cuando creí que el techo caería, que el suelo se abriría, que el diablo se le llevaría, me encantó, entre otras, la siguiente

## ANACREÓNTICA

### SOBRE EL TEMOR DE LA VIDA FUTURA

Si es forzoso, Belisa,  
morir, y nadie puede  
por mucho que la tema  
librarse de la muerte,  
ni conocer tampoco  
lo que después sucede,  
ni dónde nos quedamos  
ni quién allá nos tiene,  
ahora que vivimos,  
gocemos los placeres,  
los gustos y delicias  
que Venus nos ofrece. (1)

Del mismo tenor son las otras que componen un corto cuaderno con título de *Batilo*, nombre escandaloso y *piarum aurium ofensivo*, respecto de que, como V. P. R. sabe, el susodicho Batilo fué un muchacho á quien el viejo malvado Anacreonte quería un poquito más que como á prójimo, al ejemplo de Júpiter para con Ganimedes, Apolo para con Hiacinto, Alejandro para con Ephestión, Sócrates para con Alcibiades, y cétera.

La *Silva amatoria* (2), que V. P. R. se sirve enviarme, se

(1) «De la mano y pluma del autor.» Nota de Cadalso. Parece que consulta á Iriarte sobre el mérito de Meléndez, de cuyo puño es efectivamente la anacreóntica copiada.

(2) Es la *Silva que un amante presenta á su dama antes de partir am-*

leerá en mi celda á los piadosos que acuden á ella, se copiará de muy buena letra y se le devolverá; pero hasta entonces *nondum venit hora tua*.

Al tal lectorcillo, joven y díscolo, he procurado apartar de la errada senda de la poesía, le he dicho muchas veces cuánta lástima me causa su pecaminosa inclinación, y cuán provechoso le sería su talento si lo dedicara á otras cosas más sólidas, como á comentar á Aristóteles, á escribir la vida del gran Simón de Rojas ó á componer algunas novenas devotas á Santa Ursula y sus once mil compañeras de martirio y de virginidad.

Pero le arrastra su innata malvada tendencia al infierno con todas las señales de precito, pues se inclina con predeterminación física al dicho pasatiempo y á estudios serios de peor naturaleza, cuales son *El Espiritu de las leyes*, de Montesquieu, *El Derecho de gentes*, de Vatel, y otros de igual perjuicio espiritual, con conocido detrimento de su alma. Aun le he oído hablar con respeto de Newton y otros matemáticos y físicos buenos.

No obstante, le estimo más que á otro algún joven novicio, corista, letor y aun tengo más concepto de él que de muchos padres graves catedráticos, jubilados, presentados, definidores, y viendo con lástima, no sólo el malogro de sus prendas intelectuales, sino también el positivo riesgo que corre su salvación, he procurado apartarle á lo menos de la poesía, con las siguientes amonestaciones: (Miento: no irán hasta el correo que viene, pues no pueden estar copiadas á tiempo para el de esta noche.)

Encomiéndome muy de veras á las oraciones de los herma-

---

*bos á pasar la primavera en una aldea, todavía inédita, de D. Tomás de Iriarte. Empieza:*

Que nadie está contento con su suerte;  
que feliz no se cree, aunque lo sea,  
y que tampoco lo es aunque lo crea,  
verdades son que la experiencia advierte.

nos en Christo fray Domingo y fray Bernardo, como también á los de V. R., suplicándole me eche su bendición y me tenga muy presente en sus coloquios con Dios.

FR. ROTUNDO DE LA PANZA.

*Nota.*—Sin perjuicio de remitir *ut supra* he prometido las amonestaciones que hice al dicho lectorete en el correo que viene, hay tiempo y lugar oportuno para la siguiente octava, que hice luego que oí sus primeras poesías:

Cuando Laso murió, las nueve hermanas  
lloraron con tristísimo gemido,  
destemplaron sus liras soberanas,  
que sólo daban fúnebre sonido;  
gimieron más las musas castellanas,  
creyéndose entregadas al olvido;  
mas Febo dijo:—¡Aliéntese el Parnaso:  
Meléndez nacerá, si murió Laso (1)!

P. D. Por enviar todo junto no fué esta carta el correo pasado, deteniéndose hasta el de hoy. Devuelvo la *Silva*, después de haberla copiado y reservado la copia entre los papeles de mi mayor aprecio, como todo lo que venga del mismo autor.»

## CARTA V

(Sin fecha ni dirección, escrita en Salamanca en Febrero de 1774.)

«*Ave María*. Mil veces me he puesto á escribir á Vra. Charidad sobre la muerte de los dos famosos *monstruos*, como Vuestra charidad los llama (2) con todo fervor religioso, pero

(1) Figura entre las obras impresas de Cadalso.

(2) Alude á la epístola en verso, casi desconocida, que con fecha 17 de Enero de 1774 le escribió Iriarte dándole cuenta de la muerte del Ele-

el mal enemigo de nuestro bien espiritual; aquel que en alianza con el Mundo y la Carne se opone á que gocemos el reino de los cielos, me distrae de tan santa empresa, poniendo ante mis ojos cierto objeto de concupiscencia, cuya vista atormenta la quietud de mi espíritu y me causa aquellos vivos estímulos de la carne de que se queja tan enérgicamente Pablo, el Apóstol de las gentes y vaso de elección.

No obstante el remedio de ayunos, cilicios, oraciones y los restantes que aconsejan todos los doctores místicos, siento una ley en mi sangre contraria á la divina, y como hombre frágil, hecho del todo y concebido en pecado, he hecho repetidas veces la deplorable experiencia de que pienso más en cierta samaritana que en todos los elefantes del Asia y en todos los carmelitas de Europa. Y para que veáis, hermano, cuán á paso de gigante camina la propagación del daño, llegué pocas noches ha á figurarme que yo no era español, ni christiano, ni vivía en Salamanca, ni en el año que según el almanak del sucesor de D. Diego de Torres es de 6973 (*sic*) de la creación del mundo (antes de cuya época esta tierra que pisamos era sin duda alguna *inanis et vacua et tenebrae erant super faciem abyssi*, según Moisés en el libro del *Génesis hebraice*, .... *sive Beresith*, y según Ovidio:

*rudis indigestaque moles*, etc.

en el primer libro de sus *Transformaciones*. Figuréme, bien al contrario, ser yo un poeta griego que por extravagancia sabía

---

fante, que por aquellos tiempos habia dado que hablar en la corte, y de la de un lego carmelitano llamado Fr. José, como se ve por este fragmento:

Llena está de pesares y de tedio  
esta gran villa, al ver que en un instante  
se han muerto sin consuelo ni remedio  
el hermano José y el Elefante.  
De la naturaleza monstruo el uno,  
el otro de virtud monstruo igualmente,  
fueron pasmo y delicias de esta gente,  
ya por mucho comer, ya por ayuno:  
oye la historia que con hechos ciertos  
te contaré de los ilustres muertos...

español, como algunos españoles saben el griego. Llena la cabeza de dioses, templos, aras, urnas, etc., compuse á Cupido y á su señora Madre los himnos adjuntos en sáphicos y adónicos, que remito á Vra. charidad y á sus hermanos para que se lean en el primer capítulo que celebren (1), con protesta de que comprendo muy bien que en ninguna de las lenguas vivas pueden hacerse tales versos, porque nuestras prosodias no señalan la cantidad de todas las sílabas: con que así, lo de sáfico y adónico pretendo se entienda sobre poco más ó menos.

En medio de la aflicción que me causa esta tendencia mía á lo que no es más que un muladar cubierto de nieve (según Fray Luis de Granada) he tenido estos días un consuelo espiritual que ha llenado mi alma de gozo. Desde que tuve uso de razón (digo *rationis rationantis*), me ha llenado de espanto la posesión de las Américas y destrucción de catorce millones de almas hecha por unos cuantos extremeños, que fueron allá á predicar á cañonazos la ley del Cordero que los ancianos vieron sobre el libro de los Sellos (*Apocalipsis*, S. Juan, cap. v.) Pero acaban de defenderse en este claustro *pro anniversitate* unas conclusiones tocantes á estos asuntos, y entre otras, una dice así ni más ni menos:

«Theorema Sextum,

»at cum in Scripturis canonicis per D. Paulum testetur. *Quid*  
 »enim mihi de iis qui foris sunt *judicare* disserendum venit an  
 »Ferdinand. V et Elisabeth, ob eximiam religionem Catholicis  
 »cognominatis, S. P. Alexander VI, ann. 1493, jure ac debite  
 »*ex plumbaria bulla* committeret ut hos Indos hispanico sub-  
 »jicerent imperio, et ad Christi fidem reducidos curarent?  
 »Nos vero habito respectu ad dicta, non solum affirmative,  
 »verum et in bello indico, ita processisse contendimus, prout  
 »ad tot Catholicos decebat Dynastas.»

Con esto me he aquietado, hecho cargo de las fuertes razo-

(1) ¿En la fonda de San Sebastián?



nes que aquí se insinúan; siendo mucho mayor mi humildad que la de algunos doctores que arguyendo sobre esto, se dijeron cosas poco conformes con la caridad cristiana y que pasaban de corrección fraterna. Otra *plumbaria bulla*, que para eso la he rayado, sea concedida á vos y otros hermanos para que toméis segura, legítima y quieta posesión del cielo. *Amén.*»

A esta carta acompañan, como queda indicado, los *Himnos á Venus y Cupido*, en versos sáficos y adónicos con motivo de unos nuevos amores, que empiezan; el primero:

Madre divina del alado niño...

el segundo:

Niño temido por los dioses y hombres,

y que figuran en todas las ediciones de Cadalso.

---

## CARTA VI

(Sin fecha ni dirección: escrita en 1774.)

«Querido amigo: *A la fuente por agua*. Deseo y necesito me diga Vmd. muy despacio ó muy deprisa, según el tiempo que tenga, todo lo que le parezca necesario acerca del estilo propio de las inscripciones sepulcrales paganas y cristianas, así para satisfacer á un erudito, como para confirmarme yo mismo ó corregirme en la idea que he formado de ellas. Esta duda se originó de que, habiendo extractado un montón de nombres de guerreros ilustres antiguos de una historia de España, me puse por diversión á acomodar un epitafio corto á cada uno (no como el *Panteón extremeño* del reverendo Salas, que se publicó dos años ha en Madrid), sino del modo que Vmd.

verá adjunto. De cuya lectura me dirá Vmd. con libertad de amigo y filósofo todo cuanto le parezca, con igual confianza á la que gasto con Vmd., interrumpiéndole sus ocupaciones por el interés de literatura y gusto que me causan sus cartas. Un abrazo á cada hermano y todos manden á

CADALSO.

Talavera la Real 16 de Septiembre. »

La inscripción ó epitafio á que alude es:

*« Post annos XIV in obsessione consumptos,  
tres deBellatos exercitos, totidem victos imperatores (1)  
summique Scipionis,  
frustra contra Numantiam arma gerentis  
fortitudinem, peritiam et fortunam superatas,  
nullam sperantes salutem  
gazas, pueros, matres, senes, deos, et sempetipsos,  
in combustam patriam proiecerunt  
Numantini.*

*In eorum memoriam hoc á posteriori hispani erectum est  
monumentum. »*

## CARTA VII

« Mi querido y muy apreciable amigo: Concluida mi corta licencia, me fué imposible obtener prórroga alguna, con lo cual me vi obligado á reunirme con toda precipitación, por no perder la revista, á este destino, que aseguro á Vmd. ser el

(1) « Es inútil advertir que *Imperatores* significa generales. » (Nota de Cadalso.)

más infeliz que he tenido en toda mi vida, sin que pueda figurarme que le haya peor en todas las pobres provincias de ultra península; mediante lo cual se me hace cada día más odioso este oficio. ¡Dichoso Vmd. que vive quieto, disfrutando el descanso apetecible de la vejez mezclado con los gustos de la juventud, y en la lectura y cultivo de las letras, que debieran ser la única ocupación de los hombres, pues es la única cosa que los puede hacer mejores y más sabios! Añadiría yo de buena gana otras cosas que me representan como muy envidiable la vida de Vmd., pero las callo todas menos la compañía de los dos tan amables hermanos, á quienes dará Vmd. un abrazo muy estrecho de mi parte. Yo nunca tuve hermanos ni amigos sino los comunes. Nunca me ha sido tan sensible la salida de Madrid como ahora, porque había hecho ánimo de entablar mi gran pretensión, que es la de retirarme, y de imprimir una obrilla, la cual, sin mi presencia, nunca podrá salir á mi gusto; siendo lo peor de todo esto que el mismo día que me desahuciaron de quedarme en Madrid, se había presentado en el Consejo, de modo que aquí viene bien lo de: *Le vin es tiré: il faut le boire*. Supongo que ya habrá Vmd. recobrado el manuscrito de sus poesías; aviseme Vmd. para mi quietud sobre este particular, y para en caso de no, escribir que se lo devuelva el sujeto en cuya mano quedó, que es de toda mi confianza. Repito á Vmd. y á los suyos una y mil veces mi inútil pero cordial amistad y las veras con que le soy afectó,

CADALSO.

Por Mérida, Montijo 31 de Octubre 1774.—Sr. D. Thomás de Iriarte. »

## CARTA VIII

(Sin fecha: por su contenido parece escrita poco después de la anterior.)

«En el café más concurrido de una de las principales ciudades del planeta que llamamos Saturno, suelen leerse las *Gacetas* más auténticas; y en el párrafo último de una de ellas se incluyó poco ha la siguiente noticia, que ha sido el motivo de todas las conversaciones entre todos los estados: político, eclesiástico, militar, escolástico y jurídico de aquellos países. Ha venido á mis manos por arte mágico de una bruja que vive la puerta más abajo de mi casa, y dice así:

«En un globulillo compuesto de sólido y líquido que andando vueltas alrededor del grande y único luminar, hay una pequeña parte llamada Europa, habitada de unos bichillos sumamente despreciables que se llaman hombres. Una porción de la tal Europa, casi inculta y despoblada, se llama España. De la tal España una provincia se llama Extremadura, síncope de *Extremamentadura*, nombre que le conviene perfectamente por su suelo, clima y carácter de sus habitantes, famosos por haber aniquilado muchos millones de semejantes suyos en otra parte de tal globulillo llamada América. En dicha Extremadura ó Extremamentadura hay un montón de chozas medio caídas con nombre de Montijo; en el Montijo hay unos animales de dos pies, sin pluma, que llaman hombres, porque en lo exterior se parecen algo á los hombres de otras partes. Entre los tales hombres, ó lo que sean, del montón de casas caídas que llaman Montijo de la provincia Extremamentadura del país inculto y despoblado que llaman Europa, menor parte de las cuatro que componen el globulillo

compuesto de sólido y líquido que anda dando vueltas alrededor del grande y único luminar, vive un ente de tan extraña constitución, que no puede explicarse sino poniendo aquí la distribución de su vida, que es como sigue:

»Muy temprano le despiertan sucesivamente el canto de un gallo, el rebuzno de un burro y el martillo de un herrador. Alguna vez se aumenta esta música con el chillido del niño que llora azotado por su madre, ó el de la mujer apaleada por el marido, ó el de un muchacho descalabrado por una pedrada que otro le tira. A esto se sigue estarse dos horas en cama á ver si puede dormir, y se levanta sin haber dormido.

»A esto se sigue llamar á otro animal semejante al mismo, que le sirve porque le paga y á quien paga porque le sirve. (Aquí ponía el gacetero una corta disertación sobre amos y criados, para explicar á los satúrneos cómo creyéndose todos los hombres de la tierra descendientes de un mismo hombre y por consiguiente hermanos, se sirven los unos á los otros por interés y no por amor. Se omite el traducir la disertación por inútil.)

»A esto se sigue que el tal, á fuerza de quemarse la lengua, gazar y paladar, toma por primer alimento un mejunje negro hirviendo, soplando y sorbiendo con mucho trabajo, compuesto de canela, cacao y azúcar, desleído en un poco de agua.

»A esto se sigue que entra en el cuarto de tal otro tal, y le dice:—Mi capitán: de los treinta caballos de la compañía, tres han estercolado tan blando que nos dan mucho que sentir: los demás no tienen novedad en su importante salud. De los cuarenta soldados, dos han sacado la espada sobre cuál es más alta; si la Giralda de Sevilla ó el Campanario de Santa Cruz: son muchachos; han quedado amigos. Otros dos se han dado de estocadas sobre cuál vale más; si la Virgen de las Angustias de Granada ó la Virgen del Pilar de Zaragoza; son dos carabineros antiguos, hombres de juicio que nunca han dado que decir en la compañía, ambos están heridos en la cabeza,

y con delirio: se curarán si V. quiere sin que se sepa. No hay más novedad.

»A esto se sigue que el tal, dice al otro tal. Está muy bien: taparlo todo menos lo que han estercolado duro los caballos: de eso déle V. parte al sargento mayor: avise V. cuando den la orden para tomar la paga.

»A esto se sigue que el tal bosteza cuatro ó cinco veces solo en su cuarto, y se viste para salir á bostezar otras cuatro ó cinco veces en la plaza con otros tales.

»A esto se sigue que los cinco ó seis, después de haber bostezado juntos, se separan para ir á comer cada uno su puchero en su mesa, al mismo tiempo que cada caballo come su pienso en su pesebre.

»A esto se sigue que se pasean juntos á manera de rebaños sin pastor, y que durante el paseo hablan del buen tiempo, lluvia, cebada, trigo, etc., diciendo todos los días lo mismo, á la misma hora, y con el mismo tono de voz.»

El fragmento de la *Gaceta* no decía más, y los sabios sátirneos es natural que hayan especulado sobre la naturaleza de los vivientes en el Montijo, proponiendo premios á los que traten mejor y hagan más juiciosas conjeturas sobre este que será para ellos fenómeno.

Si Vmd. tiene algún amigo colocado en estado parecido á éste, téngale Vmd. tanta lástima cuánto cariño tiene á Vmd. y á sus hermanos,

CADALSO.»

## CARTA IX

(Sin fecha ni dirección; escrita en Montijo, probablemente en 1774.)

«Querido amigo: De Salamanca me avisa un amigo haber entrado en ejercicios espirituales para ponerse en estado de hacerme una completa confesión general; y añade que, habiéndole entregado su director la *Biblia* para sacar de ella los puntos de oración mental, tropezó con el de Job y se le quedó tan impreso su estudio, que de resultas, ha compuesto el adjunto soneto (falta). Un abrazo á los dos hermanos y todos tres manden á

CADALSO.»

## CARTA X.

(Sin fecha; escrita en 1776 ó á fines del anterior.)

«Estimado amigo: Su hermano D. Domingo, que es más hombre de bien que Vmd. (aunque no es grande la ponderación), me dijo tenía Vmd. unos cuatro millones de versos que remitirme; y Vmd., que es más pícaro que su hermano Dominguito (y esta sí que es exageración), no me ha enviado uno siquiera. ¿Por qué? Si es olvido lo siento mucho. Si es pereza, le alabo á Vmd. el genio; y esto más tiene de simpatía con el mío. ¿A dónde hay cosa como no hacer cosa alguna? Una de las cosas que, como buen cristiano, alabo en la divina é ine-

fable providencia, es haber creado el mundo de una vez y dejar luego que los astros den su giro, las estaciones se sucedan, el mar fluya y refluya, los animales se perpetúen, y no tener que renovar cada instante, día y semana, mes, año ó siglo, cada una de las cosas que vemos y de las que no vemos sino á fuerza de microscopios y telescopios, amén de aquellos á que no alcanza toda la telescopería y microscopería de Londres. ¿Creerá Vmd. que me enfada mi reloj cuando con harto dolor de mi corazón, me pongo á considerar que es preciso darle cuerda cada veinticuatro horas? Si por algo deseo mi retiro es por tener un reloj de sol fijo en mi huerto, jardín ó corral. Vestirse, desnudarse, comer, descomer, beber, desbeber... ¿puede haber mayores trabajos? Es tanto mi odio al movimiento y amor á la quietud, que queriendo ponderar mis méritos á una moza y desear mi premio, según aquello de que *dignus est mercenarius mercede sua*, le dije muy despacio y tomando aliento diez ó doce veces (lo cual daría buena idea de mi fervor amoroso:)—Niña... ya he... venido... tres... ó cuatro... veces... á lo... mismo... y... nada...! ¡Cruel!...; y me volví al propio paso á mi casa; me tumbé en la cama y dormí seis horas de siesta para descansar. Cuando leo que ha habido hombre que ha dormido uno, dos, tres, ó más días seguidos, me muero de envidia. De todos los ocho tomos del *Parnaso español* nada leo con gusto sino la canción del sevillano Herrera *al Sueño*. La sé casi de memoria, y la recito todas las noches al tiempo de meterme en la cama. Léala Vmd., y dígame si no tengo razón. Si sueño, no se me aparece otro objeto que el de la pereza, cual la pinta Boileau; más quisiera haber compuesto aquella pintura que la *Iliada*, *Odisea*, *Eneida*, *Paraíso perdido*, *Jerusalén rescatada*, *Araucana*, *Henriada*, etc.; aquello de

*Soupire; étend les bras; ferme l'œil, et s'endort,*

no tiene precio y vale por veinte parnasos griegos, romanos, etc.



Si Vmd. es del mismo humor, no dudo que me quedaré sin los tales versos prometidos, por más deseos que tenga de leerlos. Pero haga Vmd. un esfuerzo sin ejemplar y mande que se copie algo y se me envíe.

Esta es la provincia más triste, más calurosa, más enferma, más inhospitable en España; estoy mandando un escuadrón en uno de los pueblos más melancólicos de ella; tengo aquí pocos compañeros, y los tales son poco sociables; he dejado mis libros en Madrid; no hay por acá una persona que me congenie; he tenido mis tercianas, de las cuales nadie se libra en este país, con que estoy sumamente melancólico. Escribame Vmd. y me volverá el alma al cuerpo, pues según me hallo, creo está la casa por alquilar y el dueño se ha ido á picos pardos. Con que así lo dicho dicho; y dando Vmd. un abrazo á cada uno de sus dos hermanos de parte de este tan devoto de esa trinidad, no deseche Vmd. de su memoria á su amigo que lo es con todas veras,

CADALSO.»

(En el sobreescrito:) «Extremadura.—Por Mérida.—Talavera la Real (no la Reina).»

---

## CARTA XI

(Sin fecha: esta carta es contestación á la epistola en verso que en 8 de Febrero de 1776 le envió Iriarte, con algunas poesias suyas.)

«Mi querido y apreciable amigo: Las cartas de Vmd. me sirven como el Maná diz que servía al pueblo circunciso. Si quiero saber noticias de su salud, las hallo en su carta; si se me antoja oír buenos versos, los hallo allí mismo; si quiero lamen-

tar el triste estado de la literatura, á eso me saben sus renglones. Prosiga Vmd. escribiendo siempre que pueda; porque es tal el tedio que inspira este pueblo, que ni aún para escribir tengo gusto, ni aun á los amigos de mi mayor aprecio como Vmd. lo es y será siempre. Esta es una vida indolente, floja, insípida, y como dejé en Madrid mis libros, creyendo que habría mucho que hacer con motivo del nuevo ejercicio, y deseando evitar la nota de estudioso que se me ha echado en cara por los sabios de mi carrera, me hallo más solitario que en la Tebaida. Por lo cual vuelvo y volveré mil veces á repetir á Vmd. el encargo de que me escriba diciéndome cuanto quiera *de re litteraria*.

Si se disipa esta niebla, hago camino de limar una tragedia que iré remitiendo á la censura de Vmd. por actos; pero me temo no estar para ello.

Mil abrazos á cada uno de los dos hermanos, y toda la trinidad mande á quien es muy devoto de ella, á saber,

CADALSO.»

(Sobrescrito.) «A D. Thomás Iriarte, en casa del Excmo. Sr. Marqués de Grimaldi.—Madrid.»

---

## CARTA XII

(Sin fecha ni dirección: es de fines de 1776.)

«Estimado amigo: Sacaré una copia del poema filosófico que Vmd. me remite (1), y le devolveré el original. En mis

(1) Es el fragmento de poema publicado con el título de *El Egoísmo*, que Iriarte no concluyó.

*Cartas marruecas* (obra que compuse para dar al ingrato público de España y que tengo sin imprimir porque la superioridad me ha encargado que sea militar *exclusive*) he tocado el mismo asunto, aunque con menos seriedad. Copiaré de mi borrador la que lo trata, y allá irá. Pero, amigo, no hay patria; todo lo que sea patriotismo es cuando menos inútil, tal vez peligroso. Vmd. crea que desde que los chapuceros á quienes oyó Felipe II, le hicieron creer que para que un pueblo fuese fácil de gobernar era preciso empobrecerlo, desnudarlo, abatirlo y arrastrarlo, no se ha pensado sino en ello. De aquí vino una serie larga y cruel de providencias tomadas para llevar aquella idea á efecto total y cumplido. Se ha logrado tan al pie de la letra, que ningún hombre, no digo patriota, pero sólo racional y humano (*sic*) se desmaya de dolor al ver toda nuestra península, y mucho más si la compara con otros países de Europa, bien inferiores á ella en clima, suelo, etc., etc., y cien mil, etc. De cuando en cuando se ha hecho como que se quería mirar por esta patria, pero á vuelta de una distracción semejante (pues se puede llamar distracción), han retrocedido las gentes al sistema destructor. Siendo esto así, desde *este punto de vista*, que llaman los franceses, veo tres clases de españoles. Los de la primera son los ignorantes, tan lejos de compadecerse de su país natal que no creen haya en el mundo tierra que igualar con él. Los de la segunda, sienten, lloran, gimen, el todo inútilmente; tal vez hablan, y entonces se les hace callar. Los de la tercera ven el mal, no ignoran el remedio, pero conociendo tales y tales obstáculos imposibles de vencer, se meten en un rincón. De aquí el egoísmo más inocente; el otro el egoísmo horroroso, culpable, maquiavelismo inicuo es el que le reduce á fabricar su casa con las ruinas de la nación. ¡Cuán lejos nos llevarían las reflexiones que naturalmente dimanarían de esto! No quiero constriestar su corazón de Vmd. ni el mío, que creo igualmente buenos, y, por consecuencia, igualmente patriotas; y así mudemos, concluyéndolo con remitir á Vmd. una copia del índice de dichas *Cartas ma-*

*rruecas*, por las cuales Vmd. verá cuántas eran las que iban sobre asuntos que tienen conexión con esto.

Al hermano ya ausente (1), mil expresiones; al presente otros tantos abrazos, y á Vmd. otros tantos encargos de que quiera mucho á su apasionado invariable amigo,

CADALSO.»

### CARTA XIII

«Querido amigo: Hágame Vmd. la fineza de decirme si ha encontrado en ese Archivo (2) algún documento por donde conste que sea cosa bien hecha el olvidar á sus amigos. Dígame Vmd. qué ley hecha en Cortes; qué pragmática-sanción con fuerza de tal, qué acuerdo del Consejo ó qué diablo colorado, verde, azul ó pajizo le ha metido en la cabeza el no hacer caso de los que andamos por estos montes de Extremadura comiendo bellota *ut prisca gens mortalium*. Mil años ha (á lo menos así me lo ha parecido), que Vmd. no me escribe largo ni chico; verso ni prosa; serio ni jovial; carta ni esquila. Mire Vmd. que á todos mis trabajos anteriores se me ha añadido el de ser sargento mayor de caballería, oficio en que sin duda alguna, á no dulcificarme Vmd. la vida con sus renglones, se me alargarán las orejas, me crecerá el vello, criaré casco en las manos y pies y se me trocará la voz en rebuzno, como ha sucedido á otros muchos de mis gloriosos antecesores.

(1) D. Domingo de Iriarte, que en el Otoño de 1776 marchó á desempeñar la secretaria de la embajada de Viena.

(2) El del Consejo Supremo de la Guerra, para cuyo cargo habia sido nombrado D. Tomás de Iriarte en Junio de 1776.

¿Qué dirá Vmd., cuando oiga, vea ó lea, ó todo junto una obra militar mía? Se limpiará Vmd. veinte veces los ojos creyéndose engañado cuando vea una leyenda que dice así: *Nuevo sistema de táctica, disciplina y economía para la caballería española, por D. José*, etc. Lo estoy acabando, y, si el verano é invierno que viene son gente de paz, iré á Madrid á imprimirlo. Si hay guerra, adiós la teoría y todas sus bellas especulaciones (1).

Si quiere Vmd. saber el por qué he trabajado este asunto, ha de saber Vmd. que son dos las causas impulsivas. La primera es que me he visto precisado á repetir el dicho de aquel sujeto que dijo en cierta ocasión: *anch'io son pittore*. La segunda nace de aquella copla que oí cantar una vez á una gitana oji-negra, cari-pícara, etc. y era:

Mi abuela parió á mi madre,  
mi madre me parió á mí;  
en mi casa todas paren,  
yo también quiero parir.

Cuidese Vmd. mucho más que al Archivo; olvideme Vmd. mucho menos que hasta ahora y mande Vmd á

CADALSO.

Mil cosas á los hermanos. Montijo, 10 de 1777 (*sic*): ya me canso de hacer sietes.»

---

(1) Quedó inédita esta obra, y es en la actualidad desconocida.

## CARTA XIV

«Estimado amigo: Gracias á Dios que no ha encontrado Vmd. en ese Archivo documento alguno que autorice el olvido de los amigos, antes bien ocasión para escribirme. Acoto la obra prometida, y dé Vmd. en mi nombre la enhorabuena á su hermano el diplomático; en cuya compañía Alá, Hisen, Viztli-putli, Jehovah, Júpiter (1), Dios, y el gran *causa-causarum*, guarde á Vmd. muchos años, como desea,

CADALSO.»

## CARTA XV

«Haga Vmd. cuenta que he entrado en su cuarto, descalzo de pie y pierna, con una soga al cuello, una vela encendida, la melena enmarañada; la barba hasta aquí (señalé á la cintura), los ojos bajos; que hice tres genuflexiones á proporcionada distancia (si su cuarto de Vmd. no es mayor que el mío, volaron, de las tres, dos); que por señas pedí licencia para hablar; que negándomela Vmd. por hallarse de un humor de todos los diablos, me fui á la cocina, y me cubrí el cuerpo de ceniza y volví de rodillas ante su acatamiento, solicitando la

(1) «Se me olvidaba el vizcaino Jaungoicoa, que significa *señor de alto*.  
Nota: En el idioma cántabro no hay voz que signifique directamente Dios.» (Nota de Cadalso.)

misma gracia; que Vmd. me la concedió, porque, ya se ve, sería muchísima de la (*sic*) crueldad, y que respirando dije, ó que dije suspirando, ó que sin suspirar ni respirar, sino á manera de autómató con habla; porque el dolor me habrá stupefacto (no), stupehecho (tampoco), stupehacido (menos). ¿Cómo diremos esto? Que el dolor me habrá automatizado (también suna (*sic*) mal). ¡Cuidado que me he metido en un berenjenal de los buenos! Demos otro tiento para salir. Digo, pues, que el dolor me habrá petrificado (nada, nada; que me llevarán al Gabinete de la Historia Natural;) me habrá dejado sin habla (largo es como un demonio, pero no tiene remedio). ¡Señor: pequé! Desde mi salida de Madrid me ha escrito Vmd., me ha remitido cosa de gusto (1); y yo ni siquiera he respondido: gracias, amigo del alma. Mal hecho: no tiene excusa; ni la hallo, ni la busco: sólo trato de que vuelva Vmd. á escribirme mucho, bueno y frecuente.

He estado en el campo de Gibraltar: he entrado en la plaza, que me ha gustado muy mucho; me he embarcado mandando 170 hombres del Campo de San Roque á bordo de los jabeques del Rey. Salimos dos veces de Algeciras tras los moros, no dimos con ellos; nos desembarcamos; el regimiento cumplió su año y ahora estoy en Utrera, para lo que Vmd. quiera mandar á su amigo

CADALSO.

30 Maio 79.»

En el sobrescrito: «Sr. D. Thomás de Iriarte, junto á San

---

(1) Parece contestación esta carta á la epistola en prosa y verso de 20 de Octubre de 1777, en que Iriarte se quejaba de que Cadalso no hubiese contestado á la en que le enviaba su traducción del *Arte Poética* de Horacio.

Juan, 2, Madrid. » Acompaña á esta carta la *cancion* á Meléndez

Sigue con dulce lira...

impresa en las ediciones de Cadalso.

Además de estas cartas, existen aún otras dirigidas por Cadalso á diferentes personas, unas ya publicadas, aunque hoy son casi desconocidas, como la que se imprimió en el *Correo de Madrid* en 1790, periódico que también dió en sus columnas las *Noches lúgubres*, las *Cartas marruecas* y bastantes versos, y otras que reservan algunos curiosos poseedores de tan estimables documentos. De esta clase son las que pertenecen hoy al erudito hispanófilo M. Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique*, de París, quien, según tenemos entendido, pronto las hará del dominio público.

EMILIO COTARELO.



## DE LOS POEMAS HISTÓRICOS RELATIVOS Á CHILE

---

**L**a raza indígena, que tan escasa ó nula influencia ha ejercido en la literatura hispano-americana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile, una acción indirecta tan poderosa que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que durante dos siglos se compusieron. Aquella estrecha faja de litoral árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia, ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación que todo el resto del continente americano, y aun hubo parte de ella que nunca fué enteramente domada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía, austera y viril, de aquella colonia, á la vez que ofrecía un tema casi inagotable á los primeros ensayos de sus ingenios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco, y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocieron la poesía y la elocuencia en sus formas más rudas y elementales, daban á lo menos continua ocasión con las hazañas de su increíble resistencia á que se multiplicasen

los poemas y las historias de que ellos venían á ser héroes sin saberlo. Así se formó en tiempos plenamente históricos una literatura de temple muy épico que contrasta con el carácter patriarcal, y algo casero, que las letras coloniales ofrecían, por lo general, en los pacíficos imperios de Méjico y Lima, ó en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aun en cierto sentido puede decirse, con D. Andrés Bello, que «Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico». Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo, que tenga tan alto principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con la *Araucana*, obra de ingenio español ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció á un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos los de materia histórica compuestos en América ó sobre América durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe ó no dentro de la antigua categoría épica. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún poema moderno, ni entre los antiguos la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como es la genuina epopeya. Tan imposible es producirla á sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología nueva ó inventar una nueva lengua. La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya ó están latentes hasta que en un medio social adecuado, que el volver de los tiempos puede traer consigo como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo. Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituida por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio ó de Virgilio), los ignorados

cantores del *Rolando*, del *Mío Cid* y de *Los Niebelungos* pudieron ser tan épicos como los rapsódas homéricos, sin conocerlos, ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que Ercilla no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean Camoens, ni el Ariosto, ni el Tasso, ni Milton. La obra de cada cual de ellos constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio é individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que estos poetas quieran remedarla á veces, aunque nunca de un modo tan sistemático como Virgilio lo intentó respecto de Homero. La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son en esta parte visibles é innegables. ¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un poema como el *Orlando Furioso*, que no tiene principio, ni fin, ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y acaba dejando abierta la puerta á todas las continuaciones que puedan discurrirse, y que, con efecto, se discurrieron? Y, sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia y transformada por la invasión del naturalismo pagano, no deja de ser una de las obras más deleitables del ingenio humano, á la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico-irónico en que la imaginación, libre de toda traba, se regocija con lo mismo de que parece burlarse. Por el contrario, el alma grave y melancólica del Tasso escribe el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente corresponde á aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo XVI. Es en Italia el poeta del último y decadente Renacimiento, como Milton en Inglaterra: Tasso, con el espíritu de la reacción católica; Milton, con el espíritu de la reacción puritana. Al querer encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada eflorescencia de la poesía

novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espinas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos que conservaron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo XVI á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase. No con frías composiciones de escuela, como la *Italia Liberata*, del Trissino, sino con obras vivas y llenas del alma de la patria, dieron simultánea expresión Ercilla y Camoens, aunque por caminos diversos y con méritos desiguales, á la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles. Un Nuevo Mundo se abrió para el arte casi un siglo después de haberse abierto para el arrojo y esfuerzo del genio ibérico. Camoens tuvo todas las ventajas del argumento, aparte de su propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo. Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica; capital en la historia de la humanidad; brillante en todos sus accesorios; aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas; no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India. Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto ni la épica ruina de la Ilión de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de «veinte leguas de término, sin pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo», habitadas por bárbaros sin nombre ni historia hasta que él vino á darles la inmortalidad en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camoens y las desventa-

jas de Ercilla. El primero acertó á condensar en un poema, que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia. Ercilla se limitó á convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, tuvieron también carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas por lo demás con su argumento, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana*, que, por otra parte, merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas. Si un espíritu adverso á España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar como pensaban y sentían todos los españoles del siglo XVI, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta.

De esta penuria á que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra. No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una Isla de los Amores, que vengan á recrear la fantasía con más apacibles paisajes ó más dulces afectos. Allí rueda sólo el carro de Marte con el mismo son duro y estridente durante treinta y siete larguísimos cantos. Las sombras de Tegalda, de Glaura, de Frésia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la sangre. La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloe. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos al decir de los historiado-

res y geógrafos chilenos, pero no son gráficas, ni representan nada á la imaginación.

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua y aun trivial á veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega á los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realzarle con artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia histórica, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusíadas*, que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, ó más bien una galería de cuadros históricos que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio? La lectura del poema de Camoens es tan fácil y amena como dura y penosa la de *La Araucana*; pero la impresión poética que ésta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión. No hay poema moderno que contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana*; y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente á alguien, es al Ariosto ó á Virgilio; sino por un especial privilegio, debido, en parte, á la índole candorosa y sincera del poeta, que era él propio un personaje épico sin darse cuenta de ello y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte, á la novedad de las costumbres bárbaras que describía y que no podían menos de tener intrínseco parentesco con las de las edades heroicas. No sabemos á punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco, pero toda la parte del canto segundo en que ésta se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere á los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó seguramente, con dotes y sentimientos morales, impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, é inventó de cierto, si no los

nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad ó con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero, á tal punto que *La Araucana* ha estado pasando por una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos, con ayuda de otros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico, aun dudándose de aquellas circunstancias que sólo por Ercilla constan.

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede á ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de sus indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra); las descripciones de batallas y encuentros personales en que probablemente no ha tenido rival después de Homero, que se admiran una tras otra y no son idénticas nunca á pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan variadas y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre naturaleza. Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que en general me gustan menos. Si la desesperada fiereza de Galvarino, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Caupolicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocolo, tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Araucana*) me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararle con los discursos del viejo Néstor. Pero mejores ó peores, no ha de tenerse por im-

propiedad en Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados á la oratoria, y la cultivaban á su manera, y la daban grande importancia en sus deliberaciones, «usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias é interrogaciones retóricas». Ercilla, pues, aun en esto fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta á las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes. Guacolda, amada de Lautaro, habla como Dido en el libro IV de *La Eneida*. Tegualda, buscando en el campo de batalla el cadáver de su esposo, trae en seguida á la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en la *Cyropedia* de Xenofonte.

Creemos superfluo insistir en la crítica formal de *La Araucana*, que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y D. Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Araucana* á un grado de perfección á que llegan muy pocos libros ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, en que apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos haya envejecido. Y todos se lamentan á una de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en Ercilla es rastrera cuando no es perfecta, y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas á que le arrastran su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debe por otra parte bellezas de un orden muy nuevo. Tal como es, si no lleva la palma á todos nuestros poemas del siglo XVI, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos sin duda le



aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y es también la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada á la dignidad de la epopeya (1).

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes no llegaron á imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarinos, más notable, en verdad, por la abundancia que por el valor de sus frutos. Sin contar imitaciones menos directas, como *El Peregrino indiano*, *La Mejicana*, *Las Armas antárticas* y *La Argentina*, tenemos, respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de grande extensión: la *Cuarta y quinta parte de La Araucana* de D. Diego Santisteban Osorio, el *Arauco Domado* de Pedro

---

(1) Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana*, trabajo realizado ya con esmero por D. J. Toribio Medina en su *Bibliotheca Americana*. Las tres partes de que el poema consta fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosin y de Pedro Madrigal, años 1569, 1578 y 1589. De este mismo año es la primera edición en que las tres partes aparecieron juntas. Entre las posteriores merecen especial atención la de Madrid, 1597, *en casa del licenciado Castro*, con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo; la de 1733, única que contiene la continuación de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828 (por D. Miguel de Burgos), que en corrección tipográfica la vence; la de la Academia Española, con prólogo de Ferrer del Rio, 1867, que aventajaría á todas si no tuviese el defecto de haber suprimido los preliminares de las antiguas; y finalmente, la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham König, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere á la guerra de Arauco.

Los juicios de *La Araucana*, desde el que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique* que acompaña á su *Henriada*, son innumerables, pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa en su *Apéndice sobre la Poesía Epica Española* (tomo II de sus *Obras*, 1827), el de Quintana en el magnífico *Discurso preliminar* de su *Musa épica* (1833), el de Bello en sus *Opúsculos literarios y críticos* (tomo I) y el de Alejandro Nicolás *L'Araucane*.

de Oña, las *Guerras de Chile* de D. Juan de Mendoza, el *Purén Indómito* de Hernando Alvarez de Toledo, y el *Compendio historial* de Melchor Xufre del Aguila. Algunas de estas obras se limitan á poner en narración versificada esta ó aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas ellas, cuyo deliberado propósito es volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar á D. García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía á su condición de caudillo de aquella guerra y á los méritos indudables de su gobernación. Ercilla había castigado, no con la injusticia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que por el lance de la Imperial había querido llevarle al patíbulo juntamente con su contrario D. Juan de Pineda. Pero no habían de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. El mismo tampoco se descuidaba de buscar y alentar á los ingenios que en tal faena quisiesen emplearse, temeroso, y con razón, de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase con alguna mengua de su crédito de gobernador á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que los poetas poseen de decretar la inmortalidad ó el desdoro á los personajes que suenan en su canto. Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*. Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria á la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente, el *Arauco Domado* de Lope de Vega, la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza*, *El Gobernador prudente* de Gaspar de Avila, *Los Españoles en Chile* de Francisco González de Bustos, sin contar con *La Beligera española* de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de

doña Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

Pero la obra capital, el ensayo épico que los familiares y aduladores de D. García quisieron oponer á *La Araucana*, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña *Arauco Domado*, que si no correspondió plenamente á las esperanzas que en él habían fundado, no deja de ser muy digno de consideración, así por las bellezas que contiene, como por ser el más antiguo monumento poético de autor de aquella región y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Nació este patriarca de la literatura chilena, en la llamada ciudad de los Infantes de Engol, que apenas pasaba de ser un puesto avanzado sobre la línea araucana, con pocos soldados de guarnición, uno de ellos el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos, padre de nuestro poeta (1). Huérfano éste en edad muy temprana, á consecuencia de haber sucumbido el capitán Oña *hecho piezas* en uno de los lances de aquella continua y ferocísima guerra de frontera, pasó en época ignorada á Lima, donde en 1590 le hallamos de colegial de San Felipe y San Marcos. Al publicar el *Arauco Domado* en 1596 se titulaba licenciado. Las pocas noticias que tenemos de él durante aquellos años nos le presentan muy activamente mezclado al movimiento literario de la metrópoli del Perú. Sostuvo en varios sonetos una controversia literaria más desvergonzada que chistosa con un poetastro llamado Sampayo (2), sobre si podía

(1) No ha de confundirse al autor del *Arauco Domado*, como alguna vez se ha hecho, con otros escritores de su mismo nombre y apellido coetáneos suyos, tales como el filósofo aristotélico y elocuente orador sagrado Fr. Pedro de Oña, autor, entre otros muchos libros, del que se titula *Primera Parte de las Postrimerías del Hombre*.

(2) Estos sonetos de Pedro de Oña, que son cinco, con otras tantas respuestas de Sampayo, fueron comunicados por D. José Sancho Rayón á D. Diego Barros Arana, y pueden verse en el tomo III (páginas 26-30) de la *Historia colonial de la literatura de Chile*, de D. José T. Medina (Santiago de Chile, 1878), obra de grande erudición, que nos ha sido muy útil en nuestro trabajo. Sabemos que su autor piensa adicionarla con nue-

ó no podía beber del agua del Parnaso. En el libro de las *Constituciones y Ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos* (1602) hizo estampar un soneto en loor de dicha *florentísima* Universidad, «dedicado al evangelista San Marcos». A nombre de la *Antártica Academia* de la ciudad de Lima, que, á mi entender, no era una academia poética propiamente dicha, sino la Universidad misma, ensalzó en 1609 con otro soneto, la *Primera Parte del Parnaso Antártico de Obras Amatorias* del sevillano Diego Mexía (1). Otros libros peruanos de

---

vos y peregrinos datos. Así en esta obra como en el *Bosquejo histórico de la poesía chilena* de D. Adolfo Valderrama, se hallan sobre los poetas de la época colonial extensas noticias, que no pueden tener cabida en un trabajo rápido como el nuestro.

(1) De Diego Mexía traté en el capítulo concerniente al Perú, de mi *Antología de poetas hispano-americanos*; pero quiero subsanar aquí la omisión de la segunda parte inédita de su *Parnaso Antártico*; que se conserva en la Biblioteca Nacional de París (número 599 del catálogo de Morel-Fatio). El manuscrito perteneció al virrey príncipe de Esquilache, cuyas armas lleva, y á quien fué dedicado por el propio *Diego Mexía de Fernangil, ministro del Santo Oficio de la Inquisición en la visita y corrección de los libros, y natural de la ciudad de Sevilla*. El autor residía entonces en la villa de Potosí, después de haber perdido la mayor parte de su fortuna en la «deshecha tormenta que corrió por sus negocios». De todo ello se consolaba con el cultivo de las letras, «desenvolviendo muchos autores latinos y frecuentando los umbrales del sagrado templo de las Musas». «Conozco (añade) que en treinta y tres años que ha salí de España, es ya otro el lenguaje y otra la perfección y alteza de la poesía, pero con ésta que entonces traje y acá se ha disminuido, quise hacer este servicio á aquel Señor que estimó en más el cornadillo de la pobrecita que las magníficas ofrendas de los ricos y poderosos... Es ésta mi poesía como los ídolos que Alcibiades consagraba al dios Sileno, que en lo exterior eran feos y mal compuestos, y dentro de sí encerraban joyas y piedras preciosas, y ningunas de más valor ni estima que las obras de Cristo Nuestro Señor.»

Esta segunda parte, en efecto, es de carácter enteramente distinto de la primera, pues sólo contiene versos religiosos. Ocupan la mayor parte del tomo doscientos sonetos sobre la vida de Cristo, escritos con idea de que acompañasen á unas estampas del P. Jerónimo Natal, de la Compañía de Jesús. Después se encuentran una *Epístola á la Serenísima Reyna de los Angeles, Santa María Virgen*; *La Perla de la vida de Santa Margarita, Virgen y Martir*; dirigida al licenciado Alonso Maldonado de

aquel tiempo, entre ellos la *Miscelánea Austral* y la *Defensa de Damas* de D. Diego de Avalos y Figueroa, se autorizan con versos suyos. Y él á su vez obtiene cumplido elogio en los tercetos de la poetisa anónima, discípula de Diego Mexía:

Con reverencia nombra mi discante  
Al licenciado Pedro d'Oña: España,  
Pues lo conoce, templos le levante.  
Espíritu gentil, doma la saña  
D'Arauco (pues con hierro no es posible)  
Con la dulzura de su verso extraña.

No habiendo llegado á nuestras manos *El Temblor de Lima*, rarísimo canto épico que, según autoridad de doctos bibliógrafos, publicó Pedro de Oña en 1609, sólo podemos juzgarle hoy por dos poemas de muy distinto carácter y materia, y también de muy desigual mérito, el *Arauco Domado* y *El Ignacio de Cantabria*.

Salió el *Arauco Domado* de las prensas de Lima en 1596, con título de *Primera Parte*, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habían de ser los *venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte.

El *Arauco Domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema, hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, *porque el publicar sus hechos en provincia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha*. Fué sin duda trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, *con apremio y tarea de veinte octavas al día* (1), se-

---

Torres, presidente en la Real Audiencia de las Charcas, y luego oidor en el Consejo de Indias; una *Oración en alabanza de la Señora Santa Ana*; *Las Novísimas*, una *Égloga del Buen Pastor*, y otra *del Dios Pan* al Santísimo Sacramento.

(1) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *guerras de Chile* del Maestre de Campo Santiago de Tesillo

gún afirma un contemporáneo, é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

Es el discurso largo, el tiempo breve,  
Cortísimo el caudal de parte mía,  
Y *dánme tanta priesa* cada día  
Que no me dejan ir como se debe.

La *priesa* que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había acabado ocho cantos de los diez y nueve que comprende la obra total, cuya extensión pasa de diez y seis mil versos.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla: al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

¿Quién á cantar de Arauco se atreviera  
Después de la riquísima Araucana?  
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,  
Por mucho que de música supiera?

Sólo le dolía que en cánticos tan varios faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que él, *preciándose mucho de ir al olor de su rastro*.

Con efecto, el *Arauco Domado* no es una continuación sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el marqués de Cañete nombra á su hijo gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa con que se justificaría el título de *domado*), sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobío. Todo lo demás, ó son puras ficciones poéticas como los amores de Caupolicán y Frésia, de Tucapel y Gualeva, ó hechos del virreinato de don

García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así, los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés sir Richart Hawkins (Aquines) en el Mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos dos larguísimos episodios (de los cuales el primero es sobre toda ponderación prosaico é intolerable), recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea, por eso, que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden. Al contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease más su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco Domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, una facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años de su autor, una lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. A ratos parece que el autor no toma su asunto en serio; siembra la narración de rasgos realistas, y aun cómicos; usa por lo común un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos en su poema la muelle y enervadora influencia del clima limeño bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios, que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles y

aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvarino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza: mucha viveza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léase, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tucapel), y mucho brío de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras, de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito además por un autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados á tijera; por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina, y de las orillas del Tajo descritas por Garcilasso; por una vejetación absurda y convencional, propia á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído, pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza. Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se precia de haber vivido entre los araucanos, y conocer su *frasis, lingua y modo*. El idilio de Caupolicán y Fresia, en el canto v, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico, pero ¿quién, si se detiene un poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses, cubierto de jazmines,



azucenas, lirios y claveles, engalanado por vides trepadoras, poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera, y suena el zumbido de las abejas; siendo como es notorio que ninguno de estos árboles, flores y animales existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y en cambio el rey de aquellas selvas, la *Araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido á su sombra, y ni siquiera tiene ojos para verla. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía, que los libros suelen ejercer en la educación artística, y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen proceden, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadriadas, con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos, y, finalmente, el empleo de una máquina absurda, que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo por fin Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán, cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero indígena llamado Pillalonco, habla del humoso *Flegeton* y del *Estigio lago*, é invoca á Hécate, y á Ixión, y á Tántalo, y á Ticio, y á Demogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar tan malamente aplicada, se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que unas veces derrama el color como á tientas y otras se eterniza en accesorios infecundos sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco Domado*, que, además, bajo el aspecto histórico vale poco, y nada de sustancia añade á lo que consta

por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al Licenciado Pedro de Oña como digno rival de don Alonso de Ercilla, y encontremos excesivos los elogios que Gutiérrez, Rossell y Valderrama han tributado á este primogénito de la musa chilena, todavía andamos más lejos de asentir á la opinión de Ferrer del Río que en sus ilustraciones á la edición académica de la *Araucana* llega á decir que «ni por casualidad brota un destello de poesía de la vulgar pluma de Pedro de Oña». Pedro de Oña tendría todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo, pero lo que sobra en él son destellos de talento poético. Del episodio erótico de Caupolicán y Fresia ya se ha hablado. La enumeración de los capitanes en el canto IX parece haber servido de modelo á la que hay en *Las Naves de Cortés* de Moratín el padre, y la recuerda sin gran desventaja. Son muy dulces y tiernas las quejas de Gualeva,

Haciendo que despierte á su gemido  
La ya dormida tórtola en el nido.

En las comparaciones tiene á veces novedad é instinto gráfico, y suele tomarlas de objetos no comunes, v. gr.:

Cual águila caudal que desde el cielo  
En viendo al ballenato dar en tierra,  
Prestísima con él en punta cierra,  
Dejando roto el aire con su vuelo,  
Y dando con las alas por el suelo  
Encima dél se arroja y dél se afierra,  
Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja  
La bárbara frenética se arroja.

ó cuando dice de D. García, impaciente antes de su primera batalla:

Está como el azor empihuelado  
Antes de haberle puesto el capirote,  
Que si pasar un ave se le antoja,  
Mil veces de la alcándara se arroja.

Y aun en los lugares comunes y más trillados del género procede con cierta franqueza de estilo propio:

Cual suele andar la vaca si ha perdido  
El tierno becerrillo, prenda cara,  
Que ya sin orden corre, ya se para,  
Llamándole con hórrido bramido;  
Ya sobre alguna loma del ejido,  
Si alguna cosa ve, con ella encara,  
Alzando la cerviz y armada frente  
Con un feroz denuedo y continente...

Tuvo, pues, razón uno de los aprobantes del libro en decir que su autor muestra «una natural facilidad, un caudal propio y un no imitado artificio, con que descubre muchas lumbreras de natural poesía». Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil, pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto que llegó á inventar *una nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava, menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto, combinación simétrica y agradable que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos llamada en América *bermudina*, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva, pudiendo sustituir con ventaja á la sexta rima italiana. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

---

(1) *Primera parte de Arauco Domado, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol en Chile, Collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos, fundado en la Ciudad de Lima. Dirigido á D. Hurtado de Mendoza, Primogénito de D. Garcia Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argete y su Partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile... Hijo, Nieto y Viznieto de Virreyes. Con Privilegio, Impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo de Turín, Primero Im-*

No correspondieron las restantes obras del primer poeta chileno á las esperanzas que había hecho concebir este juvenil ensayo suyo. O porque su ingenio, como el de otros criollos, se agotase antes de la madurez como en compensación de su precocidad, ó más bien, según yo creo, porque el contagio del mal gusto heló las flores de su fantasía, es lo cierto que *El Ignacio de Cantabria*, poema publicado en Sevilla, en 1636, ni parece hermano del primero, ni apenas puede leerse sin un soberano esfuerzo de paciencia. Los traductores de Ticknor le reconocen el mérito de algunas octavas fáciles: yo ni aun esto encuentro, sino por rara excepción, en aquellas páginas que parece que destilan jugo de adormideras. Y sin embargo, este esfuerzo infeliz, más de su devoción que de su talento, había costado al autor quince años de trabajo, que no pudieron ser más santa pero menos literariamente ocupados. El libro, no

*pressor en estos Reynos. Año de 1596. 4.º, 352 hs. con el retrato del autor grabado en madera.*

Aprobaciones del P. M. Esteban de Avila y del Licenciado D. Juan de Villela. Versos laudatorios del Licenciado Gaspar de Villarroel y Coruña, del P. M. Esteban de Avila, del Dr. Francisco de Figueroa, de Fr. Diego de Ojeda, del Dr. Suigo de Hormero, de D. Pedro de Córdoba Guzmán, Dr. Jerónimo López Guarnido, D. Pedro Luis de Cabrera y Cristóbal de Arriaga Alarcón. La canción del Dr. Francisco de Figueroa está escrita con entonación muy valiente y robusta.

Esta primera edición es de estupenda rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

—*Arauco Domado, compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol en Chile. En Madrid, por Juan de la Cuesta, 1605, 8.º* No es vulgar esta edición, aunque mucho menos rara que la primera.

Hay dos reimpressiones modernas del poema de Pedro de Oña; la una de Valparaíso, 1849, en 16.º, por D. Juan María Gutiérrez y otra de Madrid, 1854, en el tomo II de *Poemas Epicos* de la Biblioteca de Rivadeya, coleccionado por D. Cayetano Rosell.

El trabajo más importante sobre este poeta chileno es el que incluyó D. Juan María Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX* (Buenos Aires, 1868). Otro estudio más breve que acompaña á su reimpression del poema fué objeto de un plagio vergonzoso en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851.

obstante, debió de tener aceptación entre las gentes piadosas: la Compañía de Jesús le tomó bajo su protección, haciendo de él una edición elegante para aquel tiempo, con viñetas grabadas en cobre; Lope de Vega le llamó *poema heroico, armónico y suave*, y el aprobante del libro fué no menos que D. Pedro Calderón de la Barca. El poema es medio historial, medio alegórico, interviniendo en la acción personajes tan extraños como *El Tedio* y *El Qué dirán*. Tiene doce cantos, y acaba prometiendo una segunda parte, que por fortuna no vino á acrecentar la indigesta mole de poemas devotos, tan inútiles para la devoción como para la literatura (1).

El mérito relativo del *Arauco Domado* parece mayor cuando se le coteja con los demás versos de Pedro de Oña, y todavía más con los de otros poetas que intentaron reanudar el hilo de la narración de Ercilla. Fué de los primeros, y sin duda de los más infelices, D. Diego de Santistéban y Osorio, ingenio leonés, que al año siguiente de la impresión del *Arauco* en Lima, y por supuesto sin tener noticia de él, publicó una *Cuarta y Quinta Parte de la Araucana en que se prosigue y acaba la historia de D. Alonso de Ercilla, hasta la reducción del valle* (2).

(1) *El Ignacio de Cantabria. Primera Parte. Por el Licenciado Pedro de Oña. En Sevilla, por Francisco de Lyra. Año de 1639, 4.º*

Del mismo estilo que este poema, pero algo menos mala, es la más extensa composición lírica que conocemos de Pedro de Oña, es á saber: *La Canción real en que se recogen las excelencias de San Francisco Solano, introduciendo al río Lima que habla con el Tibre de Roma*. Está en la segunda edición de *la vida, virtudes y milagros del santo padre Fr. Francisco Solano*, por Fr. Alonso de Mendieta (1646). En medio de las lobregueces del culteranismo, todavía centellea de vez en cuando el vivo ingenio del autor del *Arauco Domado*, en este que podemos llamar su canto de cisne, puesto que por entonces debía de ser muy anciano, y no volvemos á encontrar noticia de su persona.

(2) La primera edición de estas dos partes, *dirigida á D. Fernando Ruíz de Castro y Andrade, conde de Lemos y de Villalba*, es de Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, 1597, 12.º Fueron reimpresas en Barcelona, por Joan Amello, 1598, y figuran unidas á las tres de Ercilla en una sola edición de *La Araucana*, la de Madrid, 1735, por Francisco Mar-

La cuarta parte tiene trece cantos y la segunda veinte. El poeta nos informa de que tenía «pocos años», y confiesa, además, con loable y verídica modestia, que le faltaban *caudal y arte*. Lo más singular del caso es que apenas hay una palabra de verdad histórica en todo lo que relata. Ni el autor había estado en América, ni la conocía más que por los libros, ó hablando más propiamente por un solo libro, por *La Araucana*, cuyos episodios va calcando servilmente, inventando, por ejemplo, un Caupolicán II sucesor del Caupolicán I, haciendo á Colocolo pronunciar nuevos discursos, y sustituyendo la homérica prueba del tronco con una especie de elección de cofradía en que los caciques van depositando pacíficamente sus votos en una urna de ébano guarnecida de perlas. Para que nada falte en esta insípida rapsodia, hay conjuros y magia y una descripción del mundo y una historia de la conquista del Perú que ocupa nada menos que cinco cantos, todo con intervención de la diosa Belona y del sabio Zoroastro, que viene de la laguna Estigia á contar la conquista de Orán por el Cardenal Cisneros. Al fin el poeta se cansa de amontonar disparates sin orden ni concierto, y acaba por hacer que se suicide el imaginario Caupolicán II que le había dado pie para tantos desvaríos. Lo pedestre y desmañado del estilo y de la versificación corre parejas con la insensatez del plan. Unicamente ha de notarse que Santisteban no forma en el coro de los poetas áulicos de D. García de Mendoza: al contrario, pone todo su empeño en enaltecer la figura militar de Ercilla, atribuyéndole una porción de aventuras apócrifas, que algunos biógrafos han tomado como moneda corriente.

Mejor nombre que Santisteban Osorio merecen el sargento

---

tinez Abad, en folio, la cual por esta circunstancia es bastante estimada entre los bibliófilos.

Santistéban Osorio es autor de otro voluminoso poema, *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas... Madrid, en la imprenta del Licenciado Varez de Castro, 1598*. La primera parte consta de doce cantos y la segunda de trece.

mayor D. Juan de Mendoza y Monteagudo y el capitán Hernando Alvarez de Toledo. Siquiera sus extensos poemas, no son meras composiciones retóricas, sino memorias personales, aunque prosaicas y desabridas, de los sucesos en que sus autores intervinieron. Pero á decir verdad, tales documentos, inestimables para el historiador, no importan para la crítica literaria, y no se les hace grave ofensa en pasar rápidamente por ellos. El sargento mayor Mendoza era un aventurero que desde la edad de quince años en que pasó al Nuevo Mundo había tomado parte en las más románticas y temerarias empresas por las regiones tropicales, ora buscando los soñados palacios del Dabaybe, donde debía de haber un ídolo del sol, todo de oro fino; ora arrojándose en un frágil madero al peligroso paso de Ancerma; ora remontándose en demanda de las fuentes del río de San Jorge; viaje que describe en estas octavas, las cuales pueden dar alguna idea de su estilo, en los trozos en que es mejor:

«Entre un muelle de peñas temerario,  
Donde de nácar tiene la urna viva,  
Sale el sagrado viejo solitario  
Y setecientas leguas se deriva:  
Cruza sobre su frente de ordinario  
La grande cordillera fugitiva,  
Que tiene, según fama, las espaldas  
Lastradas de oro fino y esmeraldas.

En el discurso desto ¡qué de cosas  
Dificiles pasé, cuántas montañas  
De arcabucos rompi maravillosas:  
Pues ¡qué yermos pasé, pues qué campañas!  
¡Qué empresas no emprendi dificultosas!  
¡Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,  
Que al fin se quedó atrás el pensamiento,  
Que lo excedió el humano atrevimiento!

Las venas vi y profundos tragaderos  
Del cuerpo de que todos somos hijos,  
Los secretos del mar respiraderos  
Que salen por conductos y escondrijos;  
Los negros, infernales sumideros  
Que el azufrado fuego brotan fijos,

Y otras mil extrañezas que en si encierra  
Aquesta casa grande de la tierra.

Viboras de corales vi funestas,  
Sierpes de cascabeles sonadoras,  
La *ícotea* que la casa lleva á cuestas,  
Los nietos de Saturno burladores,  
Los grasos semibueyes nadadores,  
El *perico* enemigo de las cuestas,  
Los micos que al pasarlas hacen sogas,  
Y el lagarto que el agua nunca ahoga.

Sin estas animalias, vi infinitas,  
De tales calidades y figura,  
Que no pudo dejallas Plinio escritas  
Porque ignoró su forma y su hechura;  
Las siete maravillas exquisitas,  
De quien la fama antigua tanto cura,  
Ya es vano exagerallas ni escribillas  
Teniendo el mundo tantas maravillas.

Cansado de los rigores de tan insalubres climas, pasó al Perú, y de allí á Chile, alistado bajo las banderas de D. Francisco de Quiñones al finalizar el año 1599. Allí sirvió honrosamente en la milicia y en la toga, durante una vida muy larga, puesto que en 1666 otorgaba poder para testar.

El poema de D. Juan de Mendoza se cita generalmente con el título de *Guerras de Chile*, por más que ni este título ni otro alguno, ni el nombre de su autor constan en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que nos le ha conservado (1).

(1) Tienen las tapas las armas de la reina doña Mariana de Austria, y, por consiguiente, es muy verosímil que este manuscrito pertenezca al fondo primitivo procedente de Palacio, y sea distinto del que Bárcia tuvo en su biblioteca, y cita como de autor anónimo en las adiciones á Pinelo. La copia por donde se ha impreso fué llevada á Chile por D. Diego Barros Arana.

Algunos han atribuido este poema al doctor Luis Merlo de la Fuente, gobernador ó presidente interino que fué en Chile, pero el Sr. Medina, á nuestro parecer con buenos argumentos, recaba la paternidad del libro para D. Juan de Mendoza. Véanse *Las Guerras de Chile, poema histórico por el sargento mayor D. Juan de Mendoza Monteagudo, publicado con introducción, notas é ilustraciones por J. T. Medina* (Santiago de Chile, 1888). Primer tomo de una «*Colección de Poemas épicos relativos á Chile ó escritos por chilenos, durante el período Colonial*», que por las vicisitudes políticas de aquel país ha quedado interrumpida.



En once cantos que comprenden cerca de ocho mil versos, narra los acontecimientos en gran parte desastrosos de la gobernación de Martín García de Loyola y de D. Francisco de Quiñones, y las matanzas y rebatos hechos por los araucanos en las poblaciones españolas al finalizar aquella centuria. El primer canto puede considerarse como una introducción, y en él, según se expresa el autor, «describense las provincias que el reino de Chile en sí contiene; las que por más belicosas han sustentado las guerras, los modos que en gobernarse tienen y algunas cosas no escritas hasta aquí de sus costumbres, y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola, que viajando de la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Coralaba». En el canto segundo, prosíguese con la muerte del gobernador y la retirada de los suyos. La narración es fácil, y, por lo general, noble y decorosa; el autor remeda bastante bien el tono de Ercilla, y como soldado de profesión, da á la pintura de las batallas una animación y un fuego que no tienen en la retórica pluma de Pedro de Oña. El episodio de la India Guaiquimilla, es tierno y agradable, y muy original el cuadro de una sequía en Chile.

En la dicción se advierten pocos resabios del mal gusto del siglo XVII, y aunque la versificación no corre siempre sin tropiezo, ha de tenerse en cuenta que el autor no limó su obra ni la destinaba acaso á la publicidad, y que además la copia que tenemos es imperfecta y aun incompleta en alguna partes.

Pero tal como está, el poema atribuido á D. Juan de Mendoza me parece el tercero en mérito poético entre los compuestos sobre Chile, y muy preferible en tal respecto al *Purén Indómito*, enorme crónica rimada de Hernando Alvarez de Toledo, caballero andaluz y soldado veterano de Flandes, que pasó á Chile en 1581, curtido ya por los azares de la vida y de la guerra, como lo declaran estos versos suyos:

Tuve, tengo y tendré constante pecho:  
Infortunios he visto y tempestades

En el mar de Noruega y paso estrecho;  
 Muertes, naufragios, espantables guerras  
 En partes varias y en remotas tierras.

(Canto XVI.)

En Chile, manejando alternativamente la espada y el arado, fué á un tiempo capitán y ganadero, alcalde de Chillán, donde vió saqueadas sus haciendas por los araucanos, de quienes tomó luego ámplio desquite; y bravo combatiente contra el corsario inglés Tomás Cavendish en 1587. Las noticias de su vida, aunque pocas y dispersas, alcanzan hasta 1631, en que aparece otorgado su codicilo testamentario.

Parece probado que Alvarez de Toledo escribió no uno, sino dos poemas: *La Araucana* y el *Purén Indómito*. Del *Purén* mismo prometió una segunda parte, que acaso no pasara de proyecto. Pero que *La Araucana* existió y era obra distinta del *Purén* nos lo persuade el no encontrarse en éste ninguna de las octavas que el P. Ovalle cita como pertenecientes á aquel poema, y que además tratan todas de sucesos anteriores á la muerte del gobernador Loyola, en que comienza el *Purén Indómito*. Al parecer, todo el libro sexto de la *Histórica Relación* de Ovalle, que tiene por asunto el gobierno de D. Alonso de Sotomayor, está tomado en sustancia de *La Araucana* de Alvarez de Toledo, con lo cual podemos fácilmente consolarnos de su pérdida, viendo transformado en elegante prosa lo que seguramente estaba contado en infelices y desmañados metros.

Porque, en efecto, el *Purén Indómito*, con sus veinticuatro cantos y más de quince mil versos, es ración muy suficiente para empalagar y rendir al más tolerante lector de crónicas rimadas. Si suponemos que la *Araucana* y el *Purén* segundo tenían próximamente la misma extensión, sólo Juan de Castellanos ó el fabuloso autor del *Ramayana* excedieron en fecundidad épica al capitán Alvarez de Toledo. ¡Todo para contar unos cuantos años de monótona guerra contra salvajes medio desnudos, cantados además hasta la saciedad por

un tan gran poeta como Ercilla y por otro tan notable como Pedro de Oña! A este último se propuso por principal modelo el autor del *Purén*, según manifiestan estos versos suyos:

Si de vuestro favor yo careciera  
Y en él no confiara cual confío,  
No pasara tras de Oña la carrera  
En un rocín tan flaco como el mio...

Su *rocín* era ciertamente flaco, y no hace nada de más en confesarlo. El *Purén Indómito* no tiene de poesía más que el metro, bien desaliñado por cierto, afeado por frecuentes consonancias homónimas y por dislocaciones de acentos. Del estilo dice el mismo autor (y no hay para qué contradecirle) que es «pobre, humilde, bajo y escaso de elegancia». Hay octavas llenas de nombres propios, y nunca se olvida de consignar la fecha exacta de los acontecimientos. Aquello de la *trompa épica* nunca tuvo menos aplicación que tratándose de este árido cronista, cuyo valor histórico está en razón inversa de su nulidad poética. Ni él mismo se preciaba de otra cosa que de la más rígida veracidad:

Pero como es historia verdadera  
Ne lleva cuento ó fábula de amores  
Porque de la verdad patente y pura  
Es con lo que se adorna mi escritura...  
.....  
Que yo lo he visto bien y soy testigo  
.....  
Porque ha de ser de todo el coronista  
Testigo de gran crédito y de vista.  
.....  
Por lo cual digo en esto haberme hallado,  
Y en todo ó en lo más que ha sucedido,  
Y de lo que no he visto, me he informado  
De gente de verdad y que lo vido...

A tan terminantes cuanto prosaicas declaraciones, nada tiene que objetar hoy la investigación más escrupulosa. El *Purén Indómito* está considerado como fuente principal para un período de la historia de Chile y encierra además muy

curiosas noticias sobre las costumbres de los araucanos y sus relaciones en paz y guerra con los colonos. A diferencia de los otros poetas de Arauco, Álvarez de Toledo sigue el hilo de la narración escueta y no se distrae jamás á digresiones ni episodios amorosos :

Pues tengo en el principio prometido  
De no contar hazañas de Cupido.

En cambio, llena el poema de insulsas reflexiones morales que acaban de hacer tediosa y aun imposible su lectura (1).

Parecía imposible descender más, pero todavía hubo en la colonia otro poeta, justamente calificado de macarrónico, que hizo bueno á Hernán Alvarez de Toledo. Fué este el capitán Melchor Xufre del Aguila, natural de la villa de Madrid, que en 1630 publicó en Lima uno de los más raros libros del mundo, hasta el punto de no conocerse de él más que un solo ejemplar. Lleva por título *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey destes reinos del Perú, Tierra Firme y Chile* (2). Precede al libro (y es lo más interesante de él) una larga carta del Doctor Luis Merlo de la Fuente, capitán general que había sido en la guerra de Chile, desde 1606 á 1628, dando cuenta á su amigo Xufre de los sucesos de su gobernación. El capitán Xu-

(1) El *Purén Indómito*, cuyo original manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, ha sido impreso en Paris, 1861, bajo la dirección de D. Diego Barros Arana, como primer tomo de la *Biblioteca Americana, Collection d'ouvrages inédites ou rares sur l'Amérique* del editor A. Franck.

(2) El único ejemplar conocido de esta obra fué cedido hace años por D. Pascual de Gayangos á mister Lennox, y hoy para en la Biblioteca pública de Boston. No sabemos de él más que lo que el mismo Gayangos dice en sus notas á Ticknor (tomo III pág. 472). Xufre del Aguila había escrito además un *Tratado de cosas admirables del Pirú*.

fré había perdido una pierna en la guerra de Chile, y se hallaba en Lima pobre, y mal pagado, ocupando su ociosa soledad en poner por escrito sus campañas y sus quejas. Su libro tiene de todo, pero principalmente de memorial de servicios mal galardonados. Como no le hemos visto, no sabemos si está todo él en verso, ó si hay una parte en prosa, como parece inferirse de las explicaciones de Gayangos, quien añade que la parte relativa á la guerra de los araucanos tiene forma de diálogo entre Eustoquio, capitán de Flandes, y Provector, alferrez chileno, que habiendo acudido á la corte á ciertas pretensiones, se reúnen para platicar de asuntos militares. De qué calidad sean los versos *historiales* de Xufre del Aguila puede conjeturarse por la siguiente muestra que transcribe el mismo erudito:

Hallábame yo en Lima en este tiempo  
Con una lanza sola, que pagada  
Los menos años es, y della poco;  
Y procurando merecer mayor  
Merced de nuestro rey, quise á mi costa  
Á aquella empresa ir do fui ofrecido  
Y sin querer tomar socorro alguno,  
O paga (que hasta hoy un solo pesso  
Ni un maravedí solo he recebido  
De paga real, habiendo en su servicio  
Gastado más millares de ducados  
Que tengo, á Chile fui de aventurero ;  
Mas no penséis que he de dezir por esto  
Nada con más espacio, aunque de vista  
De casi quarenta años sois testigo.  
En fin, con esta gente, el de noventa,  
A veinte y seys de Enero, allí aportamos.

.....

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

# CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Las muertes y los muertos.—Burdeau y Macé.—Brisson en la presidencia vacante por muerte de Burdeau.—Indefinición de la República francesa.—Fernando Lesseps.—Conmemoración de sus servicios.—El Rey de Nápoles.—Las causas vencidas.—Los japoneses en Mandchuria.—Importancia de tan grande región y de las posiciones conquistadas por los vencedores.—Tendencias á una desmembración y reparto de China.—Decaimiento de este Imperio explicado por su religión y por su metafísica.—Observaciones.—Conclusión.

## I

**L**A democracia universal acaba de perder en estos días dos hombres de mucho mérito: Macé y Burdeau. No traté al segundo, por haber, en razón de su edad, pertenecido á generaciones más jóvenes que mi generación; pero traté mucho al primero, cuando acababa de publicar su bello libro de vulgarización científica titulado *Historia de un bocado de Pan*, y echaba las bases de sus asociaciones populares para la enseñanza del pueblo. Jornaleros ambos; hijos de clases, por cuyos intereses y derechos se desvivían; al llegar, desde lo más profundo del abismo social, donde se pierden tantos seres infelices en la oscuridad, á lo alto del gobierno y del Estado, no se olvidaron de su origen jamás y se inscribieron en la democracia, servida constantemente por uno y otro con inviolable fidelidad. El nombre de Burdeau ha resonado

más entre las gentes que el nombre de Macé; pero lo menor de la resonancia no quita, no, á la igualdad quizá del mérito. Los dos informes relativos á los privilegios del Banco de Francia y del estado de la Marina francesa, juntamente con el bien ordenado libro acerca del socialismo contemporáneo, constituyen títulos de primer orden para Burdeau en la estimación de los sabios; pero Macé ha quedado más entre los humildes y los pobres, con un carácter verdaderamente sacerdotal y evangélico. Aunque nuestros amigos habían hecho á este senador vitalicio; cargo en que pudo con algunos franceses aristócratas hombrarse, Macé permaneció siempre como un maestro de escuela que vive con los niños, es decir, con las esperanzas y con las primaveras sociales, en una perpetua juventud del sentimiento y en una perpetua florecencia de la idea. Y puesto que hablamos de estos muertos ilustres y hay un Presidente del Congreso francés entre ellos, digamos que le ha sustituido á este último en su dignidad y en su ministerio un hombre, como Brisson, cuya honradez y consecuencia morales extraordinarias únicamente pueden compararse con el otro extremo de su carácter, con su absoluta incapacidad política. Un presidente de abolengo conservador en el gobierno; un presidente de irremediable carácter radical en el Congreso; un presidente de tradición oportunista en el Senado, indican bien claramente que no pueden reducirse á una verdadera síntesis las antinomias y las contradicciones en Francia, y que su República permanecerá indefinida é indeterminada perpetuamente, por culpa de los republicanos. Mas volvamos á los muertos y hablemos de Lesseps.

## II

Cónsul en Lisboa, hizo cuanto pudo por contrastar la influencia inglesa; cónsul en Alejandría, recabó de Ibrahim

Bajá decretos conducentes á noble tolerancia para Siria, y adquirió, con grandísimo consuelo de todos los cristianos, el risco y cueva donde ponen los devotos la Ascensión del Señor; cónsul en Barcelona, se interpuso, cuando la célebre Junta Central, entre las tropas bombardeadoras y la ciudad bombardeada, ofreciendo su mediación amistosa; representante de la República Francesa en Madrid, enviado por Lamartine, ajustó utilísimo convenio postal, que disminuyera los gastos á los súbditos de ambas naciones y aumentara la comunicación entre ellas; embajador en Roma de la presidencia del príncipe Luis Napoleón, quiso evitar el asedio de la ciudad maravillosa, compaginando á Garibaldi con Oudinot y á Fould con Mazzini; hasta que, penetrado de su aptitud para la industria y de su ineptitud para la política, se fijó en las riberas del Nilo; y contra todo el mundo, empeñado en desbaratar sus proyectos, especialmente contra Inglaterra, quien, temerosa de topar con una complicación extrema, por transferirse las llaves del Mediterráneo en Oriente desde los turcos á los egipcios, le opuso cuantas dificultades arbitraba en su múltiples recursos; sin desconcertarse un punto ni desmayar, ideó con suma lucidez y realizó con firme voluntad trabajo tan hercúleo como el rompimiento de un itsmo, que tanto embarazaba la navegación libérrima en los mares y tanto impedía las universales relaciones mercantiles, el itsmo de Suez. Yo le conocí en el comienzo de su gloria; y le rodeaban aureolas ya como las que ciñeron á Colón las inspiraciones de su genio y á Marco Polo la carrera de sus atrevimientos. Marsellés, y andaluz y catalán por sus antepasados, al afecto estético reunía la reflexión y el cálculo. Hablaba francés, castellano, árabe, lemosín, y había tomado mucho de Barcelona en sus largas residencias allí, de Barcelona, que llevó sus naves desde Mallorca á Sicilia, desde Sicilia á Constantinopla y Atenas, aumentando con el resplandor del espíritu suyo las reverberaciones del Mediterráneo nuestro. A las facultades nativas de su cuna sumaba Lesseps las aprendidas en los palacios orientales, á la som-



bra de sus Pirámides, á las orillas de sus Nilos, sobre las arenas de esos desiertos que han devorado tantas generaciones y despedido tantas ideas; donde parece como la cosa más natural y sencilla del mundo lo sobrenatural y lo milagroso. Cuando le oíais, parecíais oír á un San Germán, sólo que, como aquel antiguo asistiese á todos los tiempos de nuestra historia, este nuevo San Germán asistió á todos los espacios de nuestro planeta. En su frente amplia se traslucía la inteligencia y en su entrecejo fruncido la tenacidad. Los ojos, muy profundos, guardaban abismos de pensamientos; y la mirada, muy avizora, presagios de piloto. Bajo su cabeza, blanca ya como su bigote, cuando yo hace años le viera, negreaba una tez curtida por el sol de Oriente. ¡Cómo trabajó ese hombre! Viajero incansable, publicista increíble, orador afuente, poeta verdadero, se inclinó como los cortesanos y se irguió como los tribunos; disimuló en el palacio de los reyes como un florentino, y gritó en las asambleas de los pueblos cual un demagogo; arrastró en pos de sí á los creyentes con sus transportes místicos y á los comerciantes con sus cálculos bursátiles, envolviéndolos en los espejismos de su inspiración y hechizándolos con los filtros de su palabra. Así, únicamente así, rompió el istmo de Suez, el obstáculo material que separaba las aguas del mar Mediterráneo de las aguas del mar Rojo; y á la vista del Sinaí, sobre los arenales de las peregrinaciones israelitas, allí donde triunfaron los siervos y se sumergieron los Farao-nes, le mantuvo la virtud por excelencia, la virtud de su confianza en la grandeza de su obra, virtud con que movió los montes y ablandó las piedras y fecundó los desiertos. ¡Y todo este poema concluyó por una causa de vulgar estafa! ¡Oh, despiadada muerte! ¿Por qué no concluiste con él quince años antes? *Sunt lacrymae rerum.*

## III

Ha muerto el rey de Nápoles, que nació para el poder supremo en los más espléndidos palacios de la tierra, y sólo alcanzó un trono abrasado por los rayos de la tempestad sobre bases hundidas á los estremecimientos del terremoto. Heredero de un padre odioso al sentimiento liberal, por su enemiga con el progreso, detenido ante sus resistencias, y por su neroviana persecución á los apóstoles del nuevo derecho, destronzados en inenarrables martirios; con los privilegios recibidos de tan cruel tirano, recibió también las tremendas responsabilidades. Así, el reinado suyo fué como la triste liquidación y pago de las deudas con el mundo culto contraídas por los reinados anteriores, todos de combate al derecho novísimo, todos de triste y desenfrenada reacción. Gladstone, mozo é inspirado, mostró los primeros acentos de su elocuencia inagotable delatando á la conciencia universal todas las crueldades empleadas por los déspotas napolitanos en potros y tormentos, y calabozos y suplicios para extinguir la inextinguible aspiración á la libertad de sus vasallos. Así Garibaldi fué como la imagen de todas estas grandes aspiraciones, y, semejante á esos querubes antiguos con espadas de fuego y alas de ángel, dibujados en las ardientes retinas de los proscriptos entre las desolaciones de sus abrojosos caminos y las tristezas de sus inacabables desiertos. Recibió el joven rey, hace treinta y cuatro años ahora, el trono con verdadera conformidad á su destino; y lo defendió, no con heroísmo, sí con honor. Luego, diferenciándose de nuestros pretendientes legitimistas, que nos han armado seis ó siete guerras civiles en el siglo, y aun

de los pretendientes franceses que no han cesado un punto en ostentar sus pretensiones; el rey de Nápoles se recluyó en su desgracia y no molestó la curiosidad pública con inútiles protestas, ni arrastró sus súbditos hechos ciudadanos á la montaña y al campo en alardeos suicidas, sino contento con los decretos del cielo, resignado á su fatalidad ineluctable. La figura del rey de Nápoles me recuerda los últimos patricios de Roma. Quizá él mismo no creía en su derecho divino antiguo, borrado por la soberanía nacional contemporánea; pero lo sustentaba, en cumplimiento de un deber. Muchos nobles paganos del siglo v tampoco creían en el paganismo, pero lo sustentaban como la base única del Imperio. Lo que comprendían intuitivamente era que la igualdad religiosa engendraba la igualdad social, y que la igualdad social aniquilaba la Roma pagana establecida en el privilegio. De aquí provino el postrero neopaganismo, producto del espíritu de patricios poco creyentes en los dioses, pero muy dados á hacerlos cómplices de sus tiranías y de sus privilegios. El gran representante de este neopaganismo político, es Símmaco. Comprendiendo el espíritu democrático del cristianismo, Símmaco, en cuya conciencia luce algún resplandor del alma de Catón, en cuyos labios vibran algunos ecos de la palabra de Marco Tulio, quiere sostener la Annona para que todas las naciones sean tributarias de su ciudad; los ocios del pueblo, á cuyos circos arroja sármatas feroces que lo embriagan con el hedor de la sangre; los colegios de los sacerdotes; los misterios de los arúspides; los conventos de las vestales; y cuando Graciano demoliera el altar de la Victoria, y Teodosio abrogara los antiguos cultos, como si los númenes del patriciado le inspirasen la gran elocuencia, tiene el valor de defender las ideas que se van, los dioses que salvaron á Roma de Anníbal y al Capitolio de los galos; y viendo que nada consigue, que se arruina todo cuanto hubo respetado y querido sobre la faz de la tierra, el Imperio, el Senado, el derecho patricio, se abraza con dignidad á sus antiguas creencias para morir con ellas entre las ruinas de Roma.

## IV

Ya están los japoneses en Mandchuria. Dada la organización especialísima del Celeste Imperio, Mandchuria pertenece al número de regiones tan fáciles al disgregamiento de China como á la natural agregación. Anúdanla los menos lazos posibles con el centro; pero no deja de formar un sumando indispensable á la suma inmensa que se llama China. Y este sumando posee importancia tan grande y aparte, porque su territorio toca de un lado con el imperio ruso y de otro lado con el imperio coreano. Como Grecia está colgada de las cordilleras donde se levanta el Olimpo, cordilleras macedónicas y tracias; como Italia está colgada de las cordilleras alpinas, que la separan de Alemania y Francia y Suiza; como España, por su parte y á su vez, de los Pirineos, que la separan del resto de Europa; Corea, península también, está colgada de Mandchuria, donde un monte descuella como el monte Blanco, llamado así por sus faldas de gredas y sus remates de nieves, fortaleza formidable á que libra el imperio parte principalísima de su seguridad, y las tierras todas aquellas parte principalísima de su alimento. Y además de todo esto, guarda tal región Mukden, una especie de Pekín boreal, azotada por vientos de la glacial Siberia, pero querida y respetada por la grandeza de unos templos guardadores del recuerdo de Buda, tan idolatrado entre aquellas gentes, y por la santidad de tradiciones muy valiosas para quienes toman los antepasados, más que como abuelos y progenitores de la familia, como reyes eternos y genios divinos del hogar. Con efecto, la dinastía hoy reinante sobre China, proviene del siglo XVII y pertenece á esta región mandchuriana. Y así, no importa sólo

el paso que dan ahora los japoneses por la material posición estratégica de Mukden, importa porque, raíz de príncipes considerados por Mandchuria como algo superior á lo humano, al caer bajo los pies del extranjero, denota cómo á sus antiguos omnipotentes y omniscientes dueños les faltan ya la fortuna y el valor. Tamaña convicción podía servir en otras partes y entre otros pueblos á un aceramiento de la voluntad, que les prestase mayor filo; pero en China, ó traerá una suicida conformidad con el destino implacable, ó traerá una guerra civil que prepare apocalípticos exterminios. Lo peor de todo esto para China es el pensamiento que va surgiendo en muchos Estados y gobiernos, respecto de cuánto convendría proceder con rapidez, en vista de sus desgracias, á una desmembración inmediata del imperio y del Estado suyos. Un revés y un desastre no hubieran inferido al mikado males tan grandes, por hallarse dentro de unas islas, como los que infieren al hijo del cielo sus reveses y desastres, por hallarse la corona suya en medio de un continente. Al Japón, en Asia, le favorece aquella misma ventaja que favorece á Inglaterra en Europa: su aislamiento. Pero quien tiene contacto con Rusia por Siberia y Mandchuria; contacto con Francia por el imperio que ha ido ésta formando en Tonkín, ó por la influencia que va ejerciendo en Anam y Siam; contacto con Inglaterra por Birmania y por los desiernos boreales de la Mongolia y de la Tartaria, tan interesantes á las tierras que riega el Indo y el Himalaya guarece, según le sucede á China, encuéntrase por fuerza en el caso de pensar que cada coloso vecino suyo, atisba el momento propicio de repartírsela, sobre todo si muestra, cual hoy, amén de una incapacidad para gobernarse, como la que mostró hace tiempo, una incapacidad aún mayor, no ya para dirigirse á sí misma, para defenderse y salvarse. No debe olvidar Asia que todo cuanto han hecho las potencias extranjeras en aquellos pueblos y en aquellos mares llamados indo-chinos, se asemeja mucho á las primeras desmembraciones de Polonia y al graduado lento despojo de Turquía. Que Francia haya

erguido su pabellón en el frente oriental de la Indo-China; que, para combatir de cualquier guisa este atrevimiento, se hayan por Inglaterra sumado los restos aún libres de Birmania y sus anejos á las Indias; que Rusia se haya extendido por el Septentrión en términos de aparecer hoy como una potencia con tan extenso territorio cual sus rivales todas del mundo asiático, no quiere decir, en suma, otra cosa, sino que á China le han puesto al cuello las tablillas puestas por ella en sus hábitos y tradiciones seculares á los reos de muerte. En vano ha pretendido levantar aisladores, más altos que las viejas murallas erigidas por sus antiguas dinastías, para constituir la, dentro de lugar cerrado, en una especie de misterioso impenetrable secreto planetario; así la irrupción de franceses y britanos, rompiendo el encanto de Pekín, como las humillaciones que ha debido perdonar á Rusia por el valle de Kuldja, y á Inglaterra por la frontera de Birmania, y á Francia por la frontera de Tonkín, y á los japoneses por Corea, le demuestran cuán debilitada está de suyo; y cómo deberá su salvación, si se salva en estos críticos momentos, á lo á mismo que la debe aquí en Europa Bizancio: á la imposibilidad completa de repartirse, con avenencia y consentimiento de todos, entre todos, sus restos. El escritor competentísimo, que lleva de antiguo en la Revista Británica los asuntos orientales á su cargo, recuerda con sabia oportunidad un hecho de la mayor enseñanza en las crisis orientales atravesadas ahora y en los tiempos ahora corridos. Cuando las tropas anglo-francas acamparan en Pekín el año 60, ya pusieron por obra varios planes de dividir el Celeste Imperio y hendirlo en dos capitales porciones. Enseñoreados entonces unos muy célebres rebeldes, los Taipings, como verdaderos ocupantes y dueños de la parte meridional, oyeron proposiciones hechas por lord Elgin, plenipotenciario inglés, para que descuartizasen China y fundaran en el espacio, correspondiente á ellos por sus triunfos, un grande imperio bajo el protectorado de la Europa occidental, dispuesta en sus consejos entonces á considerar como buena cual-

quiera soberanía erigida sobre los fragmentarios restos de la gigante región. Mas este partido nacional, enemigo irreconciliable de las viejas conquistas boreales, y profundamente arraigado, sin embargo, en la tierra y henchido de aquellas tradiciones é ideas, no quería levantarse tan sólo sobre una porción del Imperio, quería la unidad, á todos los chinos cara, pero mucho más cara de suyo aún á los chinos ufanados con su sangre nativa pura y adversarios jurados de los tártaros, á cuya dinastía deseaban sustituir, pero sin deshacer y fragmentar sus dominios. Una idea se deriva inmediatamente de tal consideración, una idea capitalísima para la solución de los problemas planteados hoy en el Asia extrema: después de treinta y cuatro años que han pasado desde tal proposición, y cuando han sufrido los Taipings, invitados á romper la unidad china, martirios tales, tras sus derrotas, como la muerte de cuarenta millones entre los suyos, exterminados en un período de tres ó cuatro lustros, en el cual mostraron los dominadores tártaros cómo lleva cada cual un Atila en el cuerpo, ¿no sería hora ya de que pensase Occidente si han cambiado estas tribus de idea, y revuéltese contra China, como han hecho ya otros pueblos amarillos, sobre quienes ejercía el Celeste Imperio una fascinación tan grande? Lo cierto es que la llamada de los japoneses á rebato contra el Celeste Imperio puede significar el comienzo de una gran catástrofe para los chinos, expulsados de América por el terror que sugieren á los yankees sus temidas y terribles competencias; odiosos á los franceses por la protección extendida en el Río Amarillo sobre todos los piratas que saquean y talan las costas del Tonkín; repulsivos á los ingleses, que recelan del engrandecimiento suyo por las Indias propias; amenazados de la misma Rusia, que les quita una parte de la Siberia con otra parte de Mandchuria y quiere todo el Norte para ingerir los tártaros en sus abigarradas legiones; condenados por la humanidad, como condena siempre á cuantos detienen, ó contrastan, ó combaten el humano progreso.

## V

Para mí la decadencia del pueblo chino y lo expuesto que á una desmembración se halla, proviene de sus ideas metafísicas y religiosas. Tres religiones hay en China: religión de Lao-Sseu, religión de Confucio y religión de Budha. Un pueblo tan poco teológico proclama tres teologías juntamente, aplicándolas á todos, siquier no las crean en sus conciencias ni las practiquen jamás en sus vidas. Por tal concepto de la religión dábase un caso bien original, que á la muerte de cualquier chino tres categorías diversas de sacerdotes, adscritos á tres cultos distintos, celebraban tres clases de funerales sobre un mismo cadáver. En los primeros tiempos, la religión de los chinos se contuvo en simple culto á las cosas creadas. Adoraron cielo y tierra, juzgándolos como una especie de matrimonio, cuyo amor engendra todos los seres. De tal sencilla religión materialista se pasó á una religión más metafísica, fundada en el principio de contradicción. Tal fué la religión de Lao-Tseu. Para este gran revelador, el ser y no ser mutuamente se producen y mutuamente se completan. Las cosas todas son comprensibles por las sombras de sus opuestas. No habría hermosura sin fealdad, ni grande sin pequeño. Suprimid lo vacío y suprimiréis la plenitud. Suprimid la muerte y habréis suprimido la vida. El mundo viene del no ser y se dilata en lo vacío. Por eso lo santo en tal reformador metafísico resulta la nada ó el no ser. La ley del humano proceder se contiene por completo en la inacción, y su moral se reduce á la indiferencia. Un hombre perfecto, en esta metafísica extraña, se tapará los oídos con una sordera incurable; bajará



sobre sus ojos el telón de sus párpados, si no quiere arrancárselos para procurarse una ceguera irremisible; se castrará de su voluntad; extinguirá el resplandor de su inteligencia; tapiará todas sus percepciones para incomunicarse con todos los pensamientos y con todos los objetos; sellará sus labios como las piedras de los sepulcros, y así podrá esperar sin fatiga la muerte. El espacio infinito se parece á un cero en esta doctrina, la inmensidad á un piélago sin límites, pero también sin agua, porque todo se halla circuido por lo vacío. El Ser Supremo se acerca en estos principios á la nada. Miráis, y no le veis, por incoloro; escucháis, y no le oís, por afono; palpáis, y no le sentís, por incorpóreo. De consiguiente, parecerse á él es como no parecerse á nada. Así, en esta doctrina, el cuerpo cae sobre la tierra y forma parte de sus átomos; el alma se disipa en los cielos y forma parte de su éter. Por consecuencia, bien puede asegurarse que su religión resulta, en último término, la religión del vacío, la religión del no ser, la religión del suicidio universal. Si así estima el ser, ¿como estimará su determinación en el hombre? La estimará en muy poco. Y si así estima la determinación del ser en los hombres, ¿cómo estimará la determinación del ser en las mujeres? Estimarála mucho menos. Y, sin embargo, para los chinos, todos los hombres superiores han de generarse por fuerza en virginales entrañas. Una virgen madre debe parirlos sin concurso alguno de varón. Así fué Confucio, así Lao-Tseu. En el diccionario de las encarnaciones chinas, terminantemente se dice que los hombres beatos y divinos recibían las denominaciones de generación celeste ó hijos del cielo, á causa de haberlos engendrado sus madres por obra misteriosa de lo invisible. El carácter jeroglífico, mejor diré, figurativo de la doncella (*sing*), representa la virginidad y la generación. Unas madres de los hombres divinos engendrán por virtud exclusiva del pensamiento, y otras por el soplo de un espíritu, quiénes al centelleo de un relámpago, quiénes al rayo de una estrella. Por consecuencia, la idea de la virgen madre es como aurora que raya donde

raya la primera luz del espíritu y alborea con el primer albor de la religión. Confucio desarrolla todas las ideas de sus predecesores y les da un verdadero sentido moral. Así, el amor á la humanidad, el perfeccionamiento de sí mismo y de los demás, la perseverancia en seguir las vías rectas para llegar á los objetos santos constituyen su moral, contenida en esta fórmula suprema, la cual se reduce á este supremo mandamiento: amad al prójimo como á vosotros mismos. Así Confucio mira solamente á la vida y á la perfección del hombre aquí en la vida. Distingue, más que su predecesor, al cuerpo del alma; pero lo distingue por convenir así á su moral humana é inmanente. Nada de sacerdotes en su doctrina, sabios. Nada de metafísica en sus ideas, moral. Aquellos profundos ojos de su entendimiento no querrán ver allende lo mundano; reduciránse á señalar caminos derechos para la vida de un día por estos abruptos planetas nuestros. Como uno de sus discípulos queridos le preguntara noticias de la muerte, respondióle con humildad: ¿cómo quieres que sepamos algo de la muerte, cuando apenas sabemos cosa ninguna de la vida? Tal fué la doctrina de Confucio. Ninguna de las religiones mencionadas tuvo sacerdocio. Los conventos de hombres y mujeres que hay en China, débense á Budha y los budhistas. Esta religión provenía de los indios. Pero se diferenciaba tanto del brahmanismo politeísta como pudiera diferenciarse un judío monoteo del persa ó iranio pagano. El budhismo no era tanto la religión de Dios como la religión del alma. Su dogma capitalísimo y primero estaba reducido á la espiritualidad é inmortalidad del ser invisible que nos anima. Y después de haber proclamado estas dos ideas tan acordes con todo cuanto nosotros creemos, proclamaba la trasmigración de las almas, ó séase una especie de sucesivo paso desde uno á otros cuerpos en progresión ó retrogradación perpetua, según el mérito de sus acciones y de sus obras. Mas ¿para qué proclamaba el budhismo esta esencialidad y esta superior fuerza del alma humana? Para luego murmurar en sus oídos el suicidio. La

suprema felicidad para Budha está en la nirvana, que quiere decir en último término tanto como la nada. Huyendo los hombres del dolor siempre, han de tener por fuerza una seguridad, la de que solamente hay dolor en la existencia y en la vida. El que no vive no padece. De aquí la fuga inconsciente que todos los seres toman desde las cumbres del ser y de la vida, por necesidad, hacia los abismos de la muerte. Extinguirse por completo, suicidarse, buscar la no existencia, dormir en la nada, por el aniquilamiento despeñarse hasta el no ser, llegar á un abismo y á un silencio mayores que todos los contenidos en el sepulcro: he ahí la verdadera religión; he ahí la verdadera moral. Creedlo, una doctrina de tal suerte contraria con el ser, una doctrina propagadora del suicidio, no podía, no, dar ni al hombre ni á la mujer aquella dignidad indispensable para que sea el alma humana un resumen del alma universal, y para que la dignidad humana, tanto en el hombre como en la mujer, se alce á sus esenciales derechos. Libros que se llaman á sí mismos vehículos para con más ó menos precipitación ir al no ser, no podían dar leyes de vida muy aceptables y sabias. Budha sólo piensa en transportar los seres del Océano de dolores donde han caído á la nirvana, ó sea desde la vida con todas sus manifestaciones á la muerte, y á la muerte completa y eterna. Cuando una doctrina de tal carácter pasa como levadura indispensable á la vida y á las costumbres de un pueblo, no puede maravillarnos que llegue al suicidio ese pueblo con tanta facilidad y sirva, más que para vencer con arrojo y matar con saña, para morir con resignación. En el combate cruentísimo entre chinos y japoneses, ha vencido á la muerte la vida.

EMILIO CASTELAR.

# LA LITERATURA

## CASTELLANA Y PORTUGUESA

---

### CONTINUACIÓN

Ramón Berenguer III volvió á casarse, en segundas nupcias (1106) con la condesa Dulce, heredera de Provenza, y tuvo de ella un hijo, Ramón Berenguer IV, el cual, mediante su enlace con Petronila de Aragón, llegó á ser regente (nunca se llamó rey, sino simplemente *príncipe*) de este reino (1137-1162) y cuyo hijo fué rey de Aragón con el nombre de Alfonso II (1). El poeta, que no acostumbra tomar estas cosas tan al dedillo como el genealogista, podía muy bien ya entonces permitirse suponer, mediante una licencia poética, que la casa real de Aragón estaba emparentada con el linaje del Cid. Tiene, sin embargo, esta suposición mucho en contra suya. Pero cabe determinar más verosímilmente el tiempo en que el verso citado tenía recta aplicación si consideramos el matrimonio de la segunda hija del Cid, doña Cristina Elvira, con D. Ramiro, infante de Navarra, y las consecuencias de este enlace. El hijo de éstos, D. García Ramirez, llamado el Restaurador, subió al trono de Navarra (1134-1150) y tuvo como segunda esposa á

---

(1) ¿No podía acaso el poeta haber designado con el nombre de «infante de Aragón» que da al otro pretendiente que acompañó al de Navarra, á este conde de Barcelona? Porque como en su tiempo, precisamente en la descendencia de este conde, se unieron en un cetro Barcelona y Aragón, no sería una licencia poética excesiva, aunque cronológicamente absurda, escoger para el yerno de su celebrado héroe el título del reino más famoso.

doña Urraca, hija natural del rey Alfonso VII de Castilla (1144). Su hijo, Sancho VI, llamado el Sabio (1150-1194), se casó con otra hija de Alfonso VII, doña Sancha (1153), por cuya hermana, biznieta del Cid, doña Blanca, esposa de Sancho III el Deseado (prometida á él en 1141 y casada en 1151) que sucedió á su padre, Alfonso VII, en Castilla, llegó finalmente la sangre del Cid á la casa real de Castilla. El poeta podía, pues, con toda razón decir ya á mediados del siglo XII que los reyes de España eran parientes del Cid, cuyos descendientes, aunque se rechace la suposición que hemos indicado respecto á Aragón, ocupaban entonces efectivamente los tronos de Navarra y de Castilla. Así, venimos á aceptar como fecha de la composición del poema *la misma* que hombres como Sánchez y Capmany fijaron para él ateniéndose á sus formas métricas y lingüísticas; que el poeta, como castellano, precisamente en este tiempo halló ocasión singular para festejar el suceso que canta por los múltiples enlaces de las casas reales castellanas con los descendientes del celeberrimo héroe; que el fin principal del *Poema*, como he probado detenidamente, consistía en el honroso casamiento de las hijas del Cid y en el ennoblecimiento que de ello recibe su linaje. Es, por lo tanto, muy probable la suposición de que fuera compuesto el poema con ocasión de uno de estos matrimonios, especialmente el de Blanca con Sancho III, de donde resultaría que habría que poner la época de su composición de la cuarta á la sexta década del siglo XII (1).

(1) El erudito y profundo crítico de la *Exposición de la literatura española en la Edad Media* de Clarus en la *Göttinger Anzeigen* (1847, 1, páginas 646-647), me critica el que haya yo deducido del citado pasaje final del *Poema* que sea «probable» el que fuera éste compuesto para festejar las bodas de Sancho III de Castilla con Blanca de Navarra.

A esto no tengo otra cosa que replicar sino que no pasa de ser una plausible conjetura y que no la ha dado por más que esto, mientras que él concede que aquel pasaje se refiere á este matrimonio y mientras que él añade que aquel pasaje «alude» á ese matrimonio y que este asunto principal viene á ser el medio más exacto para determinar cuando se compuso el

Si se tiene por sostenible esto, cae por su propio peso la suposición de que el llamado al fin del poema *Per Abbat* sea no

*Poema* (1151). No me meto, por otra parte, en si es mejor su interpretación de ese pasaje, pero por lo menos me parece su explicación de los «reyes de España» por los «Emperadores de España» tanto más osada cuanto que el *Poema* mismo en otro pasaje da un valor singular á lo de Emperador. También Dozy (*Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne pendant le moyen age*. Ley de 1849, t. I, pág. 640), considera mi observación como muy acertada (*très-juste*): que el interés principal del *Poema* estriba en el matrimonio de las hijas del Cid, pero rechaza mi conjetura de que fuera compuesto para festejar las bodas de Blanca y Sancho III; en parte porque en el verso citado lo de «reyes de España», ha de referirse sólo á los de Navarra y Aragón, puesto que en el *Poema* mismo no se habla más que de los infantes de Aragón y Navarra; en parte porque el poeta para nada hace referencia al matrimonio de Blanca y si hubiera compuesto su obra con la ocasión que supongo, no habría ocultado mejor su propósito (*Bref, si le poète a eu réellement l'idée que M. Wolf lui prête, jamais idée ne s'est mieux caché*). Pero aunque, según he dicho ya, no doy mucho peso á este punto de vista derivado de una mera conjetura, debo, sin embargo, confesar que no me parecen muy contundentes las objeciones del Sr. Dozy. Pues el artículo determinante que se halla en «hoy los Reyes de España», parece autorizar el que se entienda que se trataba por lo menos de los reyes más notables de España (pues de otro modo hubiera dicho el poeta: hoy reyes de España) y además sin duda alguna del «rey natural» del poeta mismo, el rey de Castilla (como de hecho se hallaron presentes en la boda de Sancho y Blanca los Reyes de España, esto es, el de Castilla, el de Aragón y el de Navarra). Y si el poeta no cita expresamente el matrimonio para festejar el cual hubiera cantado, ¿no puede haber sucedido esto porque presentó su poema en esta fiesta, donde por lo tanto era inútil indicar la ocasión que le movía á hacerlo, completamente conocida esta, ó porque hubiera hecho esa alusión en lo que falta del *Poema*? Pero el Sr. Dozy ha rechazado sobre todo esa suposición porque él ataca la afirmación aceptada por casi todos los críticos, y á la que sirve de apoyo mi conjetura, es á saber, que el *Poema del Cid* fué compuesto á mediados ó en la segunda mitad del siglo XII. Dozy lo considera de principios del siglo XIII (hacia 1207), no sólo copiado ó escrito, sino compuesto. Su fundamento principal—pues el argumento que saca de una costumbre citada en el poema no le parece decisivo, puesto que no está probado que esa costumbre no existiera hasta el siglo XIII—su fundamento principal descansa en la relación del lenguaje demasiado hecho del *Poema* comparado con documentos del siglo XII. Aparte de que el lenguaje tan sólo, sobre todo cuando la comparación se basa en monumentos tan pocos y tan heterogéneos, es siempre un criterio muy inseguro, y aparte de que todos los

simplemente el copista, sino el autor (1). Desgraciadamente, apenas puede decirse nada de éste con las fuentes y medios

críticos españoles no tienen dificultad en atribuir el *Poema* á la segunda mitad del siglo XII aun respecto al lenguaje (así, los dos más eruditos del presente, Durán, repetidas veces en la última edición de su *Romancero* y Amador de los Ríos en su *Historia crítica de lit. esp.*, discutiendo los argumentos de Dozy; A. Manuel Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*. (Madrid, 1857, 4, pág. xvi), aparte de todo esto la colección de *Fueros y Cartas pueblas* de D. Tomás Muñoz (continuada ahora bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia de Madrid) dará múltiples ocasiones al Sr. Dozy de modificar su juicio en este asunto. El más reciente editor del *Poema*, el Sr. Damas Hinard, profundo conocedor de los idiomas románicos, ha refutado victoriosamente la doctrina del Sr. Dozy, tanto con fundamentos lingüísticos como con razones históricas, y á la vez ha suscrito á la opinión por mí sustentada (l. c., p. XIII-XV). Son, por el contrario, notables y dignas de agradecimiento las observaciones agudas y doctas de Dozy sobre la *Crónica rimada del Cid* (páginas 623-637, 664-671, 684-687), respecto á las que sólo me permito hacer notar que la conclusión de la más remota antigüedad de la misma (la considera de fines del XII ó principios del XIII) sacada de la circunstancia de que su versificación sea más ruda que la del *Poema* (p. 648-649) no me parece del todo acertada; pues el *Poema* se nos ha conservado como tal, al paso que la *Crónica rimada* nos ha llegado con trazas sensibles de un poema más antiguo, y sin duda alguna con borraduras de ritmo y entremezclado con pasajes en pura prosa, así como tal vez en la «Crónica general» y «la particular del Cid» se ven á las veces huellas del *Poema*. También en esto suscribe el Sr. Damas Hinard á mi opinión (l. c., p. LXXVIII-LXXX, y considera la *Crónica rimada* como más reciente que el *Poema*.

(1) El poema se cierra (\*) con estos dos versos:

Per Abbat le escribió en el mes de Maio  
En era de mill é c.c. ...XLV años.

(es decir, en el año 1207, aunque según el parecer de los traductores españoles de Ticknor y del docto Damas Hinard, l. c., p. XIII, indudablemente hay que leer: CCCXLV, esto es, 1307). Compárese con esto la nota de Sánchez y lo que fundándose en razones de lenguaje dice en la introducción respecto á la antigüedad del poema y á la opinión de que Per Abbat sea el autor. También Huber (l. c., xviii) está contra esta afirmación de D. Rafael Floranes (en Risco) p. 69.

(\*) En la edición de Sánchez, que es la que sigue el autor, mas no en el manuscrito en que siguen á los que éste da como últimos los dos siguientes versos:

Fecho. Datnos del vino si non tenedes diñeros  
Ca mas podrá, que bien vos lo dixieron labielos.

Véase la edición de Carlos Vollmöller, Halle, 1879.—(N. DEL T.)

auxiliares de que hasta hoy disponemos. Según toda verosimilitud debió de ser un castellano, puesto que entonces los poetas del Occidente de España se servían del dialecto gallego y los del Oriente del lemosín ó catalán. De uno y de otro se aparta considerablemente el idioma del *Poema* pero se acerca algo más al último. También puede afirmarse que pertenecía á las clases más elevadas, que estaba muy familiarizado con los usos y formalidades de la caballería y el vasallaje, á los que parece conceder mucha importancia.

Si me he extendido sobre el *Poema* con más cuidado de lo que acaso parezca conveniente en este lugar, creo que me servirá de disculpa el que este poema, tan notable para su tiempo y tan digno de atención en todos respectos, haya sido totalmente desconocido por Bouterwek, tan sólo por muy pocos juzgado bien, y que nadie le haya concedido el lugar que merece en la historia de la literatura española por su intrínseco valor poético y su manifestación externa. Merece, en todos sentidos, ser mejor conocido por los aficionados á esta literatura de lo que hasta hoy lo ha sido. Con mucha más brevedad puedo ocuparme en la *Crónica particular del Cid*, en prosa, citada también muy de pasada por Bouterwek. Sánchez ha dejado probado (l. c., pág. 224 y sig.) que es más moderna que el *Poema*, y que se ha servido de éste á menudo, palabra por palabra. Queda, por lo tanto, aun respecto á la descripción de las costumbres, muy por debajo del *Poema*, que es mucho más moderado en el adorno y en poetizar aceptando lo maravilloso y legendario, y que lleva en general el colorido de un tiempo muy posterior. Como fuente propiamente histórica para la vida del Cid y la historia de su tiempo no tiene gran valor, pues es una compilación, falta de toda crítica, de las crónicas arábicas, latinas y españolas, más antiguas que el *Poema*, y de los fabulosos relatos de las consejas populares (1).

(1) Por lo que hace á la parte bibliográfica, literaria é histórica, basta acudir á la introducción de la notable edición que Huber ha hecho de la *Crónica particular del Cid* (Marburg, 1844, 8) y á la aguda apología de



Antes de que pasemos á los poemas que es cosa probada pertenecen al siglo XIII, debo llamar la atención hacia dos producciones poéticas, que según toda verosimilitud, pertenecen á la primera mitad del siglo XIII, y que se han escapado á la diligencia del mismo Sánchez. D. José Rodríguez de Castro, en su muy apreciable aunque por desgracia no continuada *Biblioteca Española* (tomo II, que contiene la noticia de los escritores gentiles españoles, y la de los cristianos hasta fines del siglo XIII de la Iglesia, Madrid, 1786, fol. páginas 504-505), cita

Dozy. Este último da lo siguiente como resultado apenas discutible de su examen crítico (l. c., pág. 406): «Je résumerai en peu de mots le resultat de mon examen de cette chronique. Je dirai donc que ce n'est rien autre chose que la partie correspondante de la *Crónica general*, retouchée et refondue arbitrairement par quelque ignorant du XV, ou tout au plus de la fin du XIV siècle, probablement par un moine de Saint-Pierre de Cardègne, puis retouchée et refondue aussi arbitrairement, au commencement du XVI, par l'éditeur Juan de Velorado» Comp. Amador de los Ríos en el apéndice á su edición de las *Obras del marqués de Santillana* (Madrid, 1852, 8, pág. 606), y Malo de Molina (l. c. pág., xxviii-xxix). Ya antes, en 1498, se había impreso en Sevilla una crónica del Cid, que es una de las mayores rarezas tipográficas, puesto que ni el mismo Risco (l. c., pág. 71) ni Méndez (Typographia esp., Madrid, 1796, 4, tomo I, página 212) pudieron hallar ningún ejemplar de la misma en España, y la citaron refiriéndose á Denis (Supplem. á Maittaire ann. typogr., pág. 443). El ejemplar, acaso *único*, de la Biblioteca Real de Viena está ante mi vista. Pongo aquí el título y el fin, que Denis citó con alguna falta: *Coronica del cid ruy diaz. Aquí fenece el breve tratado de los hechos y batallas que el buen caballero Cid ruy diaz venció: con fauor y ayuda d'nuestro señor. El qual se acabó en el mes de Mayo de nouenta y ocho años. Y fué emprendido por tres compañeros alemanes. en la muy nole (sic) y muy leal cibdad de Sevilla. A Dios gracias.* Consta en total de 70 hojas no paginadas (sin guardas, pero con signatura a-h á las ocho hojas, y con i á las seis cada página de 31 líneas), en 4.º, impreso con letra gótica y adornado con unos grabados en madera muy toscos. En la parte anterior de la última hoja se halla la marca de impresión de la primera sociedad alemana de imprimir, en Sevilla (descrita y explicada por Méndez, l. c., pág. 222); en la vuelta un águila sencilla que lleva en su pecho las armas reunidas de España, es decir, en el primero y cuarto cuartel, las de Castilla y León, en el segundo y tercero las de Aragón y Sicilia, una junto á otra, y abajo las de Granada. Esta crónica contiene en 62 capítulos la conocida historia fabulosa del Cid, con omisión de todo lo que no tiene relación inmediata con

un manuscrito de la Biblioteca del Escorial, cuya escritura le parece pertenecer al siglo XIII, y cuyo contenido lleva á la cabeza, escrito por una mano posterior, este título: «Vidas del Rey Apollonio, de Maria Egypciaca y la Adoración de los Stos. Reyes», en verso antiguo.

Estos poemas han sido posteriormente editados en su integridad por el docto marqués de Pidal, meritísimo en lo referente á la antigua literatura española (primero en la *Revista de Madrid* de 1841, y luego por separado: «Colección de algunas

---

ella, siendo una exposición más compendiosa que la de la citada *Crónica particular del Cid* ó que la de la *Crónica general*, como ya lo sospechó Risco. Al principio dice: «Aquí comienza vn libro llamado suma de las cosas maravillosas que fizó en su vida el buen cauallero cid ruy diaz..., segun más largamente las estorias de las coronicas lo recuentan.» Es, pues, notable tan sólo como rareza tipográfica, porque en cuanto á su contenido nada de nuevo nos ofrece. Y como monumento tipográfico á causa de su antigüedad, que Huber (ob. cit., pág. LXXXVII) ha puesto en duda, sin razón alguna para ello, pues tiene totalmente el carácter de una impresión de fines del siglo XV. El fundamento principal de Huber, que es aceptar 1598 en vez de 1498, porque de otro modo hubiera aparecido antes de la primera edición de la gran *Crónica del Cid*, de Juan de Velorado (1512) de la que está sacada, pierde toda su fuerza desde el momento en que puede suponerse que fué sacada inmediatamente de la *Crónica general* ó de una de las copias manuscritas de la compilación de ella, hecha, según Dozy, en el siglo XIV ó XV. Reimpresiones de esta antigua edición, modernizadas nada más que en la ortografía, tenemos: Burgos, por maestre Fadrique Alemán de Basilea, 1516, 4 (v. Biblioth. Grenvilliana, II, s. v. Crónica);—Sevilla, por Juan Cronberger. Fué impresso... el postrero día del mes de Junio, año de mil y quinientos y treynta y tres años (1533), gótico y con grabados en madera, 4.º—La misma, por Jacobo Cronberger, 1541, en 4.º, gótico (en el *Britt. Museum*, citado por Gayangos en su *Catálogo de los Libros de Caballerías*, en la edición del *Amadís* de la «Biblioteca de autores españoles, tomo XL, pág. LXXXIV);—Sevilla Alonso de Barrera, 1545, 4 (Bibl. Grenv., l. c.)—Salamanca, por Juan de Junta Florentino, 1546, 4 (en la Biblioteca de Munich, Cf. Huber, l. c., pág. xxxvii);—Burgos en casa de Felipe de Junta, 1568, en 4.º (Gayangos., l. c.);—Bruxellas, impresso en casa de Juan Mommartre á la enseña de la Imprimerie, 1588, 16. Al final se repite el lugar de la impresión y se añade como fecha: 1589. Al ejemplar de la Biblioteca Imperial está unida la Historia del noble Cavallero el Conde Fernan Gonçalez: con la muerte de los siete Infantes de Lara. Bruxellas, d. Mommaerté, 1588.

poesías castellanas anteriores al siglo xv, para servir de continuación á la publicada por D. Tomás Antonio Sánchez, Madrid, 1841, 4; y más tarde como apéndice á la reimpresión de la colección de Sánchez, que hizo Eugenio Ochoa en casa de Baudry, París, 1842, 8.) Pidal coloca estos poemas en la primera mitad del siglo xiii. Respecto á los poemas legendarios, el de «María Egipciaca» y el de la «Adoración de los santos Reyes Magos», me remito á lo que digo sobre su formación en mi ensayo acerca de la poesía de los romances; en cuanto á la materia, el último fué hecho sobre una prosa eclesiástica, y el primero es muy verosímil que lo fuera sobre un modelo francés (*Conte devot*), que no ha dejado de tener influencia hasta sobre su forma (1).

El poema de Apollonio de Tiro, que tiene por objeto la conocida leyenda que ocurre en casi todas las literaturas de la Edad Media (2), es indudable que está imitado en cuanto á la

(1) Así es que se encuentran en este poema, aun en las rimas, palabras formadas conforme al francés, p. ej., *genta, volonter, sage, genzor, domatge, argente, fer, tuerto, à riedro, conuerte, affer, tiesta, ostal, cuer* (por *corazón*, que se lee junto á él), *gentamiente*, etc. Además, á pesar de lo populares que son su ritmo y su rima, cosa notada por Pidal y puesta de relieve por mí, es innegable el esfuerzo que se nota por imitar los pareados cortos del original francés, mostrándose en éste, como en el poema del Cid, la lucha aún mal encubierta de las formas nacionales con las extranjeras.—Comp., por lo demás, sobre ambos poemas lo que dice Ticknor, I, p. 23-24.

(2) Comp. Grässe, *Die grossen Sagenkreise des Mittelalters* (Dresde, 1842, 8); Dunlop's, *Geschichte der Prosadichtungen. Aus den Engl. von F. Liebrecht* (Berlín, 1851 S. S. 35. ff. 463, 545. Anm. 81 und 81<sup>a</sup>) y sobre todo: Bäckström, *Svenska Folkbocker* (Stockholm, 1845. 8. D. P. S. 140-146, 177-183).—Svend Grundvig, *Danmarks gamle Folkeviser* (Kopenhague, 1856. 4. D. II. S. 464).—Wilkins, *Pericles prince of Tyre. A novel ed. by T. Mommsen. With... a few remarks on the latin romance of Apollonius of Tyre* (Oldenburg, 1857, 8).—Véase también: *Erotican de Ap. Tyr. fabulam ex cod. Paris. emendatus ed. et praefatiuncula, notulisque instr. J. Lapaupe*, en los *Erotici Scriptores ex nova rec. G. A. Hirschig* (París, 1856, 8, páginas 590-628).—Además Du Méril, *Floire et Blanche fleur*, introd., p. cxxi.—A esto hay que añadir: los manuscritos de la redacción latina de esta novela, pasados en silencio por Douce (*Illustrations of Shakspeare*, vol. II, pági-

forma y la materia de una «novela» francesa. Lo atestigua

nas 140-141) que posee la Biblioteca imperial, es á saber, fuera de los dos ya citados por el Prof. Meinert en la *Wiener Jahrbüchern. d. Lit* (Bd. XXII Anzbl. S. 63) *Cod. Univ.* 237 (pergamino, manuscrito del siglo XII); *Cod. Hist. Cod. Hist. prof.* 65 (pergamino, manuscrito del siglo XIV); *Cod. Hist. prof.* 94 (pergamino, manuscrito del siglo XII); *Cod. Eugen.* fol. 12 (pergamino, manuscrito del siglo XIV), y *Cod. Salisburg.* 33. B. (papel, manuscrito del siglo XV). También posee la Biblioteca de Viena la primera edición del mismo, muy rara, que falta en Ebert, y que Douce (l. c., p. 142) y Hain (*Repertor-bibliograph.* V. 1293) no han citado, según parece, por no haberla visto. No tiene hoja de título sino en la primera página este sobreescrito: *Incipit hystoria apollonij regis* y en la última *Et sic est finis*. Consta de 34 hojas, sin paginación, sin signatura ni guardas, está impresa con letras góticas muy imperfectas, y cada página tiene 22 líneas, con iniciales en colores, rojas y azules. Tiene muchas abreviaturas, y está llena de erratas que alteran el sentido, de omisiones y cambios de letras. De todo ello se saca que no fué impresa más tarde que 1470. El contenido y la expresión conforman en absoluto con la edición de Velsler (Augustae Vindel. 1595) aparte de un par de añadiduras insignificantes, la más importante de las cuales es que junto á los tres enigmas de Tharsiana que ocurren en la edición de Velsler, aquí se han impreso otros cuatro, resultando en junto siete (los mismos que cita el Prof. Meinert, l. c., página 63-64, fuera del segundo y octavo). La Biblioteca de Viena tiene un manuscrito de la redacción neo-griega en versos políticos (S. Lambecius. *Commen.* Lib. v, p. 548-549) y la siguiente edición impresa: *Ἀπολλώνιος* (28 hojas sin paginar con la signatura *ἀπλώ* a 2-a 14) y en la primera cara de la última hoja: *Stampato in Vinezia per Christophoro di Zanetti L'anno del signore, MDLIII, 4*. Conforman en absoluto con el manuscrito, sin más diferencia que la de que los versos finales que contienen el nombre del redactor ó copista griego, dicen así en nuestra impresión:

Ποίημα ἔνε ἀπὸ χειρὸς, Κωνσταντίνου τεμένω  
Γιαναμεμακαρίζουσιν, ἀπίτης ἀποθένω

Ambos son, sin embargo, paráfrasis métricas de la ya citada redacción latino en prosa. También de la traducción francesa de la misma posee nuestra Biblioteca un manuscrito en pergamino del siglo XV (*Cod. Eugen.* fol. 128): *Le Roman du noble Roi Apollonie*. Pero más notable que estas nuevas imitaciones es la novela caballeresca *Appolonius von Tyr landt* en rima alemana de nuestro compatriota el erudito médico vienés (*arzt von den puechen*, como él mismo se llama) Enrique de Nemenstadt (v. Hagen y Büsching. *Grundriss*, pag. 206, y Massmann, *Denkm*, pag. 10; á los ya citados pasajes añádase: W. C. Grimm, *Altdädische Heldenlieder, Balladen und Märchen*, Heildeberg, 1811, 8, pág. 470-473); Massmann considera al

la vestidura completamente caballeresca, lo atestiguan en las

manuscrito de Gotha de este poema como *único*; la Biblioteca de Viena posee, sin embargo, otros dos de él, á saber: *Cod. nov. 96* (ya citado en los *Diutiska* de Graff, tomo III, pág. 463, 120 hojas en dos columnas, con iniciales rojas, letras capitales dibujadas en rojo y algunos rasgos en colores, sin sobrescritos) y *Cod. rec. 2251* hojas, 103-240 (también en dos columnas, con un espacio vacío para las iniciales y sobrescritos en tinta rojizo-amarillenta); los dos son manuscritos en papel, en folio, del siglo xv (*Cod. nov. 96*, escrito en el año 1467); á ambos les falta al principio un par de hojas, y de ambos se ha arrancado un pedazo en la última hoja, de modo que no se puede restaurar el final. Por lo demás, concuerdan con los pasajes impresos del manuscrito de Gotha (v. Jacobs *Beiträge aus den Schätzen d. Goth. Bibl.* tomo II, 2, pág. 281). Debo aquí rectificar un error respecto á la época en que vivió el autor, pues hasta hoy se ha supuesto en general que nuestro Enrique vivió hacia 1400. De dos pasajes de su poema mismo resulta que vivía ya á fines del siglo XIII, y que la época de su vida debe colocarse en las primeras décadas del siglo XIV. Uno de estos pasajes es el epílogo del poema, impreso en la Biblioteca de novelas de Reichard, en que el autor dice que ha recibido el original *latino* (no se sabe por qué Koch, *Grundriss*, t. II, pág. 229, y Docen en el *Museum f. altd. Lit. u. Kunst.*, tomo I, pág. 172, supone un original italiano, sin fundamento alguno en el poema, y contra la expresa indicación del poeta) del «feliz párroco, señor Niklas de Stadlaw». Este Nicolás se nos presenta como párroco de Stadlau (*ad Sanctum Georgium in Stadelaw*) en documentos de los años 1297-1318 (v. Kirchl, *Topographie von Oesterreich*, tomo XI, pág. 171-172). El otro pasaje (*Cod. rec. 2251*, hoja 193 *recto*, p. 2, verso 7) es el siguiente:

*Dy weyle werte das veste  
Her pernhart von Krannen neste  
Enhat so vil weines nicht  
Als mir sein weinzurl gicht.*

Este Bernardo de Chrannest aparece como ciudadano de Viena, monedero y dueño de viñedos en Klosterneuburg, en documentos de los años 1304-1332 (v. Hanthaler, *Recens. Archivi Campilil*, tomo I, p. 272-273). Es indudable que la redacción latina sirvió de fundamento en general á esta novela caballeresca que compuso nuestro Enrique «á ruegos de una hermosa dama». (El *Cod. nov. 96*, nombra en su última página á esta hermosa dama: *...rdn der Edlen vesten Frauw... zu Vttendorff*, verosíblemente Wilbirgis de Huttendorff, á la que hallamos en un documento del año 1287, época que concuerda con las fechas precitadas. Véase Schweickhardt, *Darstellung des Erz. Oesterreich. u. d. E. Wien.*, 1831, tomo II, pág. 285) pero el poeta introduce una porción de aventuras caballerescas, que forman más de las dos terceras partes del conjunto, y que parecen ser

particularidades las desviaciones de la leyenda latina, las muchas palabras que ocurren imitadas del francés (1), y hasta la declaración expresa del anónimo autor, que dice en la estrofa primera:

«..... quería  
componer un romance de nueva maestría,  
del buen rey Apolonio de tiro natural»,

es decir, en estrofas alejandrinas monorimas de cuatro versos, de donde se puede sacar que esta forma, adoptada ya generalmente en el francés meridional y el septentrional en el siglo XIII para poemas dedicados á leyendas, fué introducida por este poeta en la poesía castellana, y que, por lo tanto, es más antigua que Gonzalo de Berceo y que Juan Lorenzo. Como ya lo ha hecho notar Pidal, tiene la más grande semejanza en cuanto al lenguaje, tono y colorido con el *Poema de Alejandro*, de Juan Lorenzo, y naturalmente debe deducirse, como veremos, que el *Poema de Alejandro* fué compuesto utilizando redacciones francesas de la misma leyenda. En todo caso hay que colocar el poema de Apolonio ya en la primera mitad del siglo XIII, y á él parece referirse la alusión á la «vieja canción» que se pone en boca del rey Alfonso X, y que Alonso de Fuentes y Garibay suponen provenir de este rey mismo (2).

Hace poco se ha hallado un notable fragmento de un poe-

---

de invención propia. Aquí Tharsia propone á su padre seis enigmas, sólo dos de los cuales son imitados de la conocida redacción latina. Comp. Hoffmann, v. Fallersleben, *Verzeichniss. d. altdl. Hss. d. K. K. Hofbibl zu Wien*. Leipzig, 1841, 8, V. LXVIII y LXIX, pág. 148-150.

(1) Ya en la poesía de los trovadores se hallan alusiones á esta leyenda, que pueden referirse á una novela de Apolonio compuesta naturalmente en verso ya en época muy temprana en lengua francesa del Norte ó del Sur (comp. Fauriel *Histoire de la poésie provençale*. París, 1846, t. III, páginas 486-487).

(2) Véase esta «vieja canción» ó este romance *Primavera y Flor de Romances...*, por F. J. Wolf y C. Hofmann; Berlín, 1856, 8, t. I, página 197-198. Compáranse también las notas que Pidal pone á su precitada edición de estos tres poemas en la *Revista de Madrid*, 3.<sup>a</sup> serie, t. V, páginas 8-10 (Madrid, 1843, 8.).

ma que debe también de pertenecer á principios ó á la primera mitad del siglo XIII y que ha sido editado por el marqués de Pidal bajo el título de: *Fragmento inédito de un poema castellano antiguo*. (Madrid, 1856, 16 páginas en 16.º) Como este folleto apenas ha entrado en circulación (yo se lo debo á la bondad del señor marqués) y es totalmente desconocido en Alemania, voy á poner aquí el fragmento, así como todo lo esencial de las observaciones de Pidal.

El fragmento fué hallado por D. Tomás Muñoz, archivero de la Real Academia de la Historia de Madrid, en la vuelta de un documento en pergamino del archivo de esta corporación, pergamino que contiene un regalo del abad Pedro, del claustro de Oña, á Miguel Dominici del año 1239 de la era española, esto es, el 1201. La anotación del poema ha debido de ser interrumpida repentinamente, porque falta la última palabra de la línea final.

Está escrito como si fuera prosa, sin división de versos. El señor marqués, dividiéndolo en líneas de versos, lo ha impreso en esta forma (1):

1. Se queredes oir lo que vos quiero decir,  
Dizré vos lo que vi yo e vos i quedo fablar.  
Un sabado exsient, domingo amanescient  
Ví una grant vision en mío leio dormient.
5. Eram' *asemeio*, que so un lenzuelo nuevo  
Yacía un cuerpo de un omme muerto,  
Ell alma esa fuera *tant* fuert mientras que plera,  
Ell alma esent esida, desnuda ca non vestida,  
A guisa *dun* ynfant, fazie duelo tangrant.
10. Tan gran duelo fazie, al cuerpo maldizie,  
Fazie un grant de duelo e maldizie al cuerpo,  
Al cuerpo dizo ell alma: de ti lievo mala fama,  
Tot siempre te maldizré, ca por ti penaré,  
Que nunca fecist cosa, que semeias hermosa.
15. Ni de nog de dia de lo que yo quería,

(1) Las letras y sílabas subrayadas han sido completadas por él, puesto que el pergamino ha sido cortado en un margen.

- Nunca fust' a altar por i buena oferda dar,  
 Ni diezmo ni primicia, ni buena penitencia:  
 Ni fecist oracion nunca de corazon.  
 Quando ivas all eglesia, si asentavaste á conseia.
20. Y facies tos consejos, e todos tos trebeios.  
 Apostol ni martir *non* quisist servir.  
 Jura por la tu tiesta que no curaries fiesta,  
 Nunca de ningun santo no *guardast* so disanto,  
 Mas not faran los santos aiuda, mas que á una bestia muda.
25. ¡Mezquino mal *fadado!* tan mal hora fuest nado,  
 Que tu fu tan rico, agora eres mezquino.  
 Di, ¿o son los *dineros* que tu mí... estero?  
 ¿O los tos moazaris et melequis,  
 Que solies mancar et a menude contar?
30. ¿O son los *palafrés*, que los quendes il los res  
 Te solien dar pora loseniar?  
 ¿Los cavallos corrientes, las espuelas *ferientes*,  
 Las mulas bien amblantes, asuveras trarricantes,  
 Los frenos esorados, los *pretales* dorados,
35. Las copas d'oro fino, con que veutes to vino?  
 ¿Do son tas vestimentas? ¿ó las tas guarnimentas  
 Que tu solies festir e tambien *rescevir*...

Es claro que esto es un fragmento de aquel poema tan común en la Edad Media en todos los idiomas acerca de *la lucha entre el alma y el cuerpo*. (*Dialogus inter corpus et animam* ó *Rixa animi et corporis*, v. Édélestand Du-Méril, *Poésies populaires latines antérieures au douzième siècle*, París, 1843, 8, pag. 217, mio. El Sr. Tomás Wright ha dado á conocer los más de ellos en sus *Latin Poems commonly attributed to Walter Mapes* (London, 1841, 4, pag. 95-106, y pag. 321-349), editados para la *Camden Society*, y á la vez nos ha dado reseñas de los restantes, entre los cuales la más antigua versión es la anglosajona del libro de Exeter, del siglo x. Pero la que más nos importa á nosotros es la anglo-normanda, dada á conocer por completo por el Sr. Wright y atribuida á principios del siglo xiii (l. c., pág. 321-333), pues concuerda tanto con ella el fragmento de la versión española, á las veces literalmente, que se puede considerar á ésta como una traducción de aquélla, al paso que se desvía de las latinas conocidas. ¿Puede haber algu-



na duda de que deba considerarse al anglo-normando como el original? Júzguese por los versos siguientes que corresponden á los españoles y que ponemos aquí por vía de comparación:

Un samedi par nuit, endormi en mun lit,  
*E vi en mun dormant une vision grant;*  
*Kar ce n'esteit viare, que de suz un suare*  
*Estoit couvert un cors e l'ame eisue fors.*  
*L'ame estoit essue, ce me ert vis tote nue;*  
 En guise d'un enfant, et faisoit dol mult grant,  
 De petite figure estoit la criature,  
 E estoit la chaitive tote verte comme chive  
*Del cors se complainoit, sovent le maldisoit*  
*«Cor» ce diseit l'alme, de toie port male fame;*  
 Mal los dirai de toi, je sai dire de quoi!  
*Kar una ne fis rien Ki me tornast a bien;*  
 Ne ne gardas ta fei vers Dou ne vers mei;  
 Ne une n'eus amor vers Du tu creator  
 Tu eus grant firté, dount jà n'auras santé,  
 Cum à l'idropicus, et cum il unques boit plus,  
 E il greinor sera, jà saoul ne sera!  
 Unques saol ne fas, touz tans voleies plus,  
 Cum tu plus avoies et tu plus conveiteis,  
 E che te faiseit riche tous tans qu'i doies vivre.  
 Ti per et ti veisin aloent à lor fin,  
 N'en avoies poor, einz parnoieis del lor,  
 Lor enfanz enplaidoies, et els deseritoies,  
 Par itel felenie creisseit ta mavautie,  
 E cum il plus creisseit et ton cor plus ardeit.  
*Chaitif maleurez, tan mar fustes vos nez!*  
 Dementens que fus vis unques Dé ne servis.  
 Par devant le morir, fust tens de lui sérvir,  
 Oras perdu ta vie et la grant mavautie;  
 Perdu as le tresor de l'argent et de l'or,  
 Toi meisme as perdu dolent et confondu:  
*Où sont ore li denier ki tant estoient chier,*  
*Que soleies munbrer et sovent aconter?*  
*Où sont ore li vainel qui tant estoient bel?*  
*Où les copes d'argent por metr'i le pigment?*  
*Où sont ore li ben mantel e li aurien tassel?*  
 Et le vaiers et les gris, et les porpre et lebis?  
*Où sunt li palefrei, que li conte et li rei*  
*Te soleient doner, por loseinge porter?*

Où sunt li bon destrer? Ne pues mais chevauchir,  
Remese en taponnée or gesras en la bière;  
Jà n'en leveras mais, tout i gesras pugnais.  
*Où sunt li vestemant, et li bon garnement?*

Hasta aquellos pasajes en que la versión española se separa de la anglo-normanda nos prueban que aquella es una especie de extracto, una traducción acortada y en cierto modo españolizada, manera de nacionalizar común en la Edad Media, sobre todo en las traducciones.

Por lo que hace referencia al lenguaje del fragmento español es, según Pidal, «del siglo XIII ó quizá algo anterior». Llama sobre todo la atención sobre las antiguas formas participiales: *exient, amanecient, dormient*, etc., mientras que ya en el Poema del Cid se introdujeron para expresar esa relación las formas de gerundio, como *lorando, catando*, etc. ¿Hemos de ver acaso aquí también influencia francesa?

Esta se nos presenta mucho más indudablemente en la versificación. El original francés está compuesto, lo mismo que el poema didáctico de Felipe de Than, del siglo XII, en pareados de seis sílabas (1). El poema español consta también de los mismos pareados, cuya medida, en general muy irregular, oscila entre seis, siete y ocho sílabas, aunque los versos eptasílabos son los predominantes, de tal modo, que Pidal ha tomado irreflexivamente éstos como la medida á que el autor procuraba ajustarse, puesto que se decide por la división de las líneas largas en versos cortos, y considera al poema como la obra popular de un juglar, obra destinada á ser cantada ante el pueblo (2).

(1) En la edición de Wright del poema de Felipe de Than (*Popular treatises on Science*, etc., 1841, 8), está impreso en general, como aquí, en versos largos; sin embargo de lo cual hay que dividirlo, según sus principios rítmicos, en versos de seis sílabas (com. *Diez Altromanische Sprachdenkmale*, pág. 129, y Du Méril, loc. cit., pág. 90).

(2) Como es importante conocer la opinión de un hombre tan entendido, voy á reproducir aquí sus palabras mismas (páginas 8 y 9): «Pero sea

Pero los versos de siete sílabas, según la medida española (la de los *versos llanos*, ó femeninos) corresponden á los de seis según la medida francesa (los de metro masculino, que con los femeninos pueden también tener siete sílabas), y el que ocurran tan frecuentemente en los poemas españoles los octosílabos, nos enseña que el oído acostumbrado á esta medida nacional al imitar lo extraño se dejaba arrastrar á las veces por el ritmo indígena. En una palabra, que lo mismo en este poema que en todos los ya citados, el del Cid, el de María Egipciaca, el de los tres Reyes Magos y el de Apolo- nio, se denuncia el esfuerzo por imitar el modelo extranjero, francés, el de *nueva maestría*, y, por otra parte, la involuntaria intrusión de la forma indígena; pero este poema es en este respecto doblemente notable, porque se puede probar con documentos la influencia que en él ejerció, lo mismo por lo

---

porque el trovador ó juglar que compuso estos versos tuviese más esmero que los demás de su profesión, ó porque le sirviese *de modelo la versificación de una composición francesa* sobre el mismo asunto, que tiene en todo grande analogía y semejanza con la española, como diré luego, lo cierto es que á la versificación de este fragmento le falta poco para estar arreglado á una medida fija. Si suponemos el verso largo con el consonante en el medio, el primer hemistiquio tiene generalmente siete sílabas, contando por dos el final agudo; y el segundo, aunque mucha menos regularidad, suele tener otras tantas; de lo que resulta un verso alejandrino imperfecto con el consonante ó asonante en el medio.

»Si, por el contrario, suponemos los versos cortos con la rima al final, resultará tener cada uno de ellos, por lo común, *siete* sílabas, aunque con las irregularidades propias del estado de rudeza en que se hallaba la versificación. Yo me inclino más á que son versos *cortos* con la rima *pareada*, porque tal era el metro que con preferencia usaban los juglares, según se ve en las Cantigas de Santa María Egipciaca y demás citadas, y en los de Berceo y del arcipreste de Hita. Y ya he dicho que en mi concepto este poema no era más que la forma juglar dada á la leyenda, como se infiere también de sus primeros versos en que el poeta habla con su auditorio, diciéndole:

«Si quieredes oír  
lo que vos quiero decir  
dizré vos lo que ví, etc.»

que dice al fondo que á la forma, la poesía francesa septentrional (1).

Por nadie ha sido aún puesta de relieve, ni mucho menos fundamentada mi opinión, acerca de la historia de la literatura nacional española; el cómo y por qué la poesía artística española, ya desde su comienzo siguió en su constitución formal á modelos franceses, y que aun en cuanto á la materia, recibió no poco de allende el Pirineo, si bien lo rehizo conforme á un modo privativo y propio.

Si se pregunta ahora por las causas de esta influencia, he de indicar que poco antes de que la poesía artística castellana entrara en su período de desenvolvimiento, en que el estado de la lengua hizo posible, y el de la sociedad provocó, la expresión literaria, en el curso del siglo XII, esto es, hacia fines del siglo precedente llegó á España y se estableció en ella tal muchedumbre de caballeros del Norte y del Sur de Francia, caballeros convocados por Alfonso VI de Castilla para la conquista de Toledo, que modificaron no poco con su influencia el lenguaje, la escritura y las costumbres (2). Así es como había en la ma-

---

(1) Hasta el mismo docto Dozy, aunque no puede menos de admitir el influjo de la poesía francesa meridional sobre la castellana, niega obstinadamente y por completo el de la septentrional (*qu'elle était entièrement inconnue en Castille et même en Aragon.*)—Aun después de esta nueva prueba...?

(2) Oigamos acerca de esto á un español, que por patriotismo no ha de exagerar esta influencia, el más reciente y más renombrado historiador de España, D. Modesto Lafuente (*Historia General de España*), Madrid, 1851, tomo V, páginas 308-309): «Desde que Alfonso VI tomó posesión de los reinos de León, Castilla y Galicia, fué más frecuente y más íntimo el trato entre asturianos, gallegos, leoneses, castellanos, vizcaínos y aun navarros, mayor la comunicación, y comercio de ideas y pensamientos entre sí. La fama de la empresa de Toledo trajo á España gentes y tropas de Gascuña, de Francia y de Alemania á militar bajo las banderas del rey de Castilla. Multitud de monjes y eclesiásticos franceses vinieron entonces á poblar nuestros monasterios y á regir las más insignes iglesias episcopales. Francesas eran las reinas, y con condes franceses enlazó Alfonso sus hijas. Concedió el rey amplios fueros y privilegios y establecimientos ventajosos á los francos y gascones, y á condes francos se encomendó la repoblación

por parte de las ciudades castellanas *barrios ó calles de francos*; en los *Fueros* se cita á menudo á los *francos* lo mismo que á los *moros* (por ejemplo, en un documento de Toledo del año 1103, se alude á un «*merino de illos francos*»); así también se decidió en el concilio de León de 1091, que ya no habrían de usarse en adelante en los escritos las letras góticas, sino la «letra galicana»; el mismo arzobispo que era entonces de Toledo, D. Bernardo, era un francés, y favorecía de todos modos la introducción de las costumbres francesas (1); por estos caballeros franceses se implantó por primera vez en España la caballería feudal cosmopolita, y los juglares franceses de su séquito traían consigo tanta leyenda (*chansons de geste*) como se mezcló con las mayores epopeyas, y los *clercs* tantos poemas y novelas de aventuras (*Dits et Romans d'aventures*). Finalmente, hay que tener también en cuenta el influjo que pudo tener la corte poética del rey de Navarra, Teobaldo IV, conde de Champaña, que residía tan cerca de la frontera española y que era él mismo uno de

---

de varias ciudades de Castilla. Con esto no sólo se alteró entonces la liturgia y disciplina eclesiástica, sino que hasta se mudó la forma material de escribir, adoptándose la letra francesa en lugar de la gótica, y copiándose los privilegios y documentos por pendolistas franceses. Así se introdujeron también en el idioma palabras franco latinas, que mezcladas con el lenguaje y dialectos vulgares de los diferentes países de España, produjeron el variado y complejo idioma que vemos aparecer ya formado y con cierta regularidad gramatical en el siglo XII, para irse perfeccionando y puliendo, según la reconquista y cultura avanzaban.»

(1) Comp. Marina: *Ensayo histórico sobre el origen y progreso de las lenguas señaladamente del romance castellano*, en el tomo IV de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, páginas 34-37. Acerca del influjo de los franceses y en especial del arzobispo D. Bernardo, dice así: «Todo se mudó y trastornó en España á influjo de los franceses, señaladamente del arzobispo de Toledo D. Bernardo. Los sagrados y venerables cánones de la iglesia de España, su liturgia y antigua disciplina, la política civil y eclesiástica, el orden en los oficios divinos, todo mudó de semblante: todo se alteró, sin excluir el arte de escribir; porque el emperador (Alfonso VII), á instancia de los francos, mandó se adoptara en el reino la letra galicana ó francesa en lugar de la gótica, mudanza que imposibilitando á los españoles la lección de sus antiguos Códigos, influyó mucho en la de la nueva lengua vulgar.»

los renombrados troveros. ¿Es, pues, de admirar que también la poesía artística castellana, precisamente en su origen, tan próximo á esta época, se acomodara á los invasores modelos? Queda, pues, resuelto el enigma de por qué abandonó las formas indígenas de la poesía popular, aún no utilizables para tales asuntos, y procuró imitar las extrañas tan ajustadas á ellos, lo cual consiguió tan mal en un principio, precisamente á causa de la heterogeneidad que entre ellas existía, que, como sucede en el poema del Cid, se introduce una duradera lucha de las formas indígenas con las forasteras que á menudo hace ininteligible el ritmo, si exceptuamos la división de los versos en dos (1). El que la poesía artística hubiera elegido para su asunto junto á materia extranjera ó de curso general en la Edad Media también materia patria, como el Cid y Fernán González, prueba la persistencia del elemento nacional y la influencia continuada de la poesía popular.

El poeta castellano más antiguo, cuya época y nombre podemos establecer con alguna certidumbre, es el eclesiástico secular Gonzalo de Berceo, que floreció á principios del siglo XIII (nacido hacia el año 1198, muerto el 1268) (2). Sus obras llenan todo el segundo tomo de la tan citada colección de Sánchez, y son suficientemente conocidas entre nosotros por extractos que nos ha dado Schubert (*Biblioteca castellana, portuguesa y proveazal*, tomo II, pág. 3-133) y algunas muestras en la *Floresta de rimas antiguas castellanas* (tomo II, núm. 372-378) de Böhl

---

(1) Estos puntos de vista expresé ya en mi reseña de la obra de Clarus en las *Blätt, f. lit., Unterhalt*, 1850, número 230) y la he repetido aquí casi literalmente; puntos de vista que han recibido del docto y perspicaz editor del *Poema del Cid*, el Sr. Damas Hinard (l. c., pág. XL, mío) no sólo completa aceptación, sino también explanación y aplicación más extensas (á las veces demasiado).

(2) V. Sánchez, l. c., tomo I, páginas 119-121; tomo II, pág. II y siguiente; tomo III, pág. XLIV y sig.—Bouterwek, que en esto también sigue á Sarmiento, descuidando al más docto y más enterado Sánchez, toma erróneamente á Berceo por un benedictino.

de Faber (1). Contienen loores y milagros de Nuestra Señora, leyendas de santos é imitaciones de la Biblia. En ellas se expresa la otra dirección épica de la Edad Media, la *mística-religiosa*, según tomaba cuerpo como *epopeya de la Iglesia* (2). El juicio de Bouterwek acerca del valor poético de ellas es muy poco favorable y hasta superficial y parcial al parecer. Han juzgado á este poeta en relación con su tiempo Schubert y Böhl de Faber, sobre todo este último, que juzga sus poemas en pocas palabras y con mucho juicio, diciendo (pág. 17, nota): «La cordial piedad de este poema, su sencillez infantil y su amable espíritu le hacen muy atractivo. No le faltan á la lisa y llana exposición expresiones poéticas, sobre todo en la introducción alegórica (á los *Milagros de Nuestra Señora* copla 1-46, impresos con el número 372 en la *Floresta*).» Los traductores españoles mismos se ponen de parte de su compatriota (nota G, páginas 118-122), enaltecido como poeta, durante toda la Edad Media, defendiéndolo del autor alemán (3).

(1) Los traductores españoles de Bouterwek (pág. 122), citan además de los poemas de Berceo, editados por Sánchez, otro manuscrito que se halla en la biblioteca real de Madrid *Sobre los sacrificios del antiguo y nuevo Testamento*: (¿no será acaso el editado bajo el nombre de *Del sacrificio de la misa?*) (\*)

(2) V. Rosenkranz: *Gesch. der deutschen Poesie im Mittelalter*, páginas 82 y 161.—Lo que este profundo erudito dice de la formación de la epopeya eclesiástica en la poesía alemana, es aplicable por completo á la española, y, en general, á todas las de los países occidentales.

(3) Clarus (obra citada, I, pág. 229 y sig.) da un muy buen análisis de la mayor parte de las obras de Gonzalo, juzgándole y comprendiéndole dentro del espíritu de su tiempo, con tanto más tino cuanto que Clarus mismo se pone en el punto de vista místico-católico. Y de hecho respecto á las poesías de Gonzalo, aparte de su importancia literario-histórica y lingüística, para apreciarlas estéticamente es preciso haber conservado el sentido de la ingenuidad creyente de aquel tiempo. Sus poesías se asemejan á un árbol de Navidad, lleno de encanto para un ánimo aun infantilmente creyente; pero que á quien no se halle en tal estado de ánimo le harán sonreír compasivamente ó hallar pesada y despreciable la ilusión piadosa.—Comp. en esto, como en todo, el sólido juicio de Luis Lemcke en el no-

(\*) Es exactamente la misma cosa.—(M. y P.)

Los poemas de Gonzalo están compuestos—con alguna que otra excepción—en estrofas alejandrinas monorrimas de cuatro versos, como el poema de Apolonio, en el cual, según se hizo ya notar, se llamaba todavía á esta forma *nueva maestría*, y por lo tanto había sido aplicada más pronto que en otros casos. A Gonzalo, como sacerdote, le estaba muy á la mano esta forma tan á menudo usada en la poesía eclesiástica popular de aquel tiempo, escrita en latín medio, y él mismo indica sus modelos al llamar á sus poemas, destinados no á ser cantados sino más bien á ser leídos y recitados, ya «prosa», usando el nombre eclesiástico, ya siguiendo á sus predecesores franceses (*dits, dictiés*) «decir» ó «dictado». Desde entonces hasta el fin del siglo xiv siguió siendo esta forma la predominante en todos los poemas largos narrativos ó didácticos de la poesía artística castellana. Remito á lo que he dicho respecto al origen, nombre y aplicación de esta forma, con singular referencia á la poesía artística castellana, en mi libro *Ueber die Lais* (Heidelberg, 1841, 8 páginas 257-258 y 304) y á Díez (*Altrom. Sprachdenkmale*, pág. 88) y á Du Méril (l. c., pág. 132).

No hay que admirarse por lo demás de que en los muchos y largos poemas de Gonzalo se interponga á las veces alguna licencia poética, v. gr., estrofas de cinco versos; en vez de la rima perfecta, simple *asonancia*, etc., mucho de lo cual, sin embargo, ha de ponerse á cuenta del descuidado copista y atribuirse á la expresión alterada. A las veces sostiene la misma rima en dos estrofas seguidas, y á las veces repite la última mitad ó todo el verso, alterando la colocación de las palabras de la estrofa precedente al principio de la que le sigue, sobre todo en el poema: *Duelo de la Virgen*, y no sin efecto poético *coplas capfinidas* de los provenzales: Sanchez, l. c., página 16.

---

table *Handbuch der span. Li.* (Leipzig, 1852, 8, Thl. I., s. 68). Ticknor (l. c., pág. 27-29) juzga las obras de Gonzalo desde un punto de vista sobriamente protestante. Acerca de las fuentes del mismo compárese lo que dice Clarus en el *Magazin für die. Lit. des Auslandes*, 1847, núm. 92.



Este poema, que en general tiene más arranque lírico que los restantes, ofrece además otra particularidad métrica, es á saber, que contiene una cántica de los judíos que guardaban la tumba del Redentor (en Sánchez, l. c., páginas 429-430 en Schubert, l. c., páginas 129-130) que está impresa en estrofas alejandrinas de dos líneas (1) y es lo probable que esté así en el manuscrito, pero que manifiestamente consta de versos más cortos, ajustados al canto en la intención del poeta con un estribillo que repite el coro, como podemos convencernos al punto si se divide la estrofa de esta manera:

Velat, aliama de los judíos,  
 Eya velar;  
 Que non vos furten el fijo de Dios,  
 Eya velar:  
 Cá furtárvoslo querran  
 Eya velar:  
 Andrés é Pedro é Johan,  
 Eya velar, etc.

Así conservamos versos efectivamente cantables, rimados en pareado (lo cual no es ninguna simple casualidad), con una especie de pie quebrado como estribillo; mientras que por el contrario todos los versos de este canto se cierran no sólo con la misma rima, sino hasta con las mismas palabras, y los alejandrinos, pesados é impropios para el canto, respondían mal al intento del poeta. Pero es además notable este canto en el respecto métrico porque nos procura una clara prueba de que ya Gonzalo se ejercitaba en el verso corto (2) y que, comparán-

(1) Sánchez mismo observa repetidamente que este canto no está compuesto en el mismo metro que las demás estrofas (l. c., t. I, pág. 121) y le llama una «especie de villancico, que parece formado como para cantarlo á manera de letanía, respondiendo el coro ¡eya velar!» (t. IV, pág. VIII-IX.) Ya su título «Cántica» ó «Cántiga» (probablemente según el manuscrito, puesto que Sánchez no ha notado esto) indica una composición destinada al canto. (Comp. Rodríguez de Castro, *Biblioteca esp.*, tom. II, pág. 632 a.)

(2) Sarmiento ha expuesto la sospecha de que Gonzalo hubiera compuesto en verso corto, en apoyo de lo cual cita la traducción española del

dolo con los mencionados poemas, acaso más antiguos, de santa María Egipciaca, de los tres Reyes Magos y de la lucha entre el alma y el cuerpo, nos muestran los versos pareados de seis á ocho sílabas como la forma más antigua de la expresión lírica en la poesía española, cosa que hasta hoy había pasado desatendida en la historia de la más antigua rítmica española, historia aún no suficientemente investigada y no poco importante sin duda (1).

También parecen pertenecer al mismo círculo de la epopeya eclesiástica los poemas de un anónimo de fines del xiii ó principios del siglo xiv, poemas que concuerdan con las obras de Gonzalo de Berceo en cuanto á la forma métrica y lingüística, si se ha de juzgar por lo que nos dice Sánchez (tomo i, páginas 116-119) que es todavía el único que ha dado noticia de ellos (2). Por este se ha dado á conocer entre los literatos españoles bajo el nombre de el *Beneficiado de Ubeda* y como autor de la *Vida de San Ildefonso y de santa María Magdalena*. No pudo ver Sánchez de la primera de estas leyendas más que un manuscrito que constaba de 505 versos escritos como prosa, también en estrofas alejandrinas de cuatro versos unidos por una

---

epitafio latino de Santa Oria, que es lo más probable sea de Gonzalo; considerándola como una estrofa de ocho versos octosílabos. Pero aparte de la suposición, tan sólo probable, de que fuera Gonzalo efectivamente el autor de esta traducción, es de todo punto caprichosa la división de Sarmiento, puesto que de esta manera cada estrofa alejandrina se resuelve en verso corto; Sánchez la ha impreso por lo tanto con razón como una estrofa de cuatro versos (l. c., t. ii, pág. 461, comp. *ibid.*, pág. 434). Por el canto citado arriba, que es indudablemente de Gonzalo de Berceo y está manifiestamente en verso corto, nos parece se justifica mejor la suposición de Sarmiento.

(1) Contribuciones muy estimables para esto nos ha dado Martínez de la Rosa en las doctrinales notas á su *Poética* (Obras literarias, París 1827, 8, t. i, sobre todo pág. 160, sig., donde desenvuelve atinadamente la influencia de la música y del canto en el origen y formación de los versos cortos.)

(2) *La Vida de San Ildefonso*, del Beneficiado de Ubeda, ha sido publicada por Janer en el tomo de *Poetas anteriores al siglo XV*, de la Biblioteca de Rivadeneira.—(M. y P.)

misma rima. Nos ha dado su principio y su fin, que voy á reproducir aquí, puesto que ni Schubert en sus extractos de Sánchez, ni Boutervek, ni los traductores de éste, han citado á este poeta. El principio dice así:

Si me ayudare Christo é la Virgen sagrada  
 Querria componer una faccion rimada  
 De un confesor que fizo vida honrada,  
 Que nació en Toledo en esa Cibdat nombrada.

Por la siguiente estrofa final se obtiene la única, aunque escasa, noticia del tiempo en que se compuso el poema, del estado que ocupaba su autor antes de componerlo, y de otras obras suyas completamente desconocidas:

Reynaba Don Alonso quando él lo ficiera,  
 Fijo de Don Sancho é de Doña Maria:  
 Estragaban los moros todo el Andalucia;  
 Pero si él quisiera consejo nos pornia.  
 Rogar á Jesu-Christo que nos quiera perdonar,  
 E nos traya aina a paraiso andar,  
 E los que sin él pugnan confonder,  
 Por ellos eche Dios el nuestro poder.  
 E él de la Magdalena ovo enante rimado  
 Al tiempo que de Ubeda era beneficiado:  
 Despues quando esto fizo vivia en otro estado.

*(Continuará.)*

FERNANDO WOLF

# LA PRENSA INTERNACIONAL

---

## SUMARIO

La nobleza italiana.—En Australia.—Los animales de Shakespeare.—  
—Crímenes de los enajenados.—Las extravagancias de nuestros pa-  
dres.

### La nobleza italiana.

**L**a nobleza italiana no es una clase social, sino un fenómeno de psicología patológica. Por curioso que pueda parecer este aforismo, está enteramente justificado por los hechos.

La aristocracia italiana no tiene poder social ni privilegios legales como la aristocracia inglesa. Salvo algunas excepciones, tampoco tiene justificación histórica en algún gran papel representado en lo antiguo como la aristocracia francesa. Por eso, no es ni un elemento útil ni un elemento decorativo en la sociedad italiana. Quizá sólo en el Piamonte es donde la nobleza es de origen militar, y tuvo en otros tiempos una participación importante en la vida social; la nobleza fué importada con posterioridad en las demás provincias, sobretudo en la Lombardía y en la Italia central, donde la Edad Media, es decir, la edad de oro de la nobleza, fué, por el contrario, una época de completa democracia. Por ejemplo, la aristocracia milanesa es en gran parte de origen español: son familias á quienes los reyes de España dieron algunos de los títulos que

abundaban en su patria y los cuales han conservado; sólo algunas familias, como los Visconti, tienen un origen que se remonta á la Edad Media y al feudalismo. La aristocracia florentina, los Corsini, los Torrigiani, los Perutti, compónese de las familias de los grandes mercaderes y de los más ricos banqueros de la Edad Media: su origen es de lo más burgués y de lo más tenderil que imaginarse puede. Sus antepasados iban con frecuencia á Tierra Santa. ¿A las Cruzadas? De ningún modo, sino para vender seda ó prestar dinero á interés, que precisamente era para esos perros de turcos: en resumen, iban á «la Cruzada del 20 por 100». La mayor parte de la aristocracia romana tampoco es de origen medioeval. Muchas familias que tuvieron la suerte de contar entre sus individuos un Papa fueron elevadas por éste á tal altura social, que pudieron mantenerse en ella largo tiempo: tales son los Borghese, cuyo origen villano se demuestra por su apellido mismo; tales también los Odescalchi, quienes en el siglo xv eran tejedores de seda de Como, en Lombardía. En la Italia meridional... ¡Oh! allí todo el mundo es noble, todo el mundo es por lo menos barón, cuando no conde, marqués ó duque: por eso es muy difícil saber qué familias pueden jactarse de una nobleza fundada en la Edad Media; cuáles fueron elevadas á la alcurnia de nobles por el gobierno español ó por los demás que le siguieron; y, por último, qué familias han ido á adquirir un condado ó un marquesado á las inmensas regiones de la imaginación.

En resumen, la nobleza fué una imitación en casi todas partes, y no un producto natural de la evolución social. Cuando durante los siglos xvi y xvii se establecieron gobiernos monárquicos y despóticos en toda Italia, esos gobiernos introdujeron los títulos, las distinciones nobiliarias y la jerarquía heráldica existentes en las monarquías militares producto del régimen feudal y de las cuales vivía aún el recuerdo en el país: á esos títulos se agregaron á veces privilegios, pero como todo esto no era un producto natural de nuestra historia, fácil fué destruirlo todo; por eso la aristocracia no tiene hoy

poder efectivo ni moral nacido de los recuerdos de un pasado glorioso. Lo que le queda es á veces una gran riqueza; porque los patrimonios más cuantiosos de Italia se encuentran aún casi todos en la aristocracia. Los Visconti de Modane en Milán los Odescalchi en Roma, los Sambuy en Turín, los Melvezzi en Bolonia, los Corsini en Florencia, los Rudini en Palermo, son en verdad extremadamente ricos, sobre todo si se compara su riqueza con la miseria general de la nación: la fantasía popular trata de suponer á bulto la cifra de sus patrimonios, que á veces adquieren una redondez enorme; pero, aun sin dar crédito á esas exageraciones, lo cierto es que aún tienen esas casas grandes riquezas, fruto de una acumulación secular.

Así, pues, parece que ya no debiera existir la aristocracia, no teniendo poder social ni moral; que esos títulos de conde, marqués, etc., sólo deberían considerarse como ridículas vanidades, y que, á lo sumo, en esas familias ricas pudiera existir el orgullo de sus riquezas. Nada de eso: si hay en el mundo un ente soberbio y envanecido de su alcurnia, es el noble italiano.

En efecto, el único privilegio que le queda es la creencia de ser superior á las otras clases sociales. No se atreve á sostener francamente la teoría de la *sangre azul* y de la superioridad congénita; pero en sus maneras, en sus ideas, y, sobre todo en la tendencia á vivir agrupados en pandillas de las cuales quedan casi excluidos los plebeyos, se trasluce esta inconfesa persuasión. El sentimiento de clase está muy vivo aún en la aristocracia italiana, siendo quizá la única que tiene en Italia un sentimiento colectivo, y eso constituye una fuerza que no debe despreciarse. Algunos escritores un poco cortesanos han visto en esa conciencia de clase un carácter de superioridad de la aristocracia sobre las clases media y obrera, pero es un error. La aristocracia puede tener sentimiento de clase, porque para ella ese sentimiento se injerta en uno de los más profundos y elementales del espíritu humano: la vanidad. Nada hay tan fácil como persuadir á un hombre de que

es superior á sus semejantes; la menor distinción, aun exterior, podrá servir de punto de partida para esa alucinación del amor propio. Para la aristocracia italiana basta con las palabrejas conde ó marqués antepuestas al nombre, aun cuando nada corresponda á ellas en la realidad. Añádase que siendo ricos muchos de esos nobles no tienen que luchar por la vida, ni que doblegar su orgullo bajo las necesidades de la existencia, humillantes á veces; nada impide, pues, el inflamiento progresivo de su personalidad, hasta la persuasión quimérica y extravagante de una superioridad innata. Habiendo cesado el poder, sólo queda una ilusión psíquica en virtud de la cual se suponen existentes aún las cualidades que eran un efecto del poder.

Por eso nuestra nobleza es, en general, en extremo ociosa. Para ella sería una deshonra el trabajar como todo el mundo. A lo sumo, los jóvenes se hacen militares por unos cuantos años: ingresan en caballería, que es el arma más *fashionable*; gastan allí mucho dinero, llegan al grado de capitán y toman el retiro. Algunos entran en la carrera diplomática, que les da un pretexto para ir á comerse sus rentas en las grandes capitales de ambos mundos; también algunos se hacen magistrados ó se dedican á la política, sobre todo en la Italia del Sur. Pero la gran mayoría sólo se ocupa en divertirse y en introducir en Italia novedades extranjeras: hoy por hoy, esa es su única función social. Esta conciencia de su superioridad, engendrada por la distinción puramente nominal del título, produce naturalmente la necesidad de distinguirse de la multitud, de no ser como todo el mundo; pero para encontrar alguna innovación original, necesitaríase por lo menos imaginación y trabajo; ¿no es más cómodo imitar lo que ya se halla en otros países? Así, en la *high-life* italiana nunca se habla el idioma patrio, sino en general el francés; dícenme también que ahora comienza á estar en moda el inglés. Es una costumbre que, en cierto modo, recuerda la usanza de ciertas tribus africanas, entre las cuales los nobles estropean las pa-

labras de todos los modos más caprichosos para no hablar como el pueblo. Tres ó cuatro años ha, para hacer una cosa diferente que todo el mundo, nuestros aristócratas pensaron en adoptar esa forma especial de coche que en Inglaterra se llama *cab*; y esos carruajes, que circulan á millares en las calles de Londres, llegaron á ser en Italia la señal de la más elevada distinción. También han importado de Inglaterra el *sport*, la pasión por las carreras de caballos, etc. Es verdaderamente divertido ver jóvenes millonarios que creen ser *chics* porque los caballos son su preocupación más importante. Sin embargo, en esto hay un fondo de utilidad, porque la aristocracia ejerce así una función de cosmopolitismo, aun cuando hasta desde ese punto de vista haya degenerado también ahora. Era mucho mejor hace un siglo: cuando la aristocracia lombarda, para distinguirse, se dedicó al estudio de las literaturas extranjeras, y dió á conocer en Italia todo el movimiento intelectual de la Enciclopedia.

La aristocracia italiana no es, pues, más que una clase rica; con ilusiones muy curiosas y dispensables acerca de la superioridad de su naturaleza. Claro es que para ella, como para todas las aristocracias, ha llegado la hora de la crisis económica: los patrimonios se subdividen, gracias á la abolición de los mayorazgos (*maggioraschi*) y pasan poco á poco á manos de la burguesía bursátil, usurera y especuladora. Pero esto se efectúa paulatinamente, familia por familia, sin adquirir la importancia de una crisis general de la aristocracia. Esta crisis general y rápida sólo puede observarse ahora en la aristocracia romana.

Por eso, en este momento, es la más interesante de estudiarse. La aristocracia romana estuvo de holgorio hasta 1870, en ese medio vicioso é ignorante que fué Roma desde el siglo XVI; pero en 1870 sobrevinieron importantes acontecimientos políticos, la caída del gobierno del Papa, la entrada del gobierno nacional en Roma. Esto fué para la aristocracia un suceso extraordinario, una revolución repentina, que tras-



tornó su existencia, que giraba desde siglos ha en la misma órbita de vicios y placeres. Una parte de la aristocracia se mantuvo fiel al Papa; recogióse en sus palacios como en señal de duelo, y aparentó ignorar que un nuevo rey había ido á habitar en el Quirinal, que Roma estaba invadida por una nueva aristocracia del dinero; cerró los ojos para no ver, quedóse aparte aguardando... Son familias tales como los Serlupi, los Massimo, de las que casi nunca hablan los periódicos, cuyo nombre aparece algunas veces en el *Osservatore romano* ó en otro de los periódicos clericales de Roma; familias poco conocidas, de ideas en extremo conservadoras, que han conservado su fuerza económica con una administración prudente de sus patrimonios, á pesar de la abolición de los mayorazgos. Mas para otra parte de la aristocracia romana, los acontecimientos de 1870 fueron lo que la salida del colegio es para un joven de veinte años, que se ve presa de una súbita necesidad de creer y de divertirse: sintió ensanchársele el horizonte, tuvo la fiebre de la novedad, lanzóse á ella ciegamente, y así se arruinó. Se hizo bolsista, lanzó al tempestuoso mar de las especulaciones sus patrimonios, á veces colosales, que naufragaron en él, y los astutos hombres de negocios que cual un enjambre invadieron á Roma después de 1870, recogieron los despojos. El príncipe Maffeo Sciarra se dedicó á la política, se hizo elegir diputado, ambicionó, según decían, que se le nombrase embajador en París, y fundó *La Tribuna*, que es hoy uno de los periódicos más poderosos y más ricos de Italia, pero que costó mucho dinero á su fundador; metióse en especulaciones de edificios para la construcción de la nueva Roma, protegió á los literatos y artistas; pero á la postre se halló con que casi había desaparecido su patrimonio. Poseía una asombrosa galería de cuadros antiguos y de extraordinario valor, pero imposible de venderse fuera de Roma por prohibirlo el edicto Pacca; nadie sabe cómo fué, pero el día menos pensado resultó que dichos cuadros fueron á parar desde el palacio del príncipe Sciarra á París; procesóse al príncipe,

y se le condenó á unos cuantos meses de cárcel y á una enorme multa de más de un millón de liras. Desde entonces no se ha vuelto á oír hablar más de él. Esa estrella, tan brillante en otro tiempo, se ha extinguido en el cielo de la aristocracia romana.

Tal fué también el destino de los barones Lazaroni, una familia en extremo rica, aun cuando de una nobleza menos antigua que la de los príncipes Sciarra. El barón Miguel Lazaroni había llegado á ser el hombre más popular de Roma á los veinticinco años de edad: proclamábasele como un genio, un ser maravilloso, superior; se aguardaba con impaciencia á que cumpliera treinta años para elegirle diputado por Roma; todos los romanos soñaban ya verle ministro... Entre tanto, era administrador de un increíble número de compañías mercantiles; fundó una casa de banca en París y en Londres, que no tenía clientes; presidía una sociedad metalúrgica con talleres en Liorna; era el gran maestro del *sport* en Roma, el hombre indispensable en toda empresa de cualquiera especie. Ambicionaba también la gloria literaria; escribía libros acerca de Cristóbal Colón; pintaba cuadros (no demos oídos á lo que los envidiosos dicen respecto al origen de esos lienzos); todo lo hacía, era apto para todo... ¿Qué, era en verdad un hombre de genio? No puede negarse que algunas veces tuvo ideas; pero era sobre todo un espíritu ligero, quimérico, mimado por la riqueza, por la adulación que saludaron á sus primeros ensayos; un mozo capaz de fundar una casa de banca como quien da un anillo á una bailarina; de una vanidad espantosa, cuyo triunfo, breve pero intenso, puede hacer comprender algo qué extraño medio es la Roma de hoy. El rey Humberto le dijo una vez que quisiera que se le asemejasen todos los jóvenes italianos. Pero, ¡ah! sobrevino el *crack* del Banco Romano; su tío, que era el cajero, fué detenido; también lo fué él, pero consiguió salir del negocio, aun cuando arruinado por completo, pues tuvo que ceder su patrimonio para garantizar á los acreedores del Banco. Después le formaron un proceso por estafa

en los negocios y se le condenó á un año de cárcel. ¡He aquí otro cuya carrera parecía que iba á ser la de César, pero que concluyó como Alcibiades! No puede decirse que no mereciese su suerte; pero la villanía cobarde de sus admiradores de los tiempos felices, que al verle caído se le echaron encima para asestarle el último golpe, logró hacerle casi simpático en su desgracia.

Ciertas familias, por el contrario, sin meterse tan por completo en la vida de la nueva Roma, y sin refugiarse tampoco en la sacristía de San Pedro, trataron de conciliar la Roma negra y la Roma azul, la monarquía piamentesa y la corte pontificia, la Iglesia y la Bolsa, las peregrinaciones á los pies del Papa y las especulaciones de todas clases. Pero, el ensayo no tuvo buen éxito. La familia que cayó víctima de esta curiosa experiencia histórica fué la de los príncipes Borghese, cuya inmensa fortuna se perdió casi por completo en las especulaciones de edificación de Roma: tuvieron que vender en pública subasta su palacio y todos los tesoros artísticos recogidos durante siglos, y retirarse á Turín, donde viven de una manera modesta, si se compara con el lujo verdaderamente regio de su vida anterior. Dícese que uno de los príncipes Borghese va á casarse con una hija del famoso archimillonario americano Vanderbilt: sería ciertamente otra prueba de vitalidad en nuestra aristocracia rancia si pudiera, sólo con el magnetismo de un blasón antiguo, atraerse los millones de la joven América.

Sólo el príncipe Odescalchi ha tenido buen éxito en esa política. El príncipe Odescalchi es un curioso tipo de hombre rico en extremo (dícese que posee ochenta millones de pesetas); ha sabido conservar su riqueza entre las tempestades que han estallado en Roma durante estos últimos cincuenta años: religioso, como todos los aristócratas de Roma, se halla en muy buenas relaciones con la curia pontificia y envía presentes al Papa; ambicioso y hombre de mundo, hubiera querido hacer carrera en política y se hizo elegir diputado. Pero,

en el Congreso no es un ultramontano, lo cual le hubiese indispuerto con la corte del rey y con la nueva Roma; ha encontrado una síntesis química de todos los medios dentro de los cuales crece, en un programa de socialismo cristiano, con lo que también pasa por un protector de los obreros. Naturalmente, su programa no es ni socialismo ni cristianismo, sino una mezcolanza á la vez ingeniosa é ingenua que tuvo un momento de buen éxito, para caer después en la indiferencia general. Naufragó en Roma en las últimas elecciones, y halló otro colegio electoral en Ascoli; pero dicen los envidiosos que en este último tuvo que hacer gasto de otra cosa diferente de los principios del socialismo cristiano.

Salvo esta excepción, es verdaderamente curioso advertir que, entre las familias nobles de Roma, las que han desertado de la antigua Roma católica y del Pontífice casi todas se han arruinado; mientras que las que han permanecido fieles á una y otro, han podido conservar su antigua posición. ¿Consiste en que, siendo la nobleza una clase cuyo origen se remonta á pasadas épocas, para vivir debe apartarse todo lo más posible de las novedades continuamente movedizas de las edades que pasan? Es posible. Si los lores ingleses frecuentasen mañana el *Royal Exchange*, serían derrotados por los zurupetos plebeyos, mucho más hábiles en ese juego. Pero los sacerdotes pueden ver en esas ruinas, en esas quiebras, sencillamente el dedo de Dios que castiga á los traidores á la religión y á sus jefes.

Esta tendencia á reconocer en la aristocracia una función por lo menos moral en la sociedad democrática, que la revolución de 1848 estableció, aparece muy clara en el Estatuto dado por Carlos Alberto al Piamonte y que luego llegó á ser el estatuto italiano, y en la conducta sucesiva del gobierno de Italia. El Estatuto decía, en el art. 79, que los títulos heráldicos se les conservarían á las familias que los tienen, y que el rey puede conferir otros nuevos. Después de 1860, queriendo el general Menabrea regularizar mejor esta materia, instituyó la *Consulta heráldica*, especie de Tribunal Supremo encar-

gado de inspeccionar los títulos nobiliarios, conservar la pureza de los blasones antiguos y vigilar la concesión de los nuevos blasones. La Consulta Heráldica debía ser, para la nueva aristocracia italiana que se iba á fundar, el sínodo supremo, una especie de censura rígida para impedir las manchas y las decadencias de este nuevo orden social que, con las revoluciones y en el nuevo Estado, tenía que representar un papel nuevo en el séquito de la monarquía, hecha popular.

Pero vinieron las dificultades rentísticas de 1866 á 1870, el curso forzoso de los billetes de Banco, el agotamiento de los recursos normales. Era entonces ministro de Hacienda el Sr. Sella, ese terrible ministro que sabía sacar dinero de los cantos de la calle, cuyo nombre casi ha concluido en Italia por simbolizar el grado sumo de ingenio y de crueldad rentísticos, que la emprende contra todo sin miramientos y contra todos á ciegas: pues bien; el Sr. Sella no tuvo escrúpulo de inventar un impuesto sobre el blasón, y fijó una cuota que pagar por cada título nobiliario dado por el rey. Esos derechos son muy altos, y hasta llegan á ser de muchas decenas de millares de liras para los títulos más elevados, como el de príncipe y el de duque. Así, al paso que por una parte se trataba de edificar de nuevo el castillo feudal y gótico de la nueva nobleza italiana, donde la corte y los nobles se reunirían para recibir el homenaje de la admiración cortés de los plebeyos trabajadores, un ministro burgués, el ministro más burgués de todos los ministros, el de Hacienda, pensó en colocar á la puerta un cobrador, encargado de vender á un precio muy alto billetes de entrada.

Las consecuencias fueron las que eran de esperar. Si en un principio se creyó que los títulos nobiliarios iban á ser la recompensa de méritos excepcionales; como el título de *lord* en Inglaterra, hubo que abandonar esta idea, según la política heráldico-hacendista del Sr. Sella. Costaba demasiado caro llegar á ser conde ó marqués, y hubo que contentarse con nombrar senadores á los hombres distinguidos que merecían

consideración al gobierno. Reserváronse los títulos heráldicos para todos los advenedizos enriquecidos, que en Italia, como en todas partes, suspiran por un título cualquiera que los distinga á los ojos del común de las gentes. De ese modo se han hecho condes y marqueses. ¡Cuántas tentativas y maniobras ingeniosas por parte de esos aspirantes á la nobleza, para realizar sus ensueños! Los hay que han hecho gastos fabulosos para recibir en sus *villas*, en sus castillos, al rey, á la reina, á los miembros de la familia real. Pero, como todas las grandes fortunas se han labrado en Italia con especulaciones con el Tesoro público, de las cuales el pueblo entero sufre hoy las espantosas consecuencias, de ahí resulta que los mayores ladrones del dinero público son quienes de esta manera se han visto elevados á los honores de esa nobleza bufa. Los títulos de la nobleza guerrera han servido para galardonar las piraterías de los filibusteros de la Bolsa de comercio.

He aquí la prueba más evidente de que la aristocracia italiana no es más que una mentira. Cuando una institución, cuya historia es gloriosa y cuya importancia fué tan grande en otro tiempo, se trueca en un recurso económico de las casi vacías arcas del Tesoro, esto equivale á decir que la institución está en camino de desaparecer. Así como la venta de los oficios públicos es el signo de las administraciones que se caen á pedazos, también la venta indirecta de los títulos nobiliarios es el signo de que la aristocracia italiana está en liquidación. La nación vende en pública subasta el poco prestigio que aún le queda. Basta una anécdota para demostrar cómo en el fondo se burla el país de toda esa comedia heráldica, á la que en las esferas oficiales se le concede cierta importancia. Cuando se dió la primera representación de la ópera *Falstaff*, indicaron los periódicos que el rey iba á nombrar marqués de Busseti á Verdi; pero éste remitió á escape al ministro de Instrucción pública un telegrama que, con frases muy políticas, venía á decir en último término: «Ruego á V. que no me juegue esa mala pasada.»

Advirtamos también, antes de concluir, que en estos últimos años de la fundación del reino se ha ensayado una curiosa tentativa de resucitar á nuestra aristocracia. Literatos hijos de la plebe, y halagados por las relaciones que consiguieron sostener con la aristocracia, comenzaron á celebrar á esta clase social como depositaria de todas las virtudes, como protectora de las artes y de las letras, como enemiga natural de la estupidez burguesa. En resumen; restauraron la teoría de la superioridad; diéronla un barniz científico con algunas ideas tomadas de las doctrinas modernas acerca de la herencia mal comprendidas; y se quejaron mucho de la carencia de una poderosa aristocracia en Italia. Uno de los mejores periódicos desde el punto de vista literario, *Il Mattino*, de Nápoles, dirigido por los Sres. Scarpogli y Serao, dos de los más distinguidos escritores italianos, está consagrado á defender una idea de esta especie, que pudiera definirse como un romanticismo histórico del peor género. Por otra parte, la corte ha hecho también esos ensayos de resurrección: el rey llama á su lado á nobles de todas las partes de Italia y da muestras de creer á esta clase social como la más identificada con la corte. En las relaciones cortesanas el título heráldico tuvo cierta importancia; y con esa pasión por los títulos, todos esos nombres fantásticos, buenos para estamparlos en las tarjetas de visita, adquirieron una apariencia de realidad.

La monarquía trató de dar importancia á lo que fué su séquito en toda la historia, la nobleza, apareciendo ante los ojos del pueblo rodeada por una turba de marqueses, condes, príncipes y duques; naturalmente, la nobleza prestóse con gusto á esos ensayos, y se consideró como la clase destinada á proteger á la monarquía y servir de intermediaria entre ella, la clase media y el pueblo. Pero esto no fué sino un sueño de la Edad Media, por el cual no se interesó ni pizca el pueblo. Hace cinco ó seis años, el Sr. Crispi pensó en prestarse amistosamente á esas tentativas de resurrección: nombró una *Consulta Heráldica*, compuesta de nobles y encargada de

comprobar los títulos nobiliarios de las familias aristocráticas y escribir el *Libro de oro* de las familias italianas. Sorprendió é hizo reír una idea de esa especie en el cerebro del Sr. Crispi; pero la risa trocóse en asco cuando se supo que los miembros de la *Consulta Heráldica* eran espléndidamente retribuidos por el Estado. Era un bromazo pesado eso de que los míseros campesinos de Sicilia tuviesen que aflojar sus céntimos para pagar el trabajo de estos millonarios á la búsqueda, en los archivos, de los documentos auténticos de la nobleza de las más grandes y más ricas familias italianas. Muchos creyeron que probablemente los mercachifles de Chicago ó de New-York no habrían aceptado de un pueblo tan pobre una propina, que hubiera debido ser humillante para aquella especie de hombres tan superior; sin embargo, los jueces supremos en materia heráldica comenzaron sus profundos estudios, y de vez en cuando publican alguna entreguita de su *Libro de oro*. He tenido en las manos una de esas entregas; y, sin saber por qué, al pasar la vista por ella, veníame con insistencia á la memoria el recuerdo del catálogo de las momias expuestas en el *British Museum*.

PROF. GUILLERMO FERRERO,  
de la *Revue des Revues*.

### En Australia.

El Sr. Max O'Rell comunica á la *Revue de Paris* algunas páginas llenas de ingenio y de apreciaciones exactas acerca de esta sucursal inglesa, que tiene un porvenir tan brillante como triste es su presente. Ese país de conejos y kanguroos, saludable entre todos, de un clima magnífico y admirables terrenos faltos de pobladores, parece ser que tiene cuanto se necesita para atraer á los emigrantes europeos. Y, sin embargo, no es así; puesto que en 8  $\frac{1}{4}$  millones de kilómetros cuadrados apenas hay 4 millones de habitantes, sin advertirse síntomas de que pronto mejore esa situación. ¿Cómo viven los



australianos, y cuáles son sus ocupaciones, sus goces y sus esperanzas para lo futuro?

Dice el Sr. O'Rell que la Australia puede dividirse en dos partes muy diferentes: las grandes ciudades, es decir, las capitales de las cuatro principales colonias, Sydney, Melbourne, Adelaida y Brisbane; y un centedar de ciudades pequeñas. En las primeras existe la sociedad colonial; en las segundas se ve al australiano típico, el roturador de la civilización inglesa.

Todas las ciudades pequeñas se asemejan. Ante todo, hay una calle principal que da asilo á todos los grandes edificios públicos y particulares, ayuntamiento, correo, tribunal, club, grandes almacenes, casas de banca, etc.; y además calles trasversales, con casas de planta baja y azotea. Los edificios públicos son muy grandiosos, y una ciudad de 2.300 habitantes tiene unas oficinas de correos ó unas casas consistoriales dignas de una ciudad de 50 á 60.000 almas en Europa. Cada una de esas pequeñas ciudades tiene un paseo público con los árboles más hermosos de las diferentes colonias, con magníficos invernaderos, con calles y caminos muy bien trazados y conservados. Los habitantes viven allí felices como nadie, con tanto mayor motivo, cuanto que nada perturba su sosiego. La llegada del tren es el acontecimiento del día, yendo durante él á la estación del ferrocarril, y por la noche al club. Se levantan tarde, se acuestan temprano, comen mucho y se satisfacen las necesidades artísticas oyendo tocar en un piano viejo, hecho una carraca, la *Oración de una Virgen* ó las *Campanillas azules de Escocia*.

En cuanto á la alimentación, parécese á la de Inglaterra. Comienza el día tomando gachas de avena, seguidas de vaca, carnero, legumbres, *plum pudding*, etc. A las siete de la mañana se toma te en la cama. A las ocho y media se desayuna con carne fría, chuletas ó bifeck; á las once, bizcocho seco y cerveza; á la una se almuerza y se bebe te; á las tres, otra vez te; á las seis se cena y se toma te; y á las nueve ó las diez una colación de pan y queso.

La mayoría de esas ciudades pequeñas están rodeadas por inmensas posesiones pertenecientes á *squatters*, cuyos padres las adquirieron por unas cuantas libras esterlinas. En la colonia de Queensland existe un *squatters* (criador de carneros) cuya propiedad ocupa una superficie igual á la de Inglaterra. Los propietarios no tienen empeño en deshacerse de sus inmensos territorios. Los nombres de esas ciudades son de lo más extravagante. Junto con Jerusalén, Jericó, Berlín, Saint-Armand, Montpellier, Richmond, etc., vense los de *Taratatakirikiki*, *Wooroomgorza* ó *Woolloomooloo*.

Sólo de nombre existe la dependencia de Inglaterra. La Australia tiene su Parlamento, adonde envía los diputados elegidos por la población; tiene sus leyes propias, recauda sus propios impuestos y proclama las leyes obligatorias para el país. Además, Australia no paga ningún tributo á Inglaterra; posee marina de guerra propia, soldados y funcionarios suyos. En resumen, sólo está nombrado por la reina el gobernador general, cuyas funciones consisten en acallar las rencillas, sostener una casa lujosa, dar bailes y veladas, y servir de lazo de unión entre la colonia é Inglaterra.

La constitución australiana, que se parece á la de Inglaterra, es mucho más liberal que la de América, donde el presidente es una especie de autócrata que reina fuera de los partidos, y, á pesar de ellos, despide á todos los funcionarios del Estado (comenzando por los ministros), y pone el *veto* siempre que se le antoja. Sin embargo, las perfecciones de la constitución australiana no impiden que el país sea explotado por los políticos sin vergüenza; pues allí, como en América, la política está en manos de los parlanchines é incapaces de nada bueno, quienes cobran 7.500 pesetas por tomar asiento en la Asamblea legislativa, y 25 á 40.000 pesetas por formar parte del ministerio. ¿Y las personas honradas? Les da asco el oficio de político, y se abstienen de embarcarse en esa galera.

En el fondo del alma australiana existe siempre la necesidad de una independencia absoluta, que ni siquiera pasa por

el vínculo formal que une la Australia con Inglaterra. Los políticos explotan, pues, ese sentimiento popular de la *Australia para los australianos*; pero, por otra parte, se arrodillan ante la reina para conseguir la cruz de la Orden de San Miguel y San Jorge, que les da el tratamiento de *Sir* y á sus mujeres el de *Lady*.

«El verdadero soberano de Australia, dice el autor, no es la reina, ni del gobierno nombrado por ella, ni los miembros del Parlamento, ni los ministros; el dueño absoluto de Australia es el obrero. Por desgracia, ese obrero no explota las riquezas de su país y al mismo tiempo impide á los demás aprovecharlas por su cuenta.

»El obrero australiano, aún peor que su compañero y hermano de Inglaterra, es un holgazán, un borracho, un devoto de San Lunes, un manirroto, que sólo piensa en divertirse, y no se interesa de ningún modo por la prosperidad de su país. Dejará los trabajos más lucrativos para ir á ver unas carreras de caballos á 100 kilómetros de su residencia. Su trabajo es puramente mercenario, una tarea ejecutada á salga lo que saliere. No ha hecho ningún aprendizaje serio, ni ha recibido instrucción técnica de ninguna clase. Es alternativamente carpintero, cerrajero, albañil, horticultor, viticultor, carretero, esquilador de ganado lanar, y en caso necesario, maestro de escuela: se declara en huelga, no por el propósito de ganar más, y con los ahorros establecerse como comerciante ó arrendatario, no: trata de ganar más, para gastar más. No es celoso en su trabajo, ni mucho menos se enorgullece de él. Cobra grandes salarios, los gasta en frivolidades, y al cabo del año se encuentra tan pelagatos como antes.

»En un país donde el gobierno vende el terreno á seis pesetas la hectárea, pagaderas en... diez años, todo hombre que posee algunos centenares de francos puede adquirir la independencia. Pues bien; los obreros no piensan en eso. Ellos, que fueron á la Australia á expensas de las sociedades de emigración, sólo piensan hoy en obligar al gobierno á que prohíba

la entrada á los demás emigrantes: no hacen falta más. La Australia es de ellos. ¿Y qué hacen? Vegetan en Sydney y en Melbourne, mientras el país á voz en grito pide brazos. Pero los brazos están cruzados en las grandes ciudades, ó empinan el codo en las tabernas. Los *squatters*, véanse obligados á dedicarse á la ganadería (sin poder muchas veces dar salida á sus productos), porque basta un hombre para guardar millones de carneros, mientras que para la agricultura se necesita mucha gente. Si la Australia estuviese poblada de agricultores inteligentes y laboriosos, podría ser el granero del universo. Acá y allá se ve una granja próspera, fundada y desarrollada en pocos años: es de un alemán ó de un sueco. Cerca de las ciudades, véanse á menudo huertos admirablemente cultivados. No hay ni una pulgada de terreno inculto. En un rincón de ese huerto se encuentra una choza ocupada por el chino paciente y laborioso, á quien el australiano desprecia, cuando mejor fuera que lo imitase. Ese buen chino es sobrio, se ocupa en trabajar y no se declara en huelga, tiene caballo y carro, y todos los años envía á su país el dinero que ahorra...»

Agreguemos que las criadas de servir ganan de ciento á ciento cincuenta pesetas al mes; pero, por un quítame esas pajas, abandonan á sus señoras, quejándose de su miseria. No olvidemos que el precio de una libra de carne sólo es de veinte céntimos de peseta, y el precio de los demás alimentos se encuentra en la misma proporción, y veremos lo que representan esas ciento á ciento cincuenta pesetas.

Los australianos son de un humor alegre y sociable; no son como los americanos del Este, descendientes de una raza triste y austera. Bajo un clima cálido y saludable, no tienen motivo para ser huraños; además de eso, tienen verdadera pasión por los placeres. No hay país ninguno donde el pueblo frecuente en tan gran número los teatros, los conciertos y los demás sitios de recreo; no hay sociedad en que se baile, se coma y se juegue tanto como en Australia. Las carreras de caballos forman su pasión dominante. Toda la población toma

parte en ellas, todo el mundo hace apuestas allí. El día de la *Melbourne-Cup*, el *Derby* australiano, es el día más solemne del año; ciérranse las casas de banca, suspéndese el comercio, y casi toda la Australia asiste á las carreras de la *Cup*.

Sigue en importancia el teatro, al cual son los australianos aficionados, hasta el punto de que cualquier artista está casi seguro de hacer allí su agosto. La señora Sarah Bernhardt, cosechó tantas guineas como aplausos, aun cuando los espectadores no conocen el francés lo suficiente para poder comprender y apreciar su estilo.

Los teatros australianos son ricos y lujosos, pero las obras que suelen representarse en ellos son de lo más pésimo que decir se puede. Las que se ponen en escena en las pequeñas ciudades son, sobre todo, melodramas larguísimos, terribles é inverosímiles.

«Estas obras son una serie de quince ó veinte cuadros, en cada uno de los cuales la heroína está á punto de sucumbir á las infernales maquinaciones de un miserable (el tradicional *traidor*), cuando el héroe, que se encuentra allí por casualidad, llega á tiempo de socorrerla. Telón rápido, respiro de los concurrentes, y vuelta á alzarse el telón. El *traidor* ha conseguido seducir á la *dama joven*, y anuncia que va á abandonarla.

—» ¡Te amo!— exclama la infeliz.

—» ¿Y á mí qué me importa eso?— responde el *traidor*.—  
¿Crees que puedo seguir teniendo relaciones con una criatura tan degradada como tú? ¡Vete, ó te mato!

»Pero el héroe está otra vez allí, por casualidad. Coge por su cuenta al *traidor*, quien, para hacer boca, ha matado al padre de la *dama joven*: el pobre padre no le había hecho nada, pero cuando se es *traidor* hay que sostener la reputación. El héroe se apodera del miserable, le pasa unas cuerdas al rededor de los brazos y le ata á una silla. El *traidor* podría largarse de allí llevándose consigo este mueble; pero acepta su situación como inevitable. No se menea del sitio, y aguarda.

No espera en vano. Apenas ha salido el héroe en busca de la policía, un amigo del *traidor*, que se encuentra allí por casualidad, le desata y le deja libre; pero, en el mismo momento en que va á salir, un amigo de la *dama joven*, que está allí por casualidad, vuelve á apoderarse del miserable y á pasarle las cuerdas al rededor de los brazos y á atarle á la silla. Ese amigo de la *dama joven* es muy forzado: por eso, el *traidor* y su cómplice se contentan con vigilar la operación sin chistar ni moverse, mirando lo que hace aquél.

»En el cuadro siguiente, la infeliz *dama joven* abandonada va errante por el país en busca de un asilo. Desfallecida, desplómase desmayada en el suelo. Llega el *traidor*, y la zarandeada, diciendo:

—»¡Siempre en pos de mis pasos! ¡Vale más concluir!

—»¡No me mates!—exclama la *dama joven*.

» Por fortuna, allí se encuentra un amigo, por casualidad...

»Al final del vigésimo cuadro, llega la policía á tiempo y se apodera del *traidor*. Y como no hay allí nadie por casualidad para libertarlo, acabóse la función.»

¡Cosa característica! Todos esos melodramas están firmados por los *grandes hombres del día*. La obra cuyo argumento hemos analizado lleva la firma del gran predicador inglés Spurgeon. Cuando Stanley regresó á Europa y su fama llenó el mundo, representábanse obras firmadas «H. Stanley». Inútil es decir que Stanley no tiene sobre su conciencia el menor de esos *melos*, y que no fué consultado acerca del nombre de autor puesto al frente de la obra.

### Los animales de Shakespeare.

En Francia, el amor á Shakespeare es contemporáneo del amor á la naturaleza. En el momento en que Rousseau ponía empeño en contemplar y estudiar la sublime decoración en la cual representa la humanidad su drama eterno, fué cuando la literatura francesa se preocupó del «gran salvaje» del otro lado del Canal de la Mancha. Pues bien; cátrate que hoy se niega á Shakespeare, además de tantas otras cosas (entre ellas la paternidad misma de sus obras), el menor sentimiento de la Naturaleza; y la *Quarterly Review* consagra á ese estudio crítico un artículo de respetables dimensiones, ferozmente documentado.

En otro tiempo, ingleses poco inclinados á la parcialidad en pro del autor de *Hamlet* lo habían juzgado de otro modo. El doctor Johnson decía que Shakespeare «era el poeta de la naturaleza, más que todos los demás escritores». En cuanto á Dryden, hacía constar que «para leer en la naturaleza, Shakespeare no necesitaba esos anteojos que se llaman libros». El colaborador anónimo de la *Quarterly Review* no discute esas apreciaciones, pero las explica. Según él, por la palabra *naturaleza* entendían el doctor Johnson y Dryden la *naturaleza humana*.

Los poetas que han amado, estudiado y comprendido la naturaleza, en el amplio sentido que se da hoy á esta expresión, son Chancer, Spencer, hasta Marlowe, aun cuando este último prefiere los animales raros y exóticos á la fauna que podía contemplar en torno suyo; pero no Shakespeare, que roba y saquea descaradamente á Gower, Chancer y Spencer, á Drayton, Bargas y Lyly, á Plinio, Ovidio, Virgilio y la Biblia. Toma de donde puede, conservando á cada animal el especial carácter que el convencionalismo le atribuye. Todos

sus ruiñeños se parecen; no hay ninguna diferencia entre sus palomas y sus alondras, entre sus buhos y sus cuervos. Su león es el de Plinio, león caballeresco y magnánimo; todos sus tigres provienen de Hircania. No son más que lugares comunes de historia natural.

Centenares de poetas han repetido unos tras otros los ridículos prejuicios de la antigüedad, los contrasentidos de las Escrituras, los absurdos de la Edad Media y las leyendas viejas ya en tiempo de Chancer. Porque en lo remoto del pasado un poeta dijo que un buitre devoraba el hígado de Prometeo, el buitre se ha visto condenado á devorar hígados por siempre jamas; el león ha seguido negándose á atacar al débil y queriendo combatir nada más que con un enemigo igual ó superior; el sapo, abstracción hecha de la piedra preciosa que contiene su cabeza, ha permanecido siendo un bicho odioso. El infernal buho y el fatal cuervo persisten en gozarse de las desventuras del hombre... y el cisne prevé siempre su última hora... Tal es la fama de los poetas.

Esta uniformidad desespera á nuestro crítico, quien recoge en todas partes, salvo quizá en el mismo Shakespeare, los ejemplos de esta fauna especial creada por los literatos para su propio uso: el pájaro del paraíso, que «no teniendo patas, duerme con las alas abiertas»; el puerco-espín, «que arroja sus pinchos contra sus agresores». ¿Por qué el pinzón y la mariposa tienen el monopolio de la alegría? ¿Por qué se condenan tan enérgicamente en el tigre los mismos actos que se admiran en el león? ¿Por qué acusar al buitre de lo que se le consiente al águila?

Pudieran multiplicarse hasta lo infinito los ejemplos de estas injusticias... Pero, en esa unanimidad se encontrará la prueba de la enorme influencia ejercida por Shakespeare en el pensamiento de Inglaterra; y, si seguimos más lejos, se reconocerán á cada instante las expresiones mismas del maestro. Se descubrirá que á ciertos animales se les olvida sin razón, mientras que á otros se les disfraza sin motivo aparente;



porque los poetas, tan benévolos en ocasiones, son á veces tan crueles... La razón de todo eso está en Shakespeare.

Pero, ¿en qué consiste (se preguntará) que si Shakespeare *ha tomado* de los demás su historia natural, lleva la responsabilidad de los errores cometidos por quienes le han seguido? ¡Cómo! Sencillamente, por ser Shakespeare. Su colosal personalidad ha absorbido en sí todo lo que se había dicho antes de él; y á los que han venido después les ha bastado que «Shakespeare lo dijo». ¿No se oye á cada instante repetir, para fijar un punto discutible: «Esto se encuenera en Shakespeare?» Poco importa que Shakespeare lo encontrase él mismo en William Browne. ¡La posteridad no conoce á William Browne!

Fácil fué la admiración mientras sólo se examinó en Shakespeare el estudio del corazón humano; pero cuando se llegó á analizar lo que había dicho respecto á la naturaleza, hubo que rebajar algo, por lo menos en nuestros días; porque hasta entonces los que se habían dedicado á esa investigación conocían los cuadrúpedos y las aves tan poco como el mismo Shakespeare los conoció. Sólo sus fanáticos se negaron á abrir los ojos á la luz y proclamaron, á pesar de todo, que la historia natural de Shakespeare era de una exactitud absoluta y resultado de su observación personal. En apoyo de su entusiasmo, citaban la célebre descripción del caballo ideal en *Venus y Adonis*. Eso no tiene más que una contra: que esta descripción está tomada de Burton, palabra por palabra; y afirma el autor que, si los críticos quieren tomarse el trabajo de leer dicha descripción en el original, la encontrarán cien veces superior al resumen dado de ella por Shakespeare.

También se ha hablado mucho de la colmena descrita en *Enrique V*:

«Así trabajan las abejas—esas criaturas que, por una ley de la naturaleza, enseñan—la ciencia del orden á un reino populoso.—Tienen un rey y oficiales de todas clases;—algunas, como magistrados, se quedan en casa;—otras, como mer-

caderes, atrévase á traficar fuera,—otras, como soldados, armadas con su aguijón,—saquean los aterciopelados botones del estío—y llevan á casa con alegre marcha lo que cogieron por botín,—hasta la regia tienda de su emperador,—quien, envuelto con el manto de su majestad, vigila—á los albañiles cantores que le construyen techos de oro...»

«Como poesía, nos dice el autor, ese pasaje es admirable; como descripción de una colmena es un puro absurdo, con un error de hecho en cada verso... No puede haber, por tanto, allí ninguna observación personal. Entonces, ¿cómo ha llegado el poeta á esa maravillosa concepción? Muy sencillo: tomándola del *Euphues*, de Lyly, donde se encontrará si se quiere tomarse el trabajo de leer, desde *una especie de pueblo hasta aliviando su espalda de tan pesados cargamentos*. A lo menos, ¿era original en Lyly? ¡Ni mucho menos! Es la descripción de la colmena tomada del cuarto libro de las *Geórgicas*...

»Alábase también á menudo la nomenclatura de los perros del *Rey Lear*, unida á la de *Macbeth*. Ningún libro acerca de los perros estaría completo sin estas dos citas. Ambas se encuentran en la *Vuelta del Parnaso*.

»Pero cuando por casualidad observa Shakespeare por sí mismo, tampoco es más afortunado. Tomemos como ejemplo el cuco, del cual se sirve constantemente. «El cuco no construye nido para sí.» Esto es verdad, pero no es original. «El gorrión de los setos alimentó por tanto tiempo al cuco, que los hijuelos de éste le comieron la cabeza.» En nuestros días, ningún cuco devoraría la cabeza de un gorrión, privándose así del único ser que le alimentaba. Lo mismo acontece con la comadreja, á quien Shakespeare nos pinta como una alimaña pendenciera y que vaga por la noche para comer los huevos de los corrales. Estas cualidades ó estos defectos se los atribuían los proverbios usuales á la sazón, diciendo «pendenciero como una comadreja» y llamándola «la comedora de huevos». En cuanto á sus costumbres de vagancia nocturna, jamás han existido.

»Volviendo á las abejas, escribe Shakespeare: «Mueren las abejas viejas, y las jóvenes toman posesión de su colmena.» Esto parece pura y simplemente una perogrullada. Pues bien: eso, que sería cierto para todos los animales, precisamente no lo es para las abejas. No hay generaciones de abejas: todas nacen de la misma madre. Poseen su colmena, no por sucesión hereditaria, sino por mutuo convenio; y cuando la colmena está demasiado poblada, parte de sus habitantes márchanse con una reina, para fundar en otro sitio una colonia.

»Pero la idea que Shakespeare se forma del zángano es todavía más extraordinaria. Dice Suffolk: «Los zánganos no chupan la sangre del águila, pero roban la miel de las colmenas de abejas» y en *Pericles* un pescador habla de los avaros como de «zánganos que despojan de su miel á las abejas» como si los zánganos fuesen insectos extraños que viniesen del exterior á saquear las colmenas. En otra parte encontramos: «Te seguiremos adonde nos conduzcas, como las abejas armadas de agujones, en los cálidos días del estío, *conducidas por su señor á los campos de flores.*» Este pasaje es ridículo, pero está en las *Furias* de Bargas.

»Shakespeare, muy lejos de ser un observador de la naturaleza animada, por el contrario, siempre mostró respecto á ella una curiosa indiferencia... Stradford del Avon, en su tiempo, estaba regado por numerosas corrientes de agua; sin embargo, ni una vez menciona al martín-pescador... En todos aquellos riachuelos, en todas aquellas charcas, no hay ni una nutria, ni una rata de agua, ni un pez que salte, ni una señorita, ni una chocha de agua, ni una garza real. Entonces, ¿qué ha observado? Nada más que la naturaleza inanimada... ¿Vió Shakespeare alguna vez el mar? Pues, en ese caso, ¿por qué no hay una gaviota en todas sus obras? En sus centenares de descripciones del mar, nunca se encuentra un ave sobre las olas...

»En sus obras hace mención de veinte especies de animales silvestres ingleses. Entre ellos, nómbrese cada uno

una vez, como término de injuria, el tejón, la nutria y la rata de agua. El veso y el erizo se emplean para el mismo uso, pero su descripción sólo llega hasta llamar al primero «bestia hedionda» y al segundo «erizado de pinchos». El lirón y el hurón se nombran también una vez, pero como epítetos, por *dormido* y *ferzoz*. Dos veces habla del topo, como ciego; una vez del gato montés, porque duerme de día. No conoce á la ardilla, sino como maestro de coches de las hadas. Al murciélago se le cita tres veces: las dos primeras, para atribuirle falsas cualidades; la tercera, para recordar que en sus alas cortan sus vestiduras los silfos de Titania.»

En materia de aves, Shakespeare sólo se ocupó de la paloma, del águila, del halcón, del avefría, de la alondra, del vencejo, del risueño, del petirrojo, de la golondrina, del cisne, de la tórtola y del reyezuelo. Todo lo relativo á la alondra lo ha tomado de sus predecesores: la alondra matutina (Lyly), la alondra audaz (William Browne), la alegre alondra (Spencer), la mensajera del día (Chaucer), la penetrante alondra (Spencer), el ave del estío (Spencer), el día afanoso, despierto por la alondra, la afanosa alondra, que despierta al día (Chester), etc., etc.

Respecto á la paloma, Shakespeare la hace emblema de la paciencia, de la modestia, de la bondad, de la dulzura, del amor maternal, de la inocencia, el bendito espíritu de la paz. Es blanca: blanca como la nieve, blanca como la plata. Si es una tórtola, se convierte en símbolo del amor, de la fidelidad de los amantes, de la constancia suprema y de la castidad; y cuando se halla separada de su amado, está inconsolable. Cualquiera que no hubiese perdido nunca de vista la iglesia de San Pablo podría decir otro tanto. Lo mismo respecto al ruiseñor: el de Shakespeare no es un ave, sino Filomena.

El gran poeta no varía tampoco respecto á los cuadrúpedos. Todo lo que puede afirmarse es que odiaba á los perros y á los gatos, «criaturas viles, indignas de existir». ¿No es extraordinario que Shakespeare no haya tenido nunca que decir

ni una palabra afectuosa acerca del perro, y que haya llegado á negarle hasta la fidelidad? Para explicar esta anomalía, se ha dicho que las Escrituras no hablaban nada bueno del perro; pero Inglaterra no es Palestina, y si hay en el mundo criatura á quien Shakespeare haya odiado con más violencia que al perro, es al judío. Tampoco tiene más generosidad con los gatos, animales «que no valen ni aun lo que la cuerda para ahorcarlos».

Por supuesto, en Shakespeare, la flora corre parejas con la fauna. Tampoco le preocupa desde este punto de vista la precisión. Nada cuida de lo que después de él se ha llamado el color local. Para una descripción de bosque, la palabra «árbol» le basta. Apenas si conoce el pino y la encina; de los demás, nunca ha oído hablar. ¡Cosa extraña! no hay mariposas en su sol, ni cigarras en sus prados, ni abejas en sus flores. Recuérdese el bosque de los Ardennes: en él no podría hacerse un ramo, allí no se oye cantar á un pájaro.

Y tal ha sido la influencia de Shakespeare sobre los poetas ingleses, que aún hoy viven «literariamente» los animales por la reputación que Shakespeare les forjó. Nunca se habla de las aves de rapiña, ni de los mamíferos de presa. Los reptiles siguen siendo abominables, los peces no valen la pena de que se les nombre, los insectos son «miseria». No hay aves canoras sino aquellas á quienes se les han extendido diploma; y el mono siempre es ridículo «por ser una caricatura del hombre». Las metáforas de Shakespeare son quienes han enseñado historia natural á todos los poetas de Inglaterra.

### Crímenes de los enajenados.

Por más que se atacan con vehemencia las tesis puestas de moda y defendidas con tanto ardor por César Lombroso, su teoría no cesa de ocupar al mundo. Combatida ó adoptada,

fertiliza siempre los cerebros de los médicos y de los criminalistas, ensanchando el horizonte de sus ideas y enseñándoles á ser sumamente circunspectos en la calificación de los delitos y de su responsabilidad. La mayoría de los sabios franceses son rebeldes á las conclusiones de la escuela italiana de la antropología criminal. No importa. Bajo la influencia del ingenioso italiano se observa de otra manera á los criminales, y sobre todo á los pretensos delincuentes, y se ponen en claro en sus actos esos motivos sorprendentes que han hecho una revolución en la ciencia de la psiquiatría.

El doctor Rouby, director de la casa de salud de Argel, declarándose adversario de la tesis de Lombroso, sin embargo, nos ofrece algunas observaciones de muchísimo interés (en los *Archives d'Anthropologie criminelle*), acerca de los criminales locos con apariencias de sana razón.

Aunque evitamos publicar observaciones que entran en el dominio de los estudios especiales, no queremos cerrar nuestras columnas á las conquistas de la psiquiatría, cuyos datos tienen el sabor de una novela y cuya importancia iguala á la de cualquiera ciencia social. Como el nerviosismo hace cada vez más estragos, forzosamente tiende á aumentar el número de los criminales locos con todo el aspecto de cuerdos. Por eso merecen vulgarizarse cada vez más los datos de la psiquiatría, la ciencia más sorprendente de todas. Por desgracia, tiende á llegar á ser hartamente grande el número de los *enfermos* que cometen actos más ó menos criminales, más ó menos enigmáticos, pero nocivos casi siempre. La difusión de esos hace casi necesario familiarizar á los profanos con esos estados morbosos, de los cuales son tan á menudo víctimas.

Por otra parte, el haberse apoderado los novelistas de este asunto, no conociéndolo sino de segunda mano, ha engendrado una serie de ideas falsas que no carece de utilidad el destruir. ¿Y qué medio más sencillo de conseguirlo, sino el de reemplazar las fantasías de los novelistas por las imparciales observaciones de los especialistas?

El doctor Rouby nos cuenta con extensión el caso de cinco enfermos atacados de manía *homicida*, que se le confiaron para su tratamiento. Presentan la particularidad de que quieren matar á personas á quienes aman ó debieran amar: dos de ellos quieren matar á sus hijos, otros dos á sus mujeres, y el quinto á su padre. Comencemos por el caso de una infeliz madre, que tiene decidido empeño en cortar el cuello á sus queridos hijitos, á quienes ama por encima de todo.

La lucidez de esta enferma es completa: sólo una idea falsa la asedia, y es la del homicidio; fuera de esta idea, nada deja que desear su lucidez.

¿Cómo se le ha ocurrido esa idea? Casada desde cinco años ha con un hombre que la hace feliz, tiene tres hijos, amamantados por ella misma. Sin embargo, tuvo que interrumpir al cabo de cierto tiempo la lactancia del tercero, á causa de una debilidad general que la sobrevino de pronto. Entonces principia la enfermedad. Oigamos al doctor Rouby:

«La señora X..., tiene impulsos de coger un cuchillo para matar á sus hijos; ese impulso es más fuerte y le parece irresistible cuando ve un instrumento cortante (cuchillo, azada, podadera). Cree oír dentro de ella que alguien le dice: «¡Hazlo, pero hazlo!» ó bien: «¡Coge el cuchillo!»

»Este impulso, que al principio era poco fuerte, va en aumento y adquiere proporciones tales, que, sintiendo que no podrá resistirlo, confía sus hijos á su suegra para no verlos y evitar así la tentación.

»Al cabo de quince días va á buscarlos y llevárselos otra vez á su casa, sintiéndose más fuerte contra la tentación. Dice no existir ya el impulso; la idea sí, pero atenuada; y puede quedarse á solas con ellos sin que corran peligro. De vez en cuando, si tiene que servirse de un cuchillo, vuelve el impulso, está inquieta, no se atreve á coger el instrumento; y, para no tener más tentaciones, saca de la habitación á sus hijos.

»Cuando los abandona durante algunas horas, vuelve la

idea á acometerla. «Mientras dura el viaje, dice, paréceme que voy á ejecutar mi proyecto; veo el cuchillo de antemano, veo cómo voy á servirme de él; pero, al entrar en casa, los beso llorando, me desconsuelo; y, si mi marido no está allí para defenderlos, los saco á la puerta y llamo á alguien».

»Cuando los niños no están junto á ella, se ocupa en el huerto y le dan ganas de herirlos con un instrumento de jardinería, por ejemplo, un azadón pequeño: los ve tendidos ante sí como muertos, y le parece que al clavar el instrumento en la tierra lo hunde en el cuerpo de sus pequeñuelos. También siente impulsos homicidas contra su marido: si está detrás de él, siéntese impulsada á herirle con la herramienta detrás de la cabeza, mientras la tiene baja. A veces ha sido tan fuerte el impulso, que se ha visto obligada á marcharse de allí.

»Todas sus ideas no tienen más que un solo objetivo, asesinar; ninguna otra le interesa ni ocupa su pensamiento; desde la mañana á la noche y la noche á la mañana, la misma idea asalta á su cerebro; no atribuye esa idea á nadie, ni á Dios, ni al diablo.

»Cuando está en la cama, duerme con un sueño profundísimo hasta el amanecer; no recuerda sus ensueños, y no sabe si los ha tenido; apenas despierta, siente apoderarse de ella otra vez la idea impulsiva.

»Hemos visto que es variable el grado de fuerza de la enfermedad: es una idea, un impulso, una tentación; en este último grado, pueden ser víctimas de un parricidio los hijos de la señora X.

»Desde el momento en que quiere matarlos, creeríase que tiene contra ellos un odio violento ó un delirio de persecución. Nada de eso: la señora X. adora á su familia, cuida admirablemente á sus hijos, no deja que carezcan de nada, y se desesperaría si les acaeciese un accidente ó una enfermedad. Los besa, los acaricia, los ama, al mismo tiempo que quiere asesinarlos. Derramando abundantes lágrimas, me cuenta su horrible tentación.



»¡Yo, que tanto los amo, quiero matarlos! —me dice.—  
¡Caballero, libreme V. de esta tentación!»

»La presentan su último hijo: le colma de lágrimas y besos, á la vez que siente el impulso homicida. Tiene miedo, si los hiriese, de no hacerlos morir de una vez, de hacerlos sufrir; esta idea la hace vacilar en cometer el acto.

»La idea homicida está localizada en un instrumento cortante, cuchillo, puñal, hacha. Nunca se le ha ocurrido la idea de matar á sus hijos á palos, rompiéndoles la cabeza con un cuchillo, ahogándolos, estrangulándolos. No: *su único deseo es clavarles una hoja de acero en el pecho y ver correr su sangre; tiene horror á los demás medios de homicidio*: cuando le hablo de eso, hago que se le pongan los pelos de punta; pero dice que sentiría un goce infinito, un inmenso alivio, si pudiera meterles un cuchillo en el pecho. Si otra persona ó un animal quisiesen herirlos, morderlos, hacerlos daño, se precipitaría para defenderlos y daría por ellos su vida.»

Pues bien; según hemos dicho, fuera de esta idea, la señora X. está perfectamente sana. Habla de todo con muy buen sentido; y á quien no se halle impuesto acerca del estado de su alma, le sería imposible imaginar los sufrimientos de esa pobre señora y comprender cómo está constantemente á punto de cometer un crimen.

Añadamos que parece ser víctima de una especie de herencia patológica por la línea materna, en la cual hay varios parientes atacados de enfermedades del sistema nervioso. Supongamos ahora que esa mujer cometa un crimen. ¿Que actitud tomarán respecto á ella la opinión pública y los tribunales de justicia?

Pongamos otro ejemplo. Se trata de un hombre robusto, de buena posición, casado, feliz en su matrimonio. Lleva una vida tranquila y dichosa, hasta el año 1891. En esa época sobreviene en su familia un terrible acontecimiento, que, hiriendo al Sr. Z. en sus afecciones, provoca al mismo tiempo una pérdida de equilibrio en su cerebro.

Su cuñado, en un acceso de embriaguez, mató á su mujer, que era hermana de Z. Este último tuvo por ello violentísimo pesar. El matador fué condenado á dos años de prisión; y, cumplida la condena, regresó al país.—Z., que tenía pesadillas durante todo el tiempo del proceso y amenazaba con tomarse la justicia por su mano, sintió una ira tremenda al volver á verle. La esposa de Z. escondió todas las armas, por miedo de que se cometiese otro delito.

A la postre, el asesino, después de vender sus haciendas, abandonó el país y no se le volvió á ver más. Parece natural que debieran calmarse los deseos de venganza de Z. Así fué, en realidad: ya no pensó en su cuñado, pero hubo de acontecerle una cosa rara, extraña.

La idea del homicidio que por tanto tiempo le había asediado, transportóse del objeto de su odio al de su amor más tierno y acendrado: contra su propia hija, una niña pequeña. Sus anteriores ideas tenían razón de ser; sus ideas actuales eran ya las de un loco. Véase el estado de ánimo de Z., tal como lo describe el doctor Rouby:

«Este sentimiento no va acompañado de odio, antes por el contrario, el Sr. Z., adora á su hija, la mima, no quisiera que la sucediese ningún accidente, le llenaría de desesperación si la atacase alguna enfermedad: pero quiere matarla. Se inquieta por el porvenir de ella, trabaja para reunirla una bonita dote, quiere dejarla después de su muerte una buena fortuna: obra en consonancia con esto, pero quiere hacerla morir.

»Esta idea le apesadumbra, y vierte lágrimas amargas; en sus crisis de desesperación, arráncase los cabellos al pensar que puede ser autor de la muerte de su hija.

»Durante una noche de insomnio, como tantas otras que pasa, el Sr. Z. armóse con un cuchillo, dispuesto á herir á su hija; esa imagen se le grabó en la memoria, y dice que ahora hay algo en él que dice: «¡Mátala, mátala!» Unas veces puede vencer á la tentación, pero otras es irresistible: ese impulso es demasiado fuerte. Entonces despierta á su mujer, exclamando:

mando: «¡Llévate la niña, pronto, á escape!» Cuando ya no está su hija allí, se tranquiliza; pero, siempre persiste la idea. Llevan la niña á casa de un pariente, al otro extremo del pueblo; todo el día se lo pasa en mirar desde lejos á su hijita cómo juega con criaturas de su edad; llora al no poder besarla y estrecharla entre sus brazos; luego, al ver á la niña, despiértase en él de nuevo la idea homicida, vuelve el impulso, y ese padre busca en los bolsillos una navaja para herir con ella á su hija. En varias ocasiones, y á petición de él mismo, para evitar una desgracia, hubo que llevar lejos á la niña, á casa de unos parientes; pero, así que se veía privado de su vista durante dos ó tres semanas, hacíale sufrir la ausencia, y acompañado por su señora iba con el más vivo deseo de besar á su hija; y aun entonces, según dice, le daba miedo de verse impelido por el deseo de asesinarla.»

Un síntoma mucho más extraño acaba de manifestarse en este enfermo. Privado de ver á su hija por espacio de varias semanas, cambia de nuevo de objetivo su idea homicida, y un día declara á su mujer que tiene muchas ganas de matarla. Esto no duró más que veinticuatro horas, pues la idea fija de matar á su niña volvió con la misma violencia de un deseo apasionado. El Sr. Z. se esconde, abandona sus ocupaciones, llora y sólo siente algún alivio cuando viaja. De buena gana sería vagabundo.

Pues bien; no cabe duda de que Z., considerado ahora como loco, lo estaba ya en el momento en que quería matar á su cuñado. Pero, de efectuar este delito, lo cierto es que el infeliz loco hubiera sido procesado y condenado, quedando deshonrada su familia y perturbada hondamente la vida de su hija.

Veamos otro maniático. El Sr. V., funcionario, cumple admirablemente los deberes de su cargo, y á sus conocidos les asombraría mucho saber que no es sino un loco peligroso. A consecuencia de ciertos trastornos orgánicos, que sería inútil enumerar aquí, sus ideas tomaron un sesgo muy extraño.

Rabioso contra los prusianos desde la guerra de 1870, tie-

ne frenético deseo de destruirlos. Durante las noches de insomnio, se ve con el fusil al hombro disparando contra los enemigos, derribándolos uno á uno, haciendo hecatombes de soldados, experimentando un gran regocijo con la sangre que ve correr. Se duerme prosiguiendo su ensueño de carnicería y de muerte: *desde hace veinte años*, siempre ha tenido con la imaginación las armas en la mano, fusilando ó acuchillando á los enemigos de la patria.

Diez años ha que está casado. Su mujer, sencilla, modesta, quiere mucho á su marido; es una esposa modelo, que sólo piensa en su felicidad conyugal y en sus tres hijos. De pronto, las ideas de matar prusianos, ideas que asediaban las noches del Sr. V., vense reemplazadas por la idea de matar á su mujer.

Se ve con un cuchillo en la mano, persiguiéndola en un aposento y clavándolo contra el entarimado del piso; ó con el dedo en el gatillo de la escopeta, apuntándola en un rincón del jardín. Durante la noche, no le abandonan estas dos formas de imágenes. Después, poco á poco, la idea fugaz se transforma en idea fija. Ahora oye una voz dentro de él que dice: «¡Mátala, mátala!» Nos dice que no es una alucinación propiamente dicha; no es una voz extraña que le habla, sino una cosa interior que no puede explicar. Durante el día, aún es dueño de su voluntad, aparta la idea fija y la combate; pero de noche es más débil, apenas resiste. A veces se desconsuela al pensar en ese asesinato; llora de antemano á su esposa, hace su panegirico, quisiera poder defenderse de los celos y de la venganza; torna á amar á su mujer. Pero bien pronto le asalta de nuevo con más brío la idea fija, siente disminuirse la fuerza de resistencia, comprende que el impulso va á vencer á su voluntad de resistirse y que va á cometer un crimen.

Al leer la descripción de estas locuras, nos parece volver á leer las páginas de Dostoyowski, quien tenía marcada prelidección por los enajenados propensos al homicidio. Sin embargo, nada iguala á la naturaleza; y las copias que de ella

nos presentan los novelistas, nunca llegan á la profundidad trágica de esas fantasías fúnebres.

### Las extravagancias de nuestros padres.

Ladi Cook ha consagrado un interesante estudio á las costumbres especiales de todos los tiempos y países. Después de examinar las más curiosas particularidades de los pueblos que ya han desaparecido y de las razas primitivas existentes aún, el autor nos refiere en la *Westminster Review* ciertos rasgos característicos de las sociedades inglesa y francesa en tiempos no lejanos.

En primer término, da un vistazo á la nobleza inglesa, tan ardientemente combatida hoy. La actual aristocracia de Inglaterra tiene remotísimas relaciones con su predecesora. La dinastía de los Tudor ha visto nacer nuevos nobles, hijos de los burgueses industriales y comerciantes, destinados á reemplazar á los antiguos Plantagenet. En la Cámara de los Lores de 1894 sólo hay dos ducados anteriores al reinado de Carlos II: uno es del tiempo Ricardo III y el otro del de Eduardo VI. Entre los marquesados, uno solo se remonta al siglo XVI; ninguno de los demás es más antiguo del siglo XVIII. Por último, los condados, en número de 129, tienen por decanos á uno del siglo XV y otro del XVI. De las 300 baronías, sólo 12 tienen un origen anterior al siglo XVII. Han desaparecido por completo los descendientes de los conquistadores primitivos, hasta los de los cruzados.

El tiempo, tan cruel para la aristocracia inglesa, tampoco ha perdonado á sus tradiciones y costumbres. En cambio, las del pueblo se han sostenido fielmente hasta nuestros días. El pueblo inglés ha sido siempre muy poco propenso á las mu-

danzas : las novedades le parecen muy peligrosas. Hasta las hortalizas nuevas han sido á veces tenidas y tratadas como precursoras de desastres. En la época de los Estuardos, solíase gritar : « ¡Ni papas, ni Papas ; no queremos patatas, ni papismo ! » Jacobo I era de parecer que las mujeres de provincias no debían ir á Londres. « Si son solteras, decía, perderán su casamiento ; y si son casadas, perderán su reputación. » Conducir agua por tuberías considerábase como un robo en perjuicio del público.

Stow afirmaba que las novedades en arquitectura atraían el castigo divino. Un rico labrador exclamaba : « Dios ha hecho el estilo antiguo, y el hombre ha hecho el nuevo. » En nuestros mismos días, un canadiense, al ver á un buque de vapor ir contra la corriente, decía con amargura : « ¿ Permitirá todo esto Dios bendito ? »

Una odiosa costumbre, á la cual no hemos aludido hasta ahora, era la de la corrupción. Es muy antigua : Satanás corrompió á Eva ; y á Eva le pareció eso también, que á su vez corrompió á Adán. En Inglaterra, todo el mundo era corruptor ó corrompido. Los jueces y los *sheriffs* vendían sus fallos. Las mujeres de los personajes convertían en moneda contante su influencia, y lo mismo las mujeres de los obispos. Los miembros del jurado y los del Parlamento solicitaban descaradamente ser comprados. Sir Thomas Cook, gobernador de la Compañía de las Indias inglesas, compró en un solo año miembros de la Cámara por valor de 167.000 libras esterlinas (4.175.000 pesetas). En cuanto á sir John Bennett, magistrado del Tribunal Supremo, no sólo aceptaba dinero del demandante y del demandado á la vez, sino que llevaba el cinismo hasta reclamarlo con el mayor descaro. En 1621 hubo que exhonorar al lord Canciller ; dos años después fué encarcelado el lord Tesorero.

Los alcaldes y las corporaciones municipales se vendían, con la misma poquísima vergüenza : en 1581, la ciudad de Lynn hizo regalos por valor de 68 libras esterlinas para obte-

ner 100 libras con objeto de conservar su puesto. En 1695, el Speaker de la Cámara de los Comunes (Presidente del Congreso de los diputados), tuvo que plantear él mismo la cuestión de saber si sería expulsado. Un proyecto de ley asegurando á los huérfanos pobres de los *Freemen* de Londres el goce de sus rentas (es decir, restituyéndoles el dinero que les pertenecía), sólo se aprobó mediante gratificaciones dadas á todos los diputados: al Presidente le correspondieron mil guineas. Cuando Jeffries deportó como esclavos á las Indias occidentales á los rebeldes de Sedgemoor, la reina y sus damas de honor recibieron gran número de ellos como regalo. Latimer predicaba acerca del texto, «á todo el mundo le gustan las propinas», diciendo: «La corrupción es una forma principal del robo. Los ricos las pagarán para que se sentencie contra los pobres ó para que se sobresean sus propias causas...»

Sin embargo, no todos los presentes eran en dinero. «Sir Philipp Sidney regaló á la reina Isabel una camisa de batista, con el cuello y las mangas guarnecidas de seda negra y adornadas con una randa de fino encaje.» El azúcar y los dulces eran regalo de moda. El deán y el cabildo de Salisbury, que tenían un proceso ante el juez Hale, regaláronle media docena de pilones de azúcar; pero el juez, hombre extraordinariamente escrupuloso, insistió en pagarlos. Los guardias de la Cámara de los Comunes, en Londres, en 1585, recibieron de lord Howard un presente de azúcar. Algunas veces reemplazaron al azúcar las mermeladas, las naranjas, los limones y hasta las patatas; y cuando aquél estuvo muy barato, cesó la costumbre. En 1581, los escoceses, que no eran duques, condes, etc., ó que no tenían por lo menos 250 libras esterlinas (6.250 pesetas) de renta anual, no gozaban del derecho de consumir productos de pastelería, sustancias alimenticias extranjeras, ni especias costosas.

Viniendo ahora al vicio del juego, vamos á ver qué estragos causaba en la sociedad inglesa de aquella época. Dice

Otto Trevelyan, en su *Vida de Fox*: «La sociedad no era más que un inmenso casino.» La condesa de Hertford escribía á la condesa de Pomfret en 26 de Marzo de 1741: «Las muchachas y los muchachos se sentaban á las mesas de *wisth* con tanta gravedad como los agentes de colegio tenían costumbre de hacerlo en otro tiempo.» El *Tratado de wisth*, de Hoyle, tuvo siete ediciones en menos de un año.

Pero aún había mucha más afición á los juegos de azar que al *wisth*, donde los cálculos y las combinaciones representan un papel de gran importancia. No había cumplido veinticuatro años Carlos Fox, cuando ya debía á los judíos 100.000 libras esterlinas (dos millones y medio de pesetas) perdidas al juego. En una sola noche perdió 12.000 libras (300.000 pesetas), y 11.000 más (275.000 pesetas) en la noche siguiente. Los dos hijos de lord Foley habían contraído tales empréstitos, que los réditos anuales de sus deudas ascendían á 18.000 mil libras (450.000 pesetas). Las mujeres jugaban con tanto ahinco como los hombres. En Newmarket nunca estaban vacías las salas de juego de azar.

La misma afición había á las apuestas. Apostábase por todo y á propósito de todo; que Beau Nash mataría á Cibber; que Wilkes y sir William Burdet serían ahorcados. Los herederos de las grandes familias hacían apuestas acerca de la muerte de sus padres. Si un hombre caía enfermo, no faltaban personas para apostar que no saldría con bien, contra otras que apostaban por su curación; hasta se llegaba á impedir que se cuidase á los enfermos, porque los cuidados podían cambiar las probabilidades de la apuesta. El *Times* del 2 de Noviembre de 1797 anunciaba muy formal que en los primeros colegios de Londres se daban lecciones de *woisth* á las señoritas. Las rifas y loterías estaban en gran predicamento.

Por añadidura, se comenzaba á beber de firme. En 1735 había en Londres 7.044 despachos de ginebra al por menor, tan barata, que por un penique podía cualquiera ponerse penique. En el reinado de Jorge III, los miembros de las Cáma-



ras de los Lores y de los Comunes (senadores y diputados), poníanse en competencia más que á medios pelos. Muchos de ellos bebían seis botellas de vino en cada sesión.

—¿A qué Universidad debo enviar á mi hijo?—preguntaba una señora al doctor Warren.

—Señora, creo que en todas se bebe poco más ó menos la misma cantidad de vino de Oporto — respondió el preguntado.

Todo el mundo sabe que el tabaco fué introducido en Inglaterra por Hawkins. Imperando la reina Ana, todo el mundo fumaba; en el reinado de Carlos II, los niños iban á la escuela con la pipa en la cartera de los libros, y el maestro daba un descanso á mitad de la clase para fumar una pipa. En 1702, Jouvin, que acababa de pasar una velada en el café de Garraway, escribió: «Me sorprendí al ver á un niño *de tres años de edad* atiborrar la pipa y fumar tanto y tan resuelto como un hombre de treinta años, una, dos y tres pipas seguidas: dícenme que fuma así *desde hace más de un año.*»

El obispo Trelawney se encolerizó mucho porque el obispo Barnelt le acusaba de haberle visto como una cuba en un café en 31 de Enero, fecha de luto para los conservadores y para los hombres piadosos.

La ignorancia de las altas clases era verdaderamente supina. Las señoras de la aristocracia más rancia y linajuda escribían con una letra y una ortografía peores que las de la última fregona. Entre ellas conviene citar á la gran dupuesa Marlborough, que gobernaba á Inglaterra en los tiempos de la reina Ana. Sir John Germaine, por amor al cual se había divorciado la duquesa de Norfolk y que se casó con la hija de lord Berkeley, era un ejemplo notabilísimo de la más crasa ignorancia. Al fallecer, legó una suma cuantiosa á sir Matthew Decker, autor de un libro acerca del comercio, por creerle autor del Evangelio según San Mateo. Durante su última enfermedad, habiéndole hecho lady Germaine que recibiese los últimos Sacramentos, la obedeció con docilidad y dijo después: «Betti,

*ese potingue* que me has hecho tomar no me ha sentado bien del todo.»

Parece un sueño el pensar que estos hechos son casi contemporáneos nuestros; y sin embargo, aún existen algunas de esas excentricidades, ocupando seguramente entre ellas el puesto de honor la pasión por las apuestas y el vicio de la bebida.

LICENCIADO PERO PÉREZ.

## OBRAS NUEVAS

---

- Memorial histórico español; colección de documentos, opúsculos y antigüedades. Tomo xxxiii. En 4.º, 220 páginas.—3,50 pesetas.—Contiene: Historia de Carlos IV, por D. Andrés Muriel. Tomo v.
- Acosta de Samper (S.)—La mujer en la sociedad moderna. En 8.º, xii-429 páginas.—4 pesetas.
- Alarcón (J.)—Intenciones, en 4.º, 357 páginas.—1,50 pesetas.
- Almagro y Cárdenas (A.)—Discurso leído en la Universidad de Sevilla. En 4.º mayor, 41 páginas.—Tema: la cultura arábigo-sevillana en sus manifestaciones literaria, científica y artística.
- Almanaque de «La Ilustración», para el año de 1895. En 4.º mayor, 147 páginas.—2 pesetas.
- Almanaque de las conferencias de San Vicente de Paúl para 1895. En 8.º, 114 páginas.—0,25 pesetas.
- Almanaque de los Amigos del Papa, para el año 1895. En 12.º, 176 páginas.—0,50 pesetas.
- Alvarez de la Braña (R.)—Galicia, León y Asturias. En 8.º, 303 páginas.—3 pesetas.
- Aller (D. E.)—Memoria premiada con accésit por la Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso ordinario de 1892, escrita por D. Domingo Enrique Aller. Madrid. Imprenta y litografía de los Huérfanos. En 4.º mayor, 198 páginas.—Tema: El Estado y las clases obreras.
- Aquino (T. de).—Catecismo de la eucaristía. En 18.º, 250 páginas.—1 peseta.
- Arandazi y Hoyos Sainz.—Lecciones de antropología. En 8.º, 500 páginas.—7 pesetas.
- Argenta (V. M. de).—Elementos de fisiología é higiene. En 4.º, viii-428 páginas.—6 pesetas.
- Avendaño (J.) y Carderera (M.)—Cuadernos de lectura para uso de las escuelas. En 8.º, 168 páginas.—1,25 pesetas.
- Bastinos (A. J.)—Hojas secas. Dos tomos. En 8.º, xv-310 y 407 páginas, encuadernado.—No se ha puesto á la venta.
- Bermejo (I. A.)—Políticos de antaño. Historia anecdótica y secreta de la corte de Carlos IV. Tomo i. En 8.º, 236 páginas.—2 pesetas.

- Barberena (S. I.) — Quicheismos. Contribución al estudio del Folklore americano. Primera serie. En 8.º, 323 páginas con el retrato del autor.—4 pesetas.
- Candau y Pizarro (F.)—Prehistoria de la provincia de Sevilla. En 4.º, 224 páginas.—10 pesetas.
- Carracido (J. R.)—La evolución en la química. En 8.º, 352 páginas.—4 pesetas.
- Casañ y Alegre (J.)—Escuela libre de comercio: Discurso. En 4.º, 14 páginas.
- Catalán y Latorre (A.)—El beato Juan de Avila. Su tiempo, su vida y sus escritos, la literatura mística en España. En 8.º, 203 páginas.—250 pesetas.
- Cruz (V. de la).—La República y sus hombres. Primera parte. En 8.º, 187 páginas.—3 pesetas.
- Cuervo (A.)—Dick. En 8.º, 192 páginas.—2.50 pesetas.
- Chávez (G.)—La Salvación asegurada. Catecismo. En 18.º, 256 páginas.—1 peseta.
- David y Rafols (L.)—Preparación del soldado para la guerra. En 8.º menor, 104 páginas.—1 peseta.
- Dellepiane (A.)—Contribución al estudio de la psicología criminal. El Idioma del delito. En 8.º, 128 páginas.
- Díaz Ordóñez (V.)—Discurso. En 4.º mayor, 70 páginas.—Tema: El cristianismo es la palabra que descifra el enigma del mundo antiguo, y cismas y herejías acrisolaron la Iglesia de Dios.
- Echáurren Valero (V.)—Bosquejos de arte. En 8.º mayor, xviii-249 páginas.—9 pesetas.
- Estasén (P.)—Instituciones de Derecho mercantil, tomo v. Parte legislativa, tomo vi. Derecho industrial de España. En 4.º, 519 y 564 páginas, cada tomo.—7,50 pesetas.
- Fernández y Medina (B.)—Antología uruguaya. En 8.º, 477 páginas.
- Gamboa (F. A.)—Doce poesías. En 8.º, 45 páginas.
- Gestoso y Pérez (J.)—Recuerdos del Monasterio de Nuestra Señora de Regla. En 4.º, 25 páginas con fotograbados.—Tirada de 200 ejemplares.
- Giner de los Ríos (H.)—Manual de estética y teoría del arte é historia abreviada de las artes principales, con 168 grabados intercalados en el texto. En 4.º, xii-196 páginas.—3,50 pesetas.
- Gironi (G.)—Tratado práctico de la molinería. En 4.º, xvi-225 páginas.—6 pesetas.
- González de Mesa (N.)—La Soberbia; comedia. En 8.º, 105 páginas.—2 pesetas.
- Guerra Ojeda (J.)—Espontáneas; poesías. En 8.º, 95 páginas.—1 peseta.
- Guisado (M. de J.)—¿Quién fué el conde de Tózar? En 8.º, 119 páginas.
- Hauser y Menet.—Museo del Prado; reproducción en fototipia de sus primeros cuadros. Entregas 7 á 14. Cada entrega, que consta de 5 láminas, 3 pesetas.—La obra constará de 24 entregas.
- Henrich y Urraza (E. y N.)—El Marqués de Asua, melodrama. En 8.º, 41 páginas.—1 peseta.
- Heredia (N. de).—Escritos del Conde de Ofalia. En 4.º, 800 páginas.—10 pesetas.
- Ibáñez (J. A.) y Martín Villoslada

- (M.)—La Electricidad práctica. En 8.º menor, 519 páginas.—10 pesetas.
- Jackson Veyán (J.)—Clases especiales, juguete cómico-lirico, en un acto y en verso. En 8.º, 32 páginas.—1 peseta.
- Un punto filipino, juguete cómico-lirico, en un acto. En 8.º, 36 páginas.—1 peseta.
- Jiménez-Prieto (D.) y Candela (J. R.)—Los de Albacete, juguete cómico-lirico, en un acto. En 8.º, 32 páginas.—1 peseta.
- Roberto, juguete cómico-lirico, en un acto. En 8.º, 33 páginas.—1 peseta.
- León y Domínguez (J. M.)—Beatificación de Fr. Diego José de Cádiz. En 4.º, 216 páginas.—2 pesetas.
- Martínez Ruiz (J.)—Anarquistas literarios. Notas sobre la literatura española.—En 8.º, 70 páginas.—1 peseta.
- Mérida (J. R.)—Don Juan Decadente, novela. En 12.º, 185 páginas.—2,50 pesetas.
- Menéndez y Pelayo (M.)—Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días. Tomo v. En 8.º, cccviii-136 páginas.—3 pesetas.
- Millán (P.)—Tipos que fueron. En 8.º, 74 páginas.—1,50 pesetas.
- Millares (A.)—Historia general de las Islas Canarias. Tomos vi y vii. En 4.º, 282 y 284 páginas.—3,50 pesetas cada tomo.
- Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo xix. Cuaderno 41. En 4.º, á dos columnas. (Tomo ii, páginas 573 á 604.)—1 peseta cada cuaderno.
- Monsabré (S. M. L.)—Conferencias de Nuestra Señora de Paris. Exposición del dogma católico. La vida futura. En 4.º, 189 páginas.—1,25 pesetas.
- Morel-Fatio (A.) et Léonardon (M. H.)—Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France, depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Révolution française. Tomo xi. «Espagne.» Avec une introduction et des notes, par A. Morel-Fatio, avec la collaboration de M. H. Léonardon. Tome premier. (1649-1700.) En 4.º, xxvii-527 páginas.
- Morera y Llauradó (E.)—Tarragona antigua y moderna. En 4.º, 248 páginas.—4 pesetas.
- Moya (A.)—Ejercicios de aritmética y geometría. En 8.º mayor, 96 páginas.—3 pesetas.
- Ots y Esquerdo (V.)—La locura ante los tribunales, ó estudio médico-legal de la irresponsabilidad del loco. En 8.º mayor, 64 páginas.—1 peseta.
- Pallares Arteta (L.)—Obras poéticas. Tomo i, Rimas. En 8.º, vi-98 páginas y un retrato.—3 pesetas.
- Parada y Santin (J.)—Anatomía pictórica. En 4.º menor, xvi-383 páginas.—9 pesetas.
- Paradeda y Tapiola (J.)—Análisis gramatical, teórico - práctico, para uso de los alumnos de las escuelas elementales. En 8.º, 136 páginas.—1 peseta.
- Pardo (M.) y Bosch (A.)—Discursos. En 4.º, 66 páginas.—Tema: Importancia de la química en la construcción.

- Pérez Nieva (A.)—Los humildes. En 12.º, 190 páginas y retrato del autor.—0,50 pesetas.
- Picatoste (V.)—Descripción é historia política, eclesiástica y monumental de España. Madrid (capital). En 12.º, 231 páginas con grabados intercalados en el texto. Encartonado.—1 peseta.
- Reforma (La) en la segunda enseñanza; cartas que deben perderse. En 8.º, 103 páginas.—1 peseta.
- Reina (M.)—La vida inquieta; poesías. En 8.º, 202 páginas.—3 pesetas.
- Repullés y Vargas (E. M.)—La basílica de los Santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta en Avila. En fol. 126 páginas, grabados intercalados y 5 láminas fototípicas. En tela.—12,50 pesetas. Biblioteca del «Resumen de Arquitectura.»
- Restrepo Mejía (M.)—Gramática de la lengua castellana. En 8.º mayor, iv-ii-215 páginas.
- Reyes (R. de los).—Poesías. En 8.º, 262 páginas.—2 pesetas.
- Royo Villanova (R.)—Diagnóstico de las enfermedades de la médula espinal. En 8.º, 429 páginas.—5 pesetas.
- Sacristán y Zavala (A.)—Apuntes de Aritmética mercantil. En 8.º, 147 páginas.—3 pesetas.
- Sagaseta (M.) y Gil (L.)—El teletrófono. En 8.º mayor, 16 páginas y 2 láminas.—1 peseta.
- Salinas Rodríguez (G.)—¡Lênda de horrore! (A mitra de ferro ardente): esquirta en verso no idioma regional. En 8.º, 95 páginas.—2 pesetas.
- Sancho y Gil (F.)—Juegos florales y certamen científico-literario de Calatayud. Discursos pronunciados (en los). En 8.º, 87 páginas.
- Serrano y Ortega (M.)—Glorias sevillanas. En 4.º, 923 páginas y 27 láminas.—20 pesetas.
- Soroa Lasa (M.)—Azak eta naste, ó berzas y versos. Colección bilingüe de artículos, poesías, cuentos y cosiquerías, con dibujos alegóricos, y una obra dramática euskara inédita arreglada para hombres solos, 1.ª serie. En 8.º, 200 páginas. Por suscripción.—2,50 pesetas.
- Terry y Rivas (A.)—Compensación de la aguja Thomson. En 8.º, 65 páginas y 3 láminas.—3 pesetas.
- Tixera (J. de la).—Las fiestas de toros. Tirada de 25 ejemplares. En 4.º, 51 páginas.—10 pesetas.
- Toro y Quartiellers (C.)—La luz y la pintura. En folio menor, xi-240 páginas y 123 láminas. Tela.—50 pesetas.
- Urbano (R. A.)—Vida cómica; prosa y versos festivos. En 8.º, 256 páginas.—2,50 pesetas.
- Urdaneta (A.)—¡Eureka! La verdadera acentuación castellana según el uso, la razón gramatical y la sanción de los maestros del idioma. En 4.º, 43 páginas.—0,50 pesetas.
- Urrecha (F.)—Siguiendo al muerto. En 12.º, 185 páginas y retrato del autor.—0,50 pesetas.

## INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Los Tres Arcos de Cirilo</i> , novela, por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Goya</i> , por Zeferino Araujo Sánchez.....	20
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	46
<i>Cartas inéditas de Cadalso</i> , por Emilio Cotarelo.....	60
<i>De los poemas históricos relativos á Chile</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	97
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	126
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo.....	140
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	164
<i>Obras nuevas</i> .....	203

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO VII

Esta publicación ve la luz el día 1.º de cada mes en tomos en 4.º de más de 200 páginas, escrita por los mejores publicistas españoles. Publica en todos los números una sección con el título de *La Prensa Internacional*, en la cual se incluyen, íntegros ó extractados, los artículos de la prensa de todo el mundo que más hayan llamado la atención durante el mes.

---

## CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, cuarenta francos, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números atrasados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

---

Para publicarse á partir del 15 de Enero de 1895.

---

## REVISTA DE DERECHO Y DE SOCIOLOGÍA

La *Revista de Derecho y de Sociología* se propone reflejar de una manera fiel y tan completa como sea posible, el movimiento general jurídico y sociológico contemporáneo.

La *Revista de Derecho y de Sociología* se publicará todos los meses en cuadernos de 128 páginas, tamaño é impresión análogos á *La España Moderna*.

La *Revista* contendrá normalmente las siguientes secciones:

1.ª Artículos doctrinales de autores españoles y extranjeros. 2.ª Noticias críticas bibliográficas extensas. 3.ª Movimiento de Revistas de España y del extranjero. 4.ª Consultas. 5.ª Tribunales: discusión y crítica de sentencias de todas las jurisdicciones é instancias, y resumen mensual de la jurisprudencia civil; penal y administrativa.

Condiciones de suscripción á la «*Revista de Derecho y de Sociología*»:

En España: un año, veinte pesetas. En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas: un año, veinticinco francos, enviando el importe á esta Administración en billetes ó en letras sobre Madrid, París ó Londres. Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números que anteriormente hayan visto la luz. Para hacer la suscripción, dirigirse al Administrador de *La España Moderna* ó de la *Revista de Derecho y de Sociología*, Cuesta de Santo Domingo, núm. 16, principal. — Madrid.